



EL ÚNICO MAESTRO  
EN ESTA DESEADA

*Sumisión*

~ THE CROSSROAD COMPANY 3 ~

NISHA SCAIL

EL ÚNICO MAESTRO EN ESTA DESEADA SUMISIÓN

Nisha Scail

(Serie The Crossroad Company 3)

# **COPYRIGHT**

## **El único maestro en esta deseada Sumisión**

*Serie The Crossroad Company 3*

© 1ª edición marzo 2017

© Nisha Scail

Portada: © [www.istockphoto.com](http://www.istockphoto.com)

Diseño Portada: NS

Maquetación: NS

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

## **DEDICATORIA**

A mi **Señor**,  
mi **Maestro**,  
el **Amo** de mi alma  
y **Dueño** de mi corazón.

Nisha Scail

## ARGUMENTO

Cuando **Camden O'Rourke** encontró a esa mujer medio muerta en la parte de atrás de su restaurante supo que iba a tener problemas. No se trataba solo del hecho de que su compañero y policía, **Logan Cooper**, hubiese estado allí para hacerse cargo del caso, sino que la víctima resultase ser una niña salida de su pasado recordándole una infantil promesa.

**Siobhan Carrigan** era todo lo que Cam no quería en su vida: una mujer cálida, compasiva, necesitada de afecto y con alma de sumisa, justo lo que no buscaba. Entonces, ¿cómo se las había arreglado para aceptar el encargo de uno de los socios de la *Crossroad Company* para cuidar de ella? ¿Por qué su compañero de casa parecía más decidido que nunca a resolver el caso y cuidar de esa mujer? ¿Y por qué diablos debía ocurrir todo eso bajo su propio techo?

Camden estaba a punto de descubrir que no siempre se obtiene lo que se quiere, sino lo que un par de maltrechos corazones necesitan.

# ÍNDICE

<a href="#"><u>COPYRIGHT</u></a>
<a href="#"><u>DEDICATORIA</u></a>
<a href="#"><u>ARGUMENTO</u></a>
<a href="#"><u>ÍNDICE</u></a>
<a href="#"><u>PRÓLOGO</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 1</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 2</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 3</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 4</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 5</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 6</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 7</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 8</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 9</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 10</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 11</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 12</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 13</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 14</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 15</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 16</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 17</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 18</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 19</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 20</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 21</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 22</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 23</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 24</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 25</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 26</u></a>
<a href="#"><u>EPÍLOGO</u></a>

## PRÓLOGO

No había venido.

La mesa que solía ocupar en una esquina, enmarcada por las dos cortinas que dividían la estancia, estaba vacía. Lo había estado desde primera hora de la noche y ya era casi la hora del cierre. Era extraña la manera en la que podías echar en falta a una persona que no conocías de nada, pero Camden notaba su ausencia.

Cada miércoles por la noche aparecía por la puerta, saludaba al *maitre* con una tibia sonrisa y ocupaba la silla pegada a la pared. Se tomaba unos minutos para ojear la carta, pero al final siempre consumía lo mismo; una copa de *chardonnay* y el plato especial de la casa.

Venía sola, no hablaba con nadie, solo respondía con cortesía a las muestras de atención de los camareros y cuando se iba, ya pasada la medianoche, dejaba siempre una tarjeta con una sencilla frase escrita a mano: *Mis felicitaciones al chef*.

Era un ritual que al principio pasó por alto. Estaba harto de adulaciones banales, por ello no salía de la cocina y la mayoría de las veces rechazaba la solicitud de su presencia sin importarle quién fuera. Pero ella había llamado su atención al punto de que, tras la cuarta tarjeta en un mes, empezó a sentir curiosidad.

La había observado a escondidas. Su único interés era quitarse la curiosidad de encima, pero entonces la había visto allí sola, con el largo pelo rojo ondulado cayéndole sobre los hombros, el tallo de cristal de la copa entre sus dedos y unos ojos que reflejaban una inmensa desesperanza; una que había habitado una vez, hacía mucho tiempo, en los suyos.

Siobhan Montgomery. Ese era el nombre al que siempre hacía la reserva y, por alguna razón, parecía un nombre demasiado intenso para alguien tan frágil.

Toda esa elegancia, los exquisitos modales y la timidez que parecía envolverla no podían ocultar a sus ojos lo que decía su lenguaje corporal o las emociones que reflejaban sus ojos. Podía ofrecer una máscara para el mundo, pero él la había visto cómo era.

Miró el reloj, echó un último vistazo a la mesa vacía y regresó a la zona de guerra. La intensidad del trasiego en la cocina había disminuido, su equipo de cocina terminaba con las últimas comandas y limpiaban ya las superficies y los utensilios. Había sido otra jornada productiva en el *Temptations*.

Cruzó la amplia habitación y comprobó con ojo crítico que todo estuviese impoluto, señalando aquí y allá cuando no era así y recibiendo un «sí, chef» a sus órdenes. Se dirigió hacia la puerta de

atrás y cogió el abrigo, necesitaba un momento para sí mismo y fumarse un cigarro.

—Sabes que eso va a terminar matándote, ¿no?

Levantó la mirada lo justo para encontrarse con su amigo y vagabundo ocupacional del *Temptations*. Si había alguien que era como un enorme grano en el culo, ese era Logan Cooper. Pero también era el único que podía decirle lo que quisiera sin que lo mandase a paseo por ello. Mentira. Sí lo mandaría a paseo, pero él no le haría ni puto caso y posiblemente se quejara por la falta de atención.

El detective canadiense era, en muchas formas, su voz de la conciencia. Un año mayor que él mismo, se habían conocido cuando sus padres dejaron su Irlanda natal para irse a Ontario y lo arrastraron a él consigo; no es como si pudiesen dejar atrás a un crío de doce años. Logan había sido su primer amigo, la persona en la que más había confiado y el único que le había advertido sobre el error que iba a cometer casándose con esa perra. No le escuchó. Se llevó la mano al costado, el dolor parecía hacerse más intenso cuando su mente vagaba por esos caminos y se hundía en el pasado. Uno que había marcado su vida por completo.

A pesar de haber tomado caminos opuestos, el destino quiso volver a reunirles y lo hizo a través de Ágata. Su pequeña traviesa le había tendido una buena emboscada y lo había obligado a enfrentar la realidad de la que renegaba, una a la que aún hoy eludía.

Ladeó la cabeza y se llevó a los labios el cigarrillo que había señalado Logan.

—Cuando llegue ese momento, asegúrate de que me incineran —le soltó, se palpó en busca de un encendedor e hizo una mueca al no encontrarlo—. Joder... ¿dónde demonios...?

—¿Chef?

Una de sus ayudantes le lanzó una caja de cerillas. Gruñó a modo de agradecimiento, le dio la espalda a ambos y se escabulló por la puerta de atrás.

—¡Estoy pensando en meterte en el horno del restaurante para así ahorrarte pasta!

Puso los ojos en blanco, dejó que la puerta se cerrase a sus espaldas y recibió con agradecimiento el frío aire de la noche.

—Si eso te hace feliz, hazlo, tío —musitó en voz baja, prendiendo la cerilla y encendiendo el cigarrillo.

Tenía que dejar de fumar. Ni siquiera debería de haber empezado de nuevo, pero no había podido evitarlo. La partida de su pequeña traviesa lo había lanzado de nuevo al abismo solo para que Logan le pegase una nueva patada en el culo para que se pusiese en marcha.

Tomó una profunda calada y dejó escapar el humo entre los labios. La echaba de menos, se había ido de manera tan inesperada que a pesar del tiempo pasado seguía esperando que ella apareciese y le rodease la cintura con esos delgados y suaves brazos.

«¿Cómo está mi irlandés favorito?».

Tomó una nueva calada y volvió a expulsar el humo. Sumergirse en el pasado no era una buena idea, había demasiado dolor en él, demasiado arrepentimiento... Le había prometido a ella que lo dejaría atrás.

Un sonido procedente del callejón que daba a la parte de atrás del restaurante lo llevó a hacer una mueca. Tiró el cigarrillo al suelo, lo apagó con el talón del zapato y chasqueó.

—Demonios, ya estamos otra vez —resopló caminando ya hacia los contenedores del final—. ¡Os he dicho mil veces que mantengáis los restos dentro de los jodidos contenedores o nunca sacaremos a ese chucho pulgoso de aquí!

Al escuchar su voz la puerta de atrás se abrió y se asomó uno de los ayudantes.

—Es imposible que esté, control de animales...

Las palabras de su ayudante dejaron de penetrar en su cerebro cuando llegó a los contenedores y se encontró con una escena que nada tenía que ver con un perro callejero hurgando en la comida.

—Jesús —jadeó incapaz de moverse, congelado por la imagen del cuerpo desmadejado y cubierto de sangre que estaba en el suelo.

—¿Chef?

—¡Logan!

Gritó llamando a su amigo, quién no tardó ni dos segundos en personarse a su lado.

—¿Qué coño...? ¡Mierda!

Un inesperado aleteo de pestañas y un quejido de los labios ensangrentados hicieron que saliese de su momentáneo estupor.

—Soy el detective Cooper, necesito una ambulancia en el...

Se lanzó al suelo, esas pestañas continuaron aleteando hasta que consiguió abrir los ojos y el reconocimiento entró en ellos.

—Lo... siento... Llego... tarde.

Sus palabras surgieron como un suave suspiro de sus labios y, al verla cerrar de nuevo los ojos el pánico lo invadió. A la imagen de la mujer se superpuso la de su propia esposa y el olor de la pólvora de un disparo.

Sacudió la cabeza y una inesperada resolución se instaló en su interior.

—No, no, no —se lanzó sobre ella, examinándola y girándose de nuevo hacia Logan, quién ya estaba al teléfono—. ¡Esa ambulancia! ¡Ya!

La sangre le manchaba las manos, la empapaba a ella y la caja de cartón sobre la que había caído o la habían tirado.

—Nadie se muere en la parte de atrás de mi restaurante —siseó con profundo cabreo—, ¿me has oído? Y tú no vas a ser la primera.

Ella pareció reaccionar a su voz pues intentó abrir de nuevo los ojos.

—Eso es, pequeña, quédate conmigo —mantuvo ese tono de orden que venía con su personalidad—, ni se te ocurra irte.

Pero ella poco tenía que hacer al respecto. Había demasiada sangre, su palidez era extrema y esos ojos volvieron a cerrarse una vez más.

## CAPÍTULO 1

—Dos heridas de arma blanca, una en el hombro derecho y la otra, de carácter importante, en el abdomen. Laceraciones en brazos y piernas, una fuerte contusión en la cabeza...

Siobhan dejó de escuchar el reporte médico de boca del detective, lo había oído repetidas veces en las últimas cuarenta y ocho horas y su cuerpo todavía guardaba el agónico recuerdo de haber recibido cada una de ellas. Solo el chute de analgésicos que le permitían aplicar por medio del botón del «dolor» como había decidido llamarlo, conseguían que fuese algo más tolerable.

No tenía fuerzas para enfrentarse otra vez a ese hombre y su interminable interrogatorio, apenas sí conseguía aceptar su presencia y no es que fuese desagradable a la vista. El policía era un armario. Con el pelo negro de punta, una sombra de barba cubriéndole el rostro y una camiseta negra debajo de la chaqueta de piel que marcaba un imponente torso y vaqueros gastados, le daba un nuevo significado al término agente de la ley. Llevaba la placa enganchada al cinturón dejándola a la vista y su actitud era bastante chulesca. Prueba de ello era que no se había molestado siquiera en sacarse las gafas de sol dentro de la habitación.

—...dos dedos fisurados, un hematoma en la mejilla derecha...

¿Por qué no dejaba de parlotear, daba media vuelta y se iba? No quería hablar con él, no quería tener que repetir de nuevo las cosas. Estaba cansada, quería dormir y olvidarse de toda esa locura unas cuantas horas más.

Apenas sabía cómo habían ocurrido los hechos o quién había sido su atacante, ni siquiera lo había visto venir, todo lo que recordaba era haberse bajado del taxi al final de la calle, como siempre y dirigirse hacia el restaurante. Algo punzante le atravesó entonces el hombro desde atrás, sintió un tirón y lo demás fue un sinfín de dolor, lucha y palabras que la llevaron de vuelta a un pasado que solo deseaba olvidar.

*«Está muerto. Él está muerto. Lo viste con tus propios ojos. No es él. No volverá jamás».*

Tenía que repetirse una y otra vez esa letanía para evitar volver a caer en la misma pesadilla que había padecido y cambiado su vida por completo cuatro años atrás. La única que la había hecho pedazos, se había llevado todo lo que conocía y la había obligado a abandonar su pueblo natal.

Y todo por haber aceptado una invitación a una fiesta privada.

Conocerle había supuesto un cambio en su protegida vida, uno que pensó que la ayudaría a avanzar y que sin embargo solo consiguió arrastrarla al infierno.

La ingenuidad e inocencia de una muchacha criada en el seno de una familia católica y dentro de una comunidad con firmes y arraigadas creencias, generó también una necesidad de rebeldía y libertad que la llevó a dejar atrás todo lo que era y abrirse al mundo y a las relaciones con un hambre inusitada. La universidad fue como una ventana abierta al mundo y a cosas que no había experimentado con anterioridad y él fue el precursor de muchas de esas cosas.

Leo la había conquistado sin mucho esfuerzo, ella se había rendido por completo a sus encantos y, si bien al principio creyó estar teniendo una relación perfecta, la cosa empezó a cambiar con el tiempo. El amor, si es que alguna vez había existido, pasó a convertirse en obsesión. La necesidad de estar con ella, en una imposición hasta el punto de que acabó por sentirse asfixiada, controlada e incapaz de hacer nada sin su permiso. Las falsas acusaciones llegaron con los gritos, los insultos y finalmente los golpes. La primera vez que le levantó la mano, fue también la última en su relación.

Pero librarse de él no era tan fácil como pensaba. Ni siquiera la denuncia por malos tratos ni por el continuo acoso que recibía hizo que él dejase de buscarla, que amenazase a sus amigas y amigos hasta el punto de quedarse aislada por completo. Él la había abordado en más de una ocasión, amenazándola con matarla, exigiéndole que volviese a su lado... Y su familia, en vez de ponerse de su parte, optó por darle la espalda.

Habían sido momentos difíciles que la habían llevado a tener que abandonar su hogar y emprender una nueva vida en una ciudad nueva, sin apoyo, sin dinero y con el miedo a ser encontrada. Con el paso del tiempo y la ausencia de noticias empezó a relajarse, logró establecerse, consiguió trabajo y conoció a su última pareja, el cual terminó convirtiéndose en su marido.

Con Nathan descubrió una forma de amor distinta, se sintió atesorada y cuidada, con él aprendió que la vida podía ser como una deseaba que fuese, que no había condiciones, que los tabúes no eran otra cosa que prejuicios impuestos por uno mismo y sus amigos se convirtieron también en los de ella... pero todo llegó al final con la reaparición de su pasado.

Leo volvió a su vida solo para destruirla por completo y acabar con ella en el proceso y lo consiguió. No solo había acabado con la vida de su marido y un par de transeúntes que paseaba en ese momento por la calle, había herido a varios otros y la habría matado también a ella si una pareja de policías que estaba por la zona no hubiese escuchado el tiroteo y hubiesen terminado por abatirlo allí mismo.

En un abrir y cerrar de ojos, su ex novio y acosador había destruido su vida por completo.

Y ahora, tres años después de aquello alguien salía de la nada y la apuñalaba hasta darla por muerta.

—Entiendo que no reconoció a su atacante —continuó el policía siguiendo con el reporte, repasando lo que ya le había dicho a él y a sus compañeros—. Pero nos sería de mucha ayuda para atraparlo el que pudiese aportarnos cualquier pista, por pequeña que sea, señora Montgomery.

Ladeó la cabeza encima de la almohada hasta encontrarse con su rostro. Ni siquiera sabía de qué color eran sus ojos con esas gafas.

—Le dije todo lo que pude recordar, detective Cooper —replicó con voz apagada. Estaba cansada, dolorida, solo quería dormir—. Era alguien corpulento y grande... como usted, pero más ancho quizá... no lo sé. Llevaba una especie de sudadera o algo con capucha, iba de oscuro y era

fuerte, demasiado fuerte para mí...

Había intentado echar mano del espray de pimienta que llevaba en el bolso, pero fue incapaz de alcanzarlo después de la primera puñalada. Se defendió, luchó con todo lo que tenía y sabía que le había hecho daño, pero no el suficiente como para poder liberarse de él.

Había asistido antes a clases de defensa personal, después de lo ocurrido con Leo, Nathan la había obligado a ello, enseñándole él mismo, pero después de su asesinato, lo había dejado todo y había perdido fuerza y masa muscular. Con todo, habría sido imposible de derribar a ese tanque.

—¿Cómo terminó en el callejón de la parte de atrás del *Temptations*?

Negó con la cabeza.

—No lo sé —negó—, supongo que me arrastró hasta allí... no lo sé... yo, no lo sé...

Una fuerte mano de dedos largos se posó sobre su brazo y era más cálida de lo que pensaba.

—Tranquílcese, solo quiero coger al hijo de puta que le ha hecho esto.

Levantó la mirada y vio cómo se retiraba las gafas poniéndoselas sobre la cabeza.

—Y yo que lo coja, detective —respondió con un susurro—, pero no puedo decirle más de lo que ya le he dicho. Se lo juro.

Esos ojos verdes se posaron en ella con una intensidad que la hizo estremecer, bajó la mirada de forma instintiva y cruzó las manos sobre el regazo.

—Lamento no poder darle más información al respecto, señor.

La mano que todavía mantenía sobre su brazo la abandonó lentamente.

—¿Qué hacía a esas horas en la calle? —insistió con el mismo tono firme—. ¿De dónde venía cuando le atacaron?

Suspiró.

—Acababa de bajarme de un taxi en la esquina de *Waverly Place* con la sexta —le facilitó la información—. Tenía una reserva hecha en el restaurante *Temptations* para cenar, pero llegaba tarde.

Lo escuchó hacer un sonido con la garganta lo que hizo que levantase la mirada de nuevo hacia él.

—¿Suele ir a menudo?

Sus miradas se encontraron una vez más y esta vez se obligó a mantenerla.

—¿Qué tiene que ver eso con que me hayan atacado?

No pudo evitar ponerse a la defensiva, estaba cansada.

—Alguien la ha atacado, señora Montgomery, solo intento encontrar un posible motivo.

Hizo una mueca de dolor al intentar moverse y notó como se le revolvía el estómago.

—Siobhan —pronunció su nombre con un deje de acento irlandés que solía acompañarle en esas ocasiones—. Si vuelvo a oír una vez más señora Montgomery me pondré a gritar.

—¿No es ese su apellido?

—Lo es, el de mi marido.

—¿Y dónde está él?

Aquello ya era demasiado.

—Muerto —siseó clavando la mirada en la suya—. Lo asesinaron delante de mis narices hace tres años. Puede comprobarlo si quiere, uno de los suyos le atravesó el cráneo a su asesino.

Ambos se quedaron mirándose y durante un momento creyó ver algo parecido a la empatía en sus ojos.

—Lamento su pérdida —replicó con la misma frialdad con la que llevaba los últimos minutos interrogándola—. Le aseguro que solo intento hacer mi trabajo.

Optó por no responder a eso.

—Entonces, ¿estaba usted sola cuando la atacaron? ¿Iba a reunirse con alguien? ¿Sabía alguien que iba a cenar esa noche en el restaurante? —insistió con su batería de preguntas—. ¿Hay alguien que pudiese... querer atentar contra usted?

Gimió. Ya no lo soportaba más.

—Necesito una enfermera.

Él detuvo su diatriba y se inclinó sobre ella.

—¿Se encuentra mal?

Lo miró con ironía.

—¿A usted qué le parece? —gimió—. Me han atravesado los intestinos con un jodido cuchillo. No estoy aquí para pasar una temporada de vacaciones precisamente.

El hijo de puta se dio el lujo de sonreír o por lo menos interpretó esa mueca como una sonrisa.

—Procure no alterarse.

—Lo haré tan pronto le pierda de vista —resopló y gimió otra vez—. Dios... quiero morirme.

—Espero que no —le soltó él—. A los médicos les ha costado bastante mantenerla en este lado del juego.

Cerró los ojos. Quizá si se hacía la dormida o la inconsciente, él se iría.

—Prometo que la dejaré descansar tan pronto me responda a una última pregunta.

Sus palabras, las cuales contenían un tinte de diversión, hicieron que abriese de nuevo los ojos.

—Recuperando la que ya le hice, ¿cree que pueda haber alguien que quisiese atentar contra usted?

Negó con la cabeza.

—La única persona que tenía interés en hacerme daño ya está muerta y espero que pudriéndose bajo tierra —declaró con frialdad—. No, detective...

—Puede llamarme Logan, siempre y cuando no haga sonar mi nombre tan insultante como lo hace con mi cargo —la interrumpió—. No soy su enemigo, Siobhan, solo intento ayudarla.

Logan Cooper, sí, le pegaba el nombre.

—Como ya le dije, esa noche tenía una reserva para cenar —suspiró—. Suelo pasarme los miércoles a tomar algo y probar la especialidad de la casa. Esta es la primera vez que me sucede algo así y no tengo la menor idea de por qué alguien querría atacarme...

Él asintió conforme con su respuesta.

—Ha tenido suerte de que Camden saliese en el momento que lo hizo a fumarse un cigarrillo —comentó, pero lo hizo en un tono tan bajo que casi juraría que hablaba consigo mismo más que con ella.

—¿Fue el... señor O'Rourke el que me encontró?

No estaba muy segura de si lo que recordaba había sido real o producto del dolor, pero habría jurado que él la había mirado, incluso que le había gritado.

Su pregunta atrajo la atención del policía una vez más, esta vez con un tinte de curiosidad que nada tenía que ver con su actitud anterior.

—¿Le conoce?

Camden O'Rourke era el chef del *Temptations*, un hombre con un rico acento irlandés al que había reconocido de casualidad a través de la prensa. Él había sido el motivo de que hubiese ido la primera vez al restaurante, le habría gustado verle, pero intuía que el chef ni siquiera la recordaría. ¿Cómo hacerlo si habían sido unos niños la última vez que se habían visto?

—Le conocí hace mucho tiempo —sonrió para sí—, de hecho, prometió que se casaría conmigo...

—Y esa es sin duda una promesa que estoy seguro de no haber hecho jamás...

El inesperado y ronco acento irlandés que acompañó a esas palabras hizo que se girase hacia la puerta, no sin dolor y lo viese llenando el umbral.

—¿...señora...?

Negó con la cabeza.

—Siobhan —replicó dándole su nombre, esperando encontrar algún reconocimiento en esos enigmáticos ojos verdes—. Y sí, la has hecho. Me la hiciste a mí cuando tenías once años.

La manera en que frunció el ceño aún más le dejó claro que no la recordaba en absoluto.

—Me temo que me confunde con alguien más...

—Soy Sio, Siobhan Carrigan —le dio su apellido de soltera—. De niña vivía al final de la calle, en la casa...

El hombre parpadeó sorprendido, sacando de sus recuerdos la respuesta.

—...azul con la puerta roja —terminó por ella. La sorpresa y la incredulidad bailaban en sus ojos mientras la recorría con la mirada—. ¿Tú eres la pequeña Sio? ¿Esa mocosa con coletas que me seguía a todos lados?

Un ligero rubor le cubrió las mejillas, bajó la mirada y señaló lo obvio.

—No soy una mocosa y ya no llevo coletas.

## CAPÍTULO 2

Camden observó a la mujer tumbada sobre la cama de hospital. Al fin podía ver sus ojos, dos gemas esmeraldas. La palidez de su rostro y las heridas visibles le encogieron el corazón. ¿Cómo podía alguien ensañarse de esa manera con otra persona?

Su mirada adquirió un tono cálido, la curiosidad bailaba en esas pupilas mientras los lastimados labios se curvaban en una mueca de ilusión y no pudo evitar sentir una verdadera disociación ante lo que veía con lo que recordaba.

Siobhan Carrigan. Apenas recordaba a la niña con la que había jugado en su infancia, de hecho, era incapaz de formar un retrato exacto de quién había sido y relacionarlo con la mujer que estaba ahora ante él. Recordaba vagamente su nombre, la imagen de una niñita de coletas que había vivido al final de la calle y que había sido mucho más pequeña que él o al menos así le había parecido entonces. Viéndola ahora, la mujer debía rondar los treinta, lo que los situaba en una diferencia de seis o siete años.

—Entonces, ¿la conoces?

La curiosidad mezclada con el interés que escuchó en la voz de Logan hizo que se girase hacia él y enarcase una ceja ante su pregunta.

—Si mal no recuerdo, era la hija del predicador Carrigan —comentó rascando en su memoria—. La última vez que la vi era una mocosa de esta altura, con dos coletas en forma de tirabuzón.

Sus ojos se encontraron de nuevo, pero ella no le sostuvo la mirada, de hecho, su semblante pareció ensombrecerse un poco. Estaba agotada y dolorida, su estado de salud lo preocupó al punto de encontrarse caminando hacia la cama. Sus dedos le habían rozado ya la barbilla y se la levantaba con mucha suavidad para encontrar de nuevo esa mirada.

—Pero como ya has apuntado, ya no eres una mocosa ni llevas coletas.

La manera en que abrió los ojos y esa sutil tensión en su rostro le dijeron todo lo que necesitaba saber, estaba nerviosa y al mismo tiempo atenta a cualquier movimiento.

—Esta es una inesperada coincidencia —comentó acariciándole una vez la mejilla con el pulgar antes de dejarla ir—. Venía a interesarme por la mujer que apareció en la parte de atrás de mi restaurante y ha resultado ser mucho más que una simple desconocida.

Se sonrojó, un suave rosa tiñó sus pálidas mejillas.

—Yo... gracias —se atragantó con sus propias palabras e hizo un gesto de dolor—. Gracias por ayudarme.

La observó detenidamente y buscó por la cama el botón que accionaba los calmantes. Rodeó la cama y acercó el dispositivo hasta dejarlo cerca de la mano.

—Ya has sufrido bastante como para que aguantes todo ese dolor —le dijo mirándola ahora desde esa otra posición. Desde ese lado de la cama podía ver también a su compañero, quién parecía bastante divertido ante su inesperado despliegue de atenciones con la que se suponía era una desconocida—. Aprieta y los analgésicos empezarán a hacer efecto de un momento a otro.

Levantó la cabeza para mirarle.

—Lo hice hace unos minutos —se lamió los labios—, supongo que su efecto no es inmediato.

Sus ojos empezaban a vidriarse, su respiración a hacerse más lenta. Sí, se los había tomado.

—Creo que ya has tenido suficientes visitas por hoy —declaró dando un paso atrás. Resultaba tan extraño hablar de tú a tú con una persona que en realidad ni siquiera conocía. Había algo que lo incitaba a preocuparse, a protegerla—. Solo quería asegurarme de que estabas fuera de peligro y, a la vista de los hechos, parece que así es.

Los párpados empezaron a descender sobre sus ojos, ascendiendo de nuevo en un movimiento espasmódico.

—Gracias por venir.

Asintió, pero era incapaz de separarse de su lado. Levantó la mirada y se encontró con la de Logan.

—¿Han avisado a su familia?

Su compañero sacudió de manera imperceptible la cabeza y la señaló. No había necesidad de palabras, solían interactuar de esa manera y entenderse sin palabras.

—¿Quieres que avisemos a alguien?

Ella negó de nuevo con la cabeza. Estaba agotada y dolorida.

—Estoy bien.

Pero no lo estaba, incluso drogada con los analgésicos, la momentánea barrera que había levantado ante la sugerencia de avisar a su familia no le había pasado por alto.

—No, no lo estás. —La respuesta pareció espabilarla, sus ojos se encontraron con los suyos, parecía sorprendida de que le hubiese replicado así—. Así que o me dices a quién debo llamar o le diré al detective Cooper que lo busque.

Abrió la boca para volver a cerrarla.

—No... no hay nadie —su respuesta lo cogió por sorpresa—. Mis padres no vendrán...

—¿Y tu marido?

Ella había utilizado el apellido Montgomery cuando había hecho la reserva en el restaurante, era el apellido que aparecía en su permiso de conducir.

Negó con la cabeza una vez más y en sus ojos vio el dolor.

—No hay nadie.

—Cam —lo avisó Logan. El policía parecía opinar que la estaba empujando más de lo que debería.

Levantó la mirada y se encontró con la ligera negativa de cabeza de su compañero.

—Muy bien —optó por retirarse, se llevó la mano al bolsillo trasero de los vaqueros y extrajo su cartera. Al momento tenía una tarjeta del restaurante en las manos, se la enseñó y la dejó sobre la mesilla a su lado—. Tiene mi teléfono escrito en la parte de atrás. Si necesitas algo, díles que me llamen. ¿Entendido?

Asintió con lentitud, los analgésicos ya estaban haciendo efecto.

—Siobhan —pronunció su nombre con una baja advertencia que la espabiló e hizo que reaccionase al momento. Ese tipo de reacción, la forma en la que evitaba mirarle a los ojos—. ¿Entendido?

Se lamió los labios y volvió a asentir.

—Sí, señor.

La respuesta lo cogió por sorpresa, pero no dijo nada, se limitó a rodear la cama y reunirse con Logan.

—Volveré mañana —le informó su compañero metiéndose de nuevo en el plano profesional—. Si recuerda alguna cosa, por muy insignificante que sea...

—Lo avisaré, detective Logan —aceptó revolviéndose inquieta. Sus ojos verdes volvieron a caer sobre él—. Gracias por venir y por todo lo demás.

Sacudió la cabeza.

—Te lo dije, no pienso permitir que nadie se muera en la puerta trasera de mi restaurante si puedo evitarlo —aseguró con una pequeña mueca—. Descansa, Siobhan Carrigan.

Sin más, palmeó el brazo de su amigo y salió por la puerta.

—Te he visto interesado otras veces, pero nunca hasta este punto —comentó Logan, quién había salido tras él de la habitación—. Si no te conociese bien pensaría que acabas de encontrar a tu nueva sumisa.

Lo miró de soslayo. Sabía que su lado dominante había salido a la luz, no podía evitarlo, especialmente cuando estaba ante una pequeña y vulnerable gatita como ella. Era parte de su instinto, parte de su necesidad de borrar toda esa tristeza y darle lo que necesitaba. Todo formaba parte de su forma de vida, de quién era y, como muy bien le había dicho Ágata una vez, no era algo que pudiese quitarse de encima pues era una parte de sí mismo.

—Ha sido toda una sorpresa que os conocierais —continuó su él ajeno a sus pensamientos—. ¿No me habías dicho que era la mujer que solía cenar sola en el restaurante?

Se frotó la barbilla y asintió.

—Sio era una mocosa de cinco o seis años la última vez que la vi —hizo memoria, esforzándose por recordarla—. Vivía en mi misma calle, como te dije, no era una zona en la que hubiese niños y ella fue mi compañera de juegos antes de que mis padres se mudasen a Canadá.

—¿Le prometiste matrimonio a una niña de cinco años? —se burló.

Resopló y puso los ojos en blanco.

—Apenas puedo acordarme de ella —rezongó señalando la habitación que acababan de dejar—. Es imposible que la reconociese.

—Pues ella sí te reconoció a ti a juzgar por sus visitas al *Temptations*.

Logan estaba al tanto de las visitas de la entonces extraña mujer que hacía una reserva semanal al restaurante y cenaba siempre sola.

—La reserva se ha hecho siempre a nombre de Siobhan Montgomery, no Carrigan —se encogió de hombros—. Ni siquiera las relacioné. Está claro que es su apellido de casada.

—Es viuda —le informó él—. O eso es lo que dejé caer durante mi previa conversación.

Lo miró.

—¿Desconfías de ella?

Se encogió de hombros.

—Es parte de mi trabajo desconfiar de todo el mundo, Cam —le recordó. Entonces se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó su caja de chicles—. Pero no. La verdad es que no me ha dado motivos para desconfiar. Era sincera en sus palabras, evasiva con algunas respuestas, pero no he detectado ninguna mentira.

Y el policía era muy bueno en ese campo.

—Posiblemente no tenga la menor idea de quién la atacó, puede que tan solo haya estado en el lugar equivocado, pero quién quiera que haya hecho esto está ahí fuera y podría hacerlo de nuevo —replicó. Y eso era lo más preocupante de todo aquel asunto. El saber que algún malnacido estaba ahí fuera y que podía repetirlo—. De todas formas, me quedará mucho más tranquilo cuando la haya investigado a fondo.

—Ha sido brutalmente atacada —apretó los dientes al recordar toda la sangre, las heridas lacerantes de sus brazos—, procura no actuar como una apisonadora.

Enarcó una ceja y se llevó el chicle a la boca con gesto inocente.

—¿Quién yo? —se burló—. Has sido tú quién le ha puesto el sello de «fuera del mercado», socio. Solo te ha faltado decirle que le darías un *spanking* si se atrevía a desafiar tu autoridad. Ha sido muy divertido verte todo Dom sobre esa pequeña muñeca con tendencia sumisa.

Lo miró de soslayo con una abierta pregunta en la mirada.

—Sí, me he dado cuenta —respondió sin necesidad de abrir la boca—. He tenido la oportunidad de hablar con ella y su reacción, bueno, ha sido interesante.

Sacudió la cabeza.

—Y me acusas a mí de ir a por ella.

Se entretuvo haciendo un globo con el chicle antes de explotarlo.

—Ya veo que estás de buen humor, ¿vendrás al club esta noche?

Asintió.

—Sí. Necesito un respiro y un jodido cambio de aires si no quiero terminar ahorcando a alguno de mis empleados.

Se rio entre dientes.

—Cualquier día tus comensales se encontrarán con un nuevo plato: cocineros a la brasa —se rio por lo bajo—. En fin. Has visto el correo, ¿no?

—¿Qué correo?

—Noche temática —acotó—. Cowboys e indios.

Las noches temáticas solían ser bastante interesantes si encontrabas a una buena compañera de juegos. En el club no tenía que preocuparse por nada más que disfrutar del tiempo allí, de quién era y de sus necesidades. Como dominante sexual encontraba placer en el poder que obtenía al controlar las necesidades de una mujer y en la sumisión y completa entrega de esta. Se basaba en un intercambio de confianza, en dejar atrás los prejuicios morales y dejar salir a quién era en realidad.

Al menos allí no tenía que justificarse o dar explicaciones, no tenía que testear a sus potenciales compañeras de cama o refrenarse y mantener un tipo de relación sexual que no le llenaba. Sí, había tenido compañeras de cama vainilla, pero siempre faltaba algo, una

comunicación más íntima, más cercana que hacía que se cansara enseguida de ellas.

—Después le echaré un vistazo —aceptó—. ¿Nos vemos allí?

—Dalo por hecho.

Solían jugar juntos compartiendo a una mujer o por separado, todo dependía del humor o las necesidades que se revelasen en ese momento. Se compenetraban bien, se conocían mejor que algunas parejas sin serlo y eso hacía que hubiese una innegable confianza entre ellos.

Le palmeó el hombro a modo de despedida y abandonó el hospital, era hora de pasarse por la *Crossroad* y ver qué agenda tenía para el fin de semana; esta vez le tocaba a él la guardia.

## CAPÍTULO 3

—Solo te falta el caballo.

—Me habría traído las espuelas, pero el sadismo no es lo mío —replicó Camden con ironía ante el recibimiento—. Y hacen demasiado ruido.

Brian se echó a reír. Su socio en la *Crossroad* —y copropietario del club de BDSM *Blackish* — estaba vestido de indio, con el cuerpo pintado, tocado de plumas y toda la indumentaria. Él había sido quién lo había invitado la primera vez, sus demonios eran similares y eso hacía que ambos se entendiesen y acabasen cultivando una cercana amistad. Si bien cada uno de ellos era consciente de las imperfecciones y los demonios de los demás socios de la compañía, su afinidad iba más allá. Brian podía parecer despreocupado, bromista, irreverente, pero la realidad era otra. El bombero se mostraba tal y como era entre esas paredes y allí era el Amo Fire, un dominante hasta la médula.

Era un buen Dom. Paciente, recto, con una vena maquiavélica y un profundo sentido de la dominación. Al contrario que él, Brian solía llevar sus relaciones a un nivel más profundo y estricto, teniendo una pauta estudiada de puertas para dentro.

En la actualidad estaba solo. Algo debía haber ocurrido meses atrás pues había decidido quitarle el collar a su sumisa y se había limitado a mantener sus esporádicas relaciones dentro del club.

—¿No está Logan contigo?

—Iba a venir, pero lo avisaron a última hora de la oficina —le informó. El poli había estado bastante cabreado y, aunque había intentado restarle importancia sabía por su tono de voz que los sucesos que rodeaban su actual caso lo afectaban—. Se pasará más adelante.

Le había hecho prometer que lo haría. Necesitaba sacarse toda la mierda que tenía encima y, al igual que él, solo se encontraba seguro dando rienda suelta a sus necesidades entre esas cuatro paredes.

—En ese caso, aprovecha para dar una vuelta por la sala y échale un ojo a las terneras que tenemos hoy por aquí disponibles. Disfruta de la velada —le sugirió—. Estaré en las mazmorras si me necesitas.

Sonrió de soslayo.

—No me digas que ya has encontrado a alguna nueva criatura traviesa con ganas de castigo.

Se rio.

—Hoy me limitaré a ejercer de monitor —señaló la sala principal con un gesto de la barbilla—. Al menos durante el primer turno.

—Si quieres que te sustituya para el segundo.

Le miró con esa intensidad que solo poseía un dominante.

—Parece que esta noche todos estamos un poco jodidos, ¿eh?

No contestó. No estaba seguro de cómo estaba, la visita al hospital no había ido como esperaba, de hecho, ni siquiera estaba seguro de qué esperaba.

—Te relevaré en un par de horas —respondió en cambio.

Brian asintió.

—Estaré en las mazmorras.

Se marchó con paso firme, saludando a algunos socios mientras iba hacia la parte de atrás.

El local estaba compuesto por dos plantas. La primera albergaba el área principal con el bar y las áreas públicas, la segunda, a la cual se accedía por unas escaleras, quedaba en parte abierta imitando la zona de estar de una cafetería con pequeños reservados y más allá, se extendía a una zona de habitaciones temáticas. El tono monocromático de las paredes y columnas solo se rompía aquí y allá por el color del mobiliario, el cual no solía ir más allá del rojo o discretos verdes.

La música electrónica inundaba la sala principal, una continua pulsación que encajaba a la perfección con el ambiente actual y que iría cambiando a medida que avanzase la noche hacia algo más íntimo y clásico.

Echó un vistazo hacia el bar dónde estaba atendiendo Wolf, uno de los Amos del club y lo saludó con un gesto.

—Sheriff Camden.

Una cantarina y suave voz llegó desde sus espaldas. Se giró y se encontró con una dulce y sexy india cuyo top y micro falda dejaban muy poco a la imaginación.

Los ojos verdes y el pelo rubio recogido en dos trenzas, la pequeña y vivaracha sumisa era una de las socias del club. La muchacha no tenía un Dom a cargo, solía hacer algunas escenas con Wolf, pero no buscaba una exclusividad lo cual la hacía perfecta para él esta noche. Cálida, dulce, no exigía y se conformaba con ser servicial.

—Buenas noches, mascota.

—Buenas noches, señor.

La manera educada y correcta con la que se conducía complacía a su dominante interior y todas esas curvas encajaban en sus gustos.

—Una salvaje realmente atractiva —comentó recorriéndola con la mirada. Cogió una de las trenzas entre los dedos y tiró de ella.

La muchacha se metió enseguida en su papel.

—Mi poblado ha sido asaltado y las mujeres hemos sido convertidas en cautivas y esclavas, señor —respondió bajando la mirada y la cabeza en representación de su papel—. Soy vuestra para hacer conmigo lo que deseéis, hombre blanco.

Sonrió de soslayo.

—Una esclava india suave y bien dispuesta —le apretó un seno, rozándole el pezón con el pulgar. Entonces envolvió la mano en la trenza hasta atraerla contra él—, es justo lo que necesito esta noche.

Ella lo miró, sus ojos encendidos de deseo y ganas de jugar.

—Lo que mi amo desee.

—No tenemos ni una maldita pista de quién puede ser.

Eso no era lo que Logan quería escuchar, se había pasado la tarde pendiente de la investigación, haciendo llamadas, pidiendo orden de un juez para poder conseguir los vídeos de tráfico de la zona, pero todavía no había una dirección que seguir.

Levantó la mirada y le echó un vistazo a su compañera. Elsa había sido uno de esos rollos de fin de semana que no traían demasiadas complicaciones, habían jugado, lo habían pasado bien y después cada uno se había ido por su lado. El acostarse con una compañera de trabajo nunca era una buena idea, pero esta vez no había tenido repercusiones.

—Todo lo que tenemos hasta ahora es la declaración de la víctima de la agresión —se encogió de hombros—. Y una descripción vaga. La falta de iluminación, un ataque por sorpresa... Esa zona de la ciudad no está precisamente vacía a esas horas, ¿cómo es que nadie vio nada?

Sacudió la cabeza, su pelo recogido en un pulcro moño.

—Dice haber bajado de un taxi, doblado la esquina y caminar un par de metros antes de que alguien saliese de la nada y le clavase el cuchillo en el hombro —continuó la mujer basándose en la declaración de la testigo—. Si bien ha tenido que arrastrarla hasta el callejón, el forcejeo, sus intentos de defensa, incluso si le cubrió la boca con la mano o con algo más, alguien tuvo que escuchar algún sonido, ¿no?

Pensó en la zona en concreto y el ruido en el restaurante. Él mismo había llegado al *Temptations* alrededor de la hora en la que era probable que fuese agredida, lo había hecho caminando solo que desde la dirección contraria y no había visto demasiados transeúntes por la calle.

—No necesariamente —respondió pensando en el lugar—. No en ese rango en concreto. Ese callejón da hacia la parte de atrás de un restaurante. Si la cogió en la calle, como sugieren las pruebas y la declaración de la testigo y la arrastró hasta allí, una vez deja la vía principal, el callejón se envuelve en penumbra.

Solo estaba la farola de la calle y las dos luces del muro trasero del restaurante que Camden había hecho instalar y, maldita fuese su suerte, una de ellas se había fundido un par de días antes.

—Ha sido todo un cúmulo de desafortunados incidentes —chasqueó la mujer—. Y con su pasado, esto era lo que le faltaba.

Sus palabras le llamaron la atención. Le había pedido que hiciese un barrido en la red para ver si podían encontrar alguna cosa en relación con lo sucedido, algo común en este tipo de casos y, aunque no pensaba admitirlo en voz alta, porque sentía curiosidad por esa mujer.

—¿Qué has encontrado?

—Estuvo siendo acosada por su ex pareja durante unos... nueve u once meses —respondió, se giró y fue hacia su escritorio de dónde sacó una carpeta—. Aquí está. La primera denuncia la interpuso en el 2010. Su ex la acosaba, recibió amenazas, etc. A lo largo de ese año hay varias denuncias, llegaron a ponerle al tipo una orden de alejamiento, ya sabes, el procedimiento estándar. Entonces, la cosa salta ya al 2014. Se registra una llamada al servicio de emergencias desde un supermercado, avisan de que hay un chalado que está causando el pánico en el aparcamiento. Una patrulla se persona y se encuentra a Leo Kirbing armado, con una pistola apuntando a una pareja y profiriendo gritos. Según el relato de los agentes, intentó matar a la mujer, su marido se interpuso llevándose el primer disparo y antes de que pudiese volver a dispararle a ella o a cualquiera de los clientes que estaban agazapados y aterrorizados junto sus coches, lo redujeron metiéndole una bala en la cabeza.

—Menuda manera de reducir a alguien. —Aunque no podía lamentar que lo hubiesen hecho, a juzgar por lo que acababa de escuchar—. Y dices que eso ocurrió...

—En el 2014, septiembre para ser exactos —le tendió la carpeta—. La pobre ha tenido una jodida mala suerte.

Frunció el ceño.

—No puede tratarse de nadie de ese entorno, ha pasado demasiado tiempo.

Y Siobhan le había dicho que era viuda, no tenía ninguna relación actual, nadie que quisiera hacerle daño. Así que su breve relato coincidía con el informe que había encontrado Elsa.

—¿Hay algo en el arma con la que la agredieron?

Negó con la cabeza.

—El hijo de puta utilizó guantes, cuero según dice el informe forense, pero no hay ni una sola huella.

Asintió. Lo más extraño de todo había sido encontrar el arma dentro de uno de los contenedores, así, sin más. Como si el tipo pensase que, tras terminar el trabajo, no la necesitaba más.

—Bien, cuando tengáis alguna cosa más, avísame —pidió. Echó un vistazo al reloj e hizo una mueca. Le había dicho a Camden que se pasaría por el club cuando terminase allí, pero había pensado terminar mucho antes.

Chasqueando la lengua, recogió la chaqueta, cubriéndose el chaleco con el arma y extrajo un chicle de menta del bolsillo. Tendría que pasar por casa para darse una ducha rápida y cambiarse. En otras circunstancias pasaría de ir, pero necesitaba quitarse toda esa mierda de encima y la única forma en la que podía hacerlo era descargando toda esa tensión acumulada en el local de BDSM del que era socio.

—Buenas noches —se despidió.

No esperó por una respuesta, cruzó la amplia habitación y subió las escaleras que llevaban fuera de la comisaría de policía.

## CAPÍTULO 4

Siobhan necesitaba dejar el hospital o terminaría volviéndose loca, las últimas dos semanas habían sido las más largas de su vida. Sus heridas más superficiales habían sanado, solo quedaban las líneas rosadas que se irían desvaneciendo con el tiempo. Los dedos permanecían inmovilizados con una ancha ranita y, si bien ya le habían quitado los puntos de la herida del hombro y la del abdomen estaba cicatrizando bien, todavía requería cuidados.

Logan procuraba mantenerla al tanto de la investigación. A estas alturas barajaban la posibilidad de que el ataque hubiese sido algo fortuito. Habían encontrado el arma en un contenedor de basura a un par de calles de distancia, pero ni una sola huella que pudiese ser identificada.

Los interrogatorios de los primeros días se fueron reduciendo, las constantes visitas se espaciaron al extremo de llegar a echar de menos las visitas del detective. De repente, la soledad se le hacía insoportable.

Por otro lado, Camden había vuelto a visitarla un par de veces más. Ese hombre era pura intensidad, una montaña de magnetismo masculino que la hacía olvidarse de sus propias heridas. Su presencia era tan inquietante que la hacía preguntarse una y otra vez por qué se había presentado en su restaurante para empezar, qué la había llevado a visitarle en primer lugar y continuar con esa visita cada semana. De hecho, él no había perdido el tiempo en hacerle esa misma pregunta en una de sus visitas al hospital.

—¿Qué te impulsó a hacer reserva tras reserva en el *Temptations* y reservar tu identidad? ¿Por qué no me dijiste quién eras desde el principio?

Incluso sentado en una silla, inclinado hacia delante y con las manos entrelazadas, seguía siendo el que llenaba la habitación.

—En ningún momento oculté mi identidad.

Entrecerró los ojos y bajó el tono de voz llamando su atención.

—Montgomery —replicó dejándole claro que había utilizado su apellido de casada—. Cada noche cenabas sola.

Sio se lamió los labios y se encogió de hombros.

—¿Eso es un delito?

—No, no lo es —negó sin desviar la mirada, manteniéndola prisionera de esa intensidad—. Pero el motivo sigue siendo un misterio para mí, sobre todo ahora.

—Me gusta la comida que se sirve en el restaurante.

Enarcó una ceja.

—No andes con evasivas, pequeña, y respóndeme.

—No es una evasiva —negó.

—Podrías haber dicho desde el principio quién eras —insistió, parecía un perro con un hueso—. Esa niña con coletas, la hija del predicador.

—No tuve oportunidad —respondió y, en cierto modo no era una mentira—. Cuando pregunté por el chef, me dijeron que estabas muy ocupado, que no podías atenderme y me enviaban tus disculpas. No conocía otra forma de contactarte.

—¿Cómo supiste que tenía un restaurante?

Se sonrojó, la forma en la que la miraba, esa intensidad, hacía que se sintiese cohibida, como si hubiese hecho algo malo.

—Te vi por casualidad en un reportaje en televisión, hablando de la inauguración —confesó.

Una noche de sofá y manta, haciendo zapping, un programa de entrevistas y entonces el reportaje en el que salió su nombre. Al principio le costó reconocerle. Ya no era un desgarrado niño, pero sus ojos y las expresiones de su rostro, así como el notorio parecido con su padre, se sumaron al nombre del chef que apareció en la línea informativa. La sorpresa se había mezclado con los recuerdos y la alegría de reconocer a alguien de su pasado, lo que vino después... bueno, ni ella misma podía explicárselo.

—Nunca tuve intención de molestarte, lamento haber dado esa impresión —murmuró. De algún modo, sus palabras parecían dar a entender que su presencia en el restaurante sí le molestaba—. No tendrás que preocuparte de nuevo, no volveré a...

Levantó la mano y sus labios se cerraron al momento. Había gestos que su cuerpo reconocía, un silencioso código que traía recuerdos de su pasado.

—No te estoy vetando en mi restaurante, Siobhan —le dijo con tono calmado—. Por supuesto, puedes volver cuando quieras. La próxima vez prometo salir a saludarte, es lo mínimo que puedo hacer por alguien que parece disfrutar de mi comida.

Su indirecto comentario respondía a las tarjetas que solía dejar para agradecerle la cena, un hecho que le arrancó un nuevo sonrojo.

Pero ese episodio había ocurrido hacía casi dos semanas y, durante todo ese tiempo, no había vuelto a verle.

Suspiró y echó un nuevo vistazo a la habitación, hoy por fin le daban el alta y podría volver a casa, con sus cosas y lejos del olor a antiséptico del hospital. La idea de regresar a su solitario hogar le provocaba un nudo en la garganta, pero no podía darse el lujo de retroceder, de perder todo el camino que había ganado los últimos años, se lo debía a su marido. Ya había sido bastante malo haberle ocultado lo sucedido a su único amigo en la ciudad. Brian había sido el compañero de Nathan, habían trabajado en el mismo departamento de incendios y, desde su partida, se había convertido en su mayor apoyo. Así que cuando se enterase de lo sucedido, supiese que había estado ingresada y no le había dicho nada... algo le decía que iba a tener que suplicar y mucho. Pero ahora lo principal era volver e instalarse... ya habría tiempo para llamarle. Prefería enfrentarlo en un terreno conocido, dónde no se sintiese en inferioridad de condiciones, aunque con ese hombre en particular era imposible no sentirse así.

Metió las pocas cosas que tenía consigo en la bolsa y la cerró.

—Veo que ya estás lista para irte.

La inesperada voz la llevó a dar un respingo, se giró y allí estaba Camden, apoyado en el umbral y con el papel del alta en una mano.

—Sí —aceptó maravillándose, no por primera vez, de lo enorme que era ese hombre. No se parecía en nada al niño que recordaba de su infancia, su primer amigo—. Me han dado el alta esta mañana.

Su mirada acusadora la avisó de que estaba en problemas.

—¿Y no se te ocurrió avisarnos a Logan o a mí para que te recogiésemos?

Una pizca de rebeldía se impuso a sus palabras.

—Puedo arreglármelas sola.

Entrecerró los ojos, entró en la habitación, cogió la bolsa sobre la cama y la miró.

—Hoy no —sentenció e indicó la puerta—. Después de ti, pequeña.

Parpadeó, lo miró y solo se movió cuando enarcó una ceja. Dios. Todo en él gritaba «yo ordeno y tú obedeces», lo preocupante es que sus labios ya se movían para decirle «sí, señor».

Esa habilidad para ordenar sin hablar la ponía nerviosa y hacía al mismo tiempo que su cuerpo permaneciese alerta, reconociendo las señales, añorándolas.

Pasó por delante de él con una ligera cojera, la miró y le dedicó un guiño como si le hiciese gracia su pequeña rebeldía.

—Vamos, hay una bonita silla de ruedas esperándote en el pasillo.

—Puedo caminar.

—Pero no lo harás.

Le miró.

—¿Siempre eres tan mandón?

—Solo con las mujeres rebeldes —declaró, cogió la silla y la acercó—. Siéntate, por favor.

—Eres un mandón —protestó, pero no le quedó otra que sentarse.

—Te acostumbrarás.

—En serio, puedo pedir un taxi y...

—Sigue protestando y te doblaré sobre mis rodillas —le susurró al oído, empujando al mismo tiempo la silla.

Se estremeció y cerró la boca de inmediato cosa que le hizo sonreír.

—Eso está mejor —aceptó complacido por su claudicación—. Sigue así y nos llevaremos bien.

Se giró para mirarle, pero él ya no le prestaba atención. Sin embargo, la sonrisa satisfecha seguía curvándole los labios.

Demonios, ¿en qué se estaba metiendo? Ese hombre era demasiado peligroso para su propia salud.

Camden tuvo que contener la risa, la expresión de la chica era bastante divertida. Siobhan era como un libro abierto, su rostro era muy expresivo y sus reacciones lo atraían bastante.

La timidez que parecía envolverla contrastaba con las esporádicas salidas que tenía en algunos momentos. La muñequita tenía chispa y él se moría de curiosidad por prenderla y ver

hasta dónde podía empujar para obtener una reacción.

Había dejado aviso en el hospital para que le informaran en el momento en que se le diese el alta, Logan había hecho otro tanto y, después de hablarlo, habían decidido que fuese él quien se hiciese cargo; el policía no estaba teniendo la mejor de las semanas.

De una manera inexplicable, ambos se sentían atraídos por ella, aunque Cam estaba seguro de que lo suyo no era otra cosa que curiosidad.

—Entonces, ¿de verdad te pedí matrimonio?

La pregunta la cogió por sorpresa.

—Sí —murmuró—. Lo hiciste para que dejase de llorar.

No tenía motivos para dudar de su palabra, por otro lado, sus recuerdos de la infancia eran bastante vagos. Apenas si recordaba alguna cosa de su tierra natal y, por supuesto, el recordar a una niña pequeña no estaría entre las prioridades de un preadolescente, como era entonces.

—¿Cuántos años tenías?

—Cinco —se lamió los labios—. Soy siete años más joven que tú.

Parpadeó, bajó la cabeza y la miró.

—¿Tienes veintinueve?

—Pareces sorprendido.

—Lo estoy —aceptó sin rodeos. Su aspecto juvenil le restaba años—. No aparentas esa edad.

—Lo sé —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Pero te aseguro que no soy una cría.

Sonrió de soslayo y se inclinó para decirle al oído.

—Con esas tetas, ese culo y esas caderas, ni se me ocurriría sugerir tal cosa.

La dejó sin palabras o eso pensó durante un instante.

—Nadie te puede acusar de no ser directo.

—No me gusta andarme con rodeos. —Y esa era una gran verdad, su propio mantra, de hecho—. Prefiero las cosas claras, cristalinas. Te evita muchos problemas.

—Ya veo.

No parecía convencida.

—Pero cuéntame, ¿cómo una pequeña irlandesa como tú ha terminado en los Estados Unidos?

La forma en que se tensó fue un claro indicativo de que la respuesta era difícil para ella.

—Es una historia complicada... y larga.

—Tengo tiempo hasta las doce —aseguró echando un vistazo al reloj. Tenía que volver al restaurante para la comida—, así que puedes empezar por el principio y ya veremos a dónde llegamos.

Se giró para mirarle.

—¿Por qué tienes interés en saberlo?

Bajó la mirada y respondió con total honestidad.

—Porque sigo sin saber quién eres.

Un pequeño ceño le arrugó la frente.

—Pensé que esa parte había quedado clara —rezongó ella.

Se detuvo y esperó a que las puertas automáticas se abrieron.

—Recuerdo vagamente a la niña de hace veinticuatro años —calculó rápidamente—. Pero la niñita pelirroja y con coletas no tiene nada que ver con la comensal que viene cada miércoles

noche a mi restaurante. Esa se sienta a disfrutar de una copa de vino, pide un único plato y deja una tarjeta agradeciéndole al chef la comida. Y tampoco sé nada sobre la mujer que casi se desangra en mis brazos detrás del restaurante. Demasiadas incógnitas para una chica que dice que le he pedido matrimonio, ¿no te parece?

La escuchó resoplar.

—Me vine a los Estados Unidos en contra de la voluntad conservadora de mis padres para asistir a la universidad —declaró sin más—, trabajé para pagarme los estudios, conocí a mi marido y enviudé.

Puso los ojos en blanco ante su rápido resumen.

—Eso es la versión resumida, Siobhan, yo quiero la extendida.

Para su sorpresa, se negó.

—No te la daré.

Dejó que se saliese con la suya hasta llegar al aparcamiento y acomodarla en el interior del vehículo.

—¿Tan trágica es la historia de estos últimos veinticuatro años que no quieres hablar de ello? —la azuzó ocupando su lugar detrás del volante después de haber entregado la silla de ruedas a un celador.

—Es mi vida...

—Una que, en cierto modo, he impedido que perdieses —replicó tomándola por sorpresa. Sabía que sonaba arrogante, que la estaba empujando sin piedad, pero quería verla reaccionar, necesitaba que lo hiciera—. Así que tienes dos opciones: hablar y dejar salir todo eso que parece reacia a compartir o explorar otras alternativas.

Lo miró de soslayo.

—¿Cómo cuáles?

Su interés la hizo sonreír.

—Mi favorita sin duda es el sexo —le soltó dejándola pasmada—. Soy de la opinión de que si juegas bien tus cartas y eres quién las reparte, llevas las de ganar.

Parpadeó como un pequeño búho, pero no estaba asustada, al contrario. Interesante muñequita la que tenía con él en el coche.

—Eres un poquito... engreído.

—¿Solo un poquito? —se echó a reír—. No te haces una idea de lo... engreído que puedo llegar a ser con tal de salirme con la mía. ¿Y bien? ¿Tu modo o el mío?

—¿Hablas en serio? —Su asombro iba a la par que su curiosidad.

—Siempre hablo en serio —aseguró y la recorrió con la mirada—, pero ahora mismo no estás en condiciones de aguantar ni el más breve de los asaltos. No sería justo y me tengo por alguien bastante justo en esas lides.

—Estás provocando que quiera...

—¿Acostarte conmigo?

—...lanzarme del coche.

—Esa no es una opción válida. —Y para recalcar sus palabras, cerró las puertas desde su lado—. Ahora, si empiezas a hablar, quizá podamos terminar la conversación antes de llegar a tu casa.

La escuchó resoplar.

—No es una historia agradable de contar —le aseguró y lo miró a los ojos—. De hecho, te apuesto lo que quieras a que cuando termine, se te quitarán las ganas de seguir cerca de mí.

Sonrió de soslayo.

—Siobhan, eso es altamente improbable. —Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no reírse—. Pero acepto el desafío. Eso sí, te aviso que si... mis ganas de ti persisten... no te librarás de acabar en mi cama.

Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua con un gesto de abierto dolor. Se había lastimado al moverse, era obvio que no estaba tan bien como quería hacer creer.

—Te duele —no era una pregunta.

—Me tira un poco —aceptó al tiempo que se recostaba en el asiento y dejaba escapar un suspiro—. No es nada.

Respiró hondo y encendió el motor.

—Debería castigarte por no haberme llamado y querer hacerlo todo por tu cuenta cuando salta a la vista que no estás bien.

No se molestó ni en mirarle.

—No eres mi dueño.

No pudo evitar responder con ironía.

—Agradece que no lo soy, pequeña, no te iban a gustar un pelo las consecuencias de desobedecerme.

Resopló.

—Dudo que pudieses hacer algo peor de lo que ya me han hecho —farfulló ella.

La miró antes de volver a posar la mirada en la carretera.

—Dijiste que eras viuda, ¿qué le ocurrió a tu marido?

La respuesta tardó en llegar, pero cuando lo hizo no pudo objetar.

—Le asesinaron —respondió—, y lo hicieron delante de mí.

Y aquello solo fue el comienzo de una narración donde la víctima había pasado por un infierno, uno del que, aunque ella decía que sí, todavía no se había recuperado.

## CAPÍTULO 5

Siobhan encendió el interruptor de la luz y respiró tranquila al ver que su hogar estaba igual que lo había dejado. Sabía que era una tontería preocuparse, pero la falta de noticias de su atacante y la experiencia pasada con Leo la hacía sentirse incómoda. El ver que cada cosa seguía en su lugar, que su intimidad no había sido violada, la tranquilizó.

Sí, le había dado permiso a una compañera del detective para que entrase y le cogiese algo de ropa, pero sabía que no hurgaría en sus cosas. La policía se había encargado de comprobar su domicilio e interrogaron a los vecinos, la respuesta sin embargo era siempre la misma; nadie había visto nada.

—Hogar dulce hogar.

—Si añades una pizca de entusiasmo, es posible que me lo crea.

Miró por encima del hombro para ver a Camden. Se había mantenido en silencio mientras le ofrecía una versión resumida de su pasado. Le había hablado de Leo, de su marido y cómo había terminado todo. Su respuesta había sido el silencio, lo que la había deslizado de nuevo en la inseguridad e incomodidad por su presencia. Con todo, ¿qué otra cosa podía esperar de un hombre al que prácticamente no conocía? El que se hubiesen visto de niños, el que hubiesen jugado juntos, no era suficiente motivo para que hubiese una unión ahora de adultos. La realidad era que no se conocían y, sin embargo, él no había dudado en dejar caer esa franca y abierta insinuación sexual sobre su regazo. Era un hombre extraño, pero uno que la atraía a pesar de todo.

—¡Oh hogar, mi dulce, dulcísimo hogar! —exageró y luego se giró hacia él—. ¿Mejor?

Sacudió la cabeza dejó la bolsa sobre una silla y miró a su alrededor.

—Todavía no me has dicho nada que me haya hecho cambiar de idea —le soltó sorprendiéndola—. Pero aceptaré el que casi no puedas mantenerte en pie como excusa para posponer nuestra ronda en la cama.

Abrió la boca para replicar, pero no le salió ni una sola palabra.

—Tú tienes un enorme problema de oído, confíésalo.

Sonrió, lo escuchó resoplar mientras caminaba hacia la chimenea con las manos en los bolsillos. Sobre la repisa había un par de fotos, las únicas que se había permitido conservar. No quería olvidar, no completamente.

—Estos son tus padres. —Había reconocimiento en su voz—. Te pareces a tu madre. Recuerdo haberla visto de pie delante de esa misma cerca, hablando con la mía...

Caminó hacia él y miró la foto.

—Gracias a Dios el parecido es solo físico —murmuró. Eso era lo único en lo que se parecía a ella—. Ese era mi marido, fue una de las últimas fotos que nos sacó uno de sus amigos.

Le dio la espalda a la fotografía y miró el salón sin saber muy bien que hacer ahora.

—¿Quieres un café? —sugirió entonces mirando hacia la cocina y luego a él—. Creo que es

todo lo que puedo ofrecerte ahora mismo.

Él no la miraba a ella, había cogido la foto de la repisa y la contemplaba con estudiada concentración.

—Um... ¿pasa algo?

Sus ojos se deslizaron sobre ella, deteniéndose en su cuello antes de subir a su rostro. La miró en silencio, entonces dejó la fotografía en su sitio y caminó en su dirección.

—¿Dónde está tu dormitorio?

Parpadeó ante su directa pregunta.

—Retiro la oferta del café, ahí tienes la puerta.

Enarcó una ceja y casi juraría que parecía divertido.

—No voy a follarte, Sio, no cuando apenas eres capaz de mantenerte en vertical sin morirte de dolor —le soltó tan tranquilo—. Necesitas descansar y yo asegurarme de que lo haces.

—Estoy en mi casa, estaré bien —se justificó—. Ya has hecho tu buena obra del año, puedes irte.

—Deberías llamar a tu madre para que venga a echarte una mano mientras estés convaleciente —sugirió volviéndose hacia ella.

—No la necesito —replicó tensa—. No la he necesitado y no la necesitaré.

—Deduzco que no te llevas bien con tu progenitora —se cruzó de brazos—. ¿Alguna amiga con la que puedas contar?

—Tengo una compañera de trabajo.

—Llámalas —fue una orden directa, seca.

Arrugó la nariz.

—No está en la ciudad —confesó. Ese había sido el motivo por el que ni siquiera había pensado en llamarla en el hospital. Además, no es como si pudiese considerarla una amiga, era solo una conocida.

Su mirada se entrecerró sobre ella.

—¿Y no hay nadie más a quién puedas recurrir?

La acusación en su voz hizo que se sintiese un poco avergonzada. Solo le quedaba Brian y no pensaba decirle una sola palabra hasta que Camden se largase y pudiese idear una buena historia que no hiciera que la estrangulase.

—Estaré bien sola —replicó con toda la seguridad que pudo reunir—. Si me siento mal...

—Me llamarás o llamarás a Logan —sentenció—. Y más te vale hacerlo, pequeña o la primera vez que estés sobre mis rodillas, no te va a gustar un pelo.

Tragó, no pudo evitarlo. Lo extraño es que no la había asustado, por el contrario, sus palabras la habían excitado.

—Tengo que estar en el restaurante en un par de horas —le informó mirando el reloj. Resopló y la miró de nuevo—. Te enviaré algo de comer con uno de nuestros repartidores.

—No es necesario que...

—No protestes —la interrumpió con un solo gesto—. Tienes mi número de teléfono, si necesitas espero que me llames. ¿Lo has entendido?

—No necesito una niñera.

Caminó hacia ella hasta quedarse a escasos centímetros.

—¿Te parece que tengo aspecto de niñera?

Apretó los labios y optó por levantar la barbilla con gesto desafiante.

—No sabría decirte, hasta ahora me has estado tratando como...

Antes de que pudiese darse cuenta de lo que estaba pasando, él había enterrado la mano en su pelo, tiró de la cabeza hacia atrás y le cubrió los labios, deslizado la lengua en su boca y robándole un beso que la dejó sin aliento.

—He hecho una pregunta, pequeña.

Tembló, no pudo evitarlo. Sacudió la cabeza en la medida que su mano le permitía.

Aferró un poco más su pelo provocándole un pequeño pinchazo en el cuero cabelludo.

—En voz alta, Siobhan.

Frunció la nariz.

—No, no tienes aspecto de niñera.

Con una última mirada asintió, la soltó y le frotó la cabeza antes de soltarla por completo.

—Recuérdalo la próxima vez que nos veamos —le dijo acariciándole el labio inferior con el pulgar—. Ahora métete en la cama y descansa hasta que lleguen con la comida.

Con eso dio un nuevo paso atrás, la examinó con atención y, conforme, dio media vuelta y se marchó sin decir una sola palabra más. El sonido de la puerta al cerrarse la hizo reaccionar.

¿Qué demonios había sido todo eso?

## CAPÍTULO 6

Volver a la rutina era casi tan complicado como seguir adelante desde dónde lo había dejado, sobre todo cuando esa rutina se veía alterada de manera radical. Siobhan se secó el sudor de la frente e hizo una mueca, le dolía el hombro, pero era la tirantez en su vientre la que se llevaba la peor parte. Sus heridas sanaban poco a poco pero no con tanta rapidez como le hubiese gustado que lo hiciesen. Se dejó ir de lado, se acomodó en el suelo y respiró profundamente. Había sido una estupidez volver tan pronto al trabajo, no estaba todavía al cien por cien y encargarse de los malditos hierbajos del jardín, una semana después de haber dejado el hospital, se asemejaba bastante a caminar por el desierto en pleno verano.

Se quitó los guantes, los dejó a un lado y se estiró aprovechando que el sol le daba en la cara.

—¿A eso le llamas trabajar, nena?

Dio un respingo y levantó la mirada para encontrarse con su empleador. Brian la había llamado el mes anterior para comentarle que quería hacer algo con la parte de atrás de la casa que tenía a las afueras, su segunda residencia, y quería que ella se hiciese cargo. El trabajo debería haber comenzado la semana pasada, cuando ella estaba todavía en el hospital.

—Tengo el diseño terminado —replicó con una perezosa sonrisa, indicando la mesa de hierro forjado sobre la que descansaban los planos—, lo demás, será cuestión de tiempo. Y ya he empezado a arrancar algunas hierbas, ¿ves?

Sacudió la cabeza.

—Deberías estar en casa y descansando, no arrancando hierbajos —la reprendió al tiempo que le tendía una botella de agua y una pastilla—. Todavía no te has recuperado por completo.

—No es necesario que me eches tú también la bronca —hizo un puchero—. Necesito trabajar. Las facturas no se pagan solas, Brian...

Él la miró y enarcó una ceja, se obligó a tragar, bajar los ojos y corregir su respuesta.

—Señor.

—Eso está mejor —declaró.

El hombre era un dominante hasta la médula, había jugado con él en tiempos de su marido y, una vez que se quedó sola, el bombero la había acogido bajo su ala, obligándola a salir del cascarón y dejar de esconderse del mundo.

—Todavía estoy disgustado contigo, Sio —le dijo con voz profunda y firme, lo que envió un escalofrío por su cuerpo—. Habíamos quedado en que me llamarías si necesitabas algo, lo que

fuese. Y no lo hiciste.

Se lamió los labios. Y al fin llegaba la conversación que había intentado evitar durante toda la semana.

—Te llamé tan pronto llegué a casa.

Dio un paso hacia ella, haciéndola todavía más consciente de que ella estaba en el suelo y él de pie.

—Has estado un tiempo en el hospital y has estado sola —le reprochó—. Te apuñalaron, Siobhan.

Se encogió un poco ante la abierta acusación.

—No quise preocuparte —se justificó.

—Me has preocupado mucho más al no decirme nada, *mascota* —le aseguró, recordándole qué lugar ocupaba en ese momento y quién tenía la palabra—. Lo sabes.

Sí, lo había hecho. Cuando le había llamado para hablarle de su accidente, la línea se había quedado en blanco solo para escuchar un «*no te muevas de casa, voy para ahí*» y tenerle en su puerta veinte minutos después, sacándole la mierda a gritos. Era un verdadero milagro que no la hubiese puesto en ese momento sobre sus rodillas y la hubiese azotado hasta hacerla suplicar.

Pero no. Brian no hacía las cosas a la ligera, jamás tocaba a una mujer si no estaba en pleno control de sí mismo y en ese momento había sido como un maldito incendio lleno de combustible.

Sin embargo, algo le decía que ese indulto acababa de llegar a su término.

—Y esa falta de confianza, se merece un castigo.

Tragó. No le iba a gustar, no le iba a gustar ni un pelo.

—Lo siento, señor.

—Sí, cariño, sé que lo sientes —aseguró acariciándole la mejilla—. Pero ambos vamos a asegurarnos que esto no se repita.

Las lágrimas empezaron a picarle en los ojos ante el borde de decepción que escuchó en su voz. Él era su amigo, su único amigo en realidad, el único que la conocía en profundidad y le había fallado.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

El borde afilado en su voz, el tono frío con el que habló le dolió más que un bofetón.

—Yo...

¿Qué podía decir? ¿Qué podía hacer para borrar ese gesto contrariado y de decepción en su mirada? Sabía que se merecía el castigo y que no iba a escapar de él, —ya había tenido un indulto de siete días—, así que cualquier cosa que pudiese decir ahora mismo no disminuiría su propia vergüenza por haberle fallado.

—Inclínate sobre el banco acolchado —le indicó—, y asume la postura.

Tembló. Recorrió el porche con la mirada hasta encontrar dicho banco. Las piernas parecían dispuestas a fallarle en cualquier momento mientras caminaba al lugar que le había indicado, el estómago se le encogió mientras se arrodillaba y asumía la postura de castigo. Con el vientre y las caderas afirmadas contra la suave superficie, los pechos sobresaliendo del borde del banco y las manos afirmadas en el suelo, se sintió avergonzada e irritada a partes iguales. Su Maestro y marido solía castigarla de ese modo o doblándola sobre su regazo, a veces lo hacía para estimular sus juegos, pero esta vez sabía que no habría nada erótico; diablos, iba a doler.

El pulso empezó a latirle en los oídos mientras un sinfín de probabilidades pasaba por su

mente y la espera se convertía en un nuevo motivo de ansiedad. Giró la cabeza para localizar a Brian, él estaba de espaldas a ella, con los brazos a la espalda, la tensión en sus hombros rebelaba su incomodidad.

—La mirada al suelo, *sumisa*.

Su voz fue como un latigazo y la hizo obedecer al momento, reconociendo su autoridad. La frialdad en su tono provocó que le picaran los ojos y las primeras lágrimas hiciesen acto de presencia. Él era un dominante hasta la médula, su papel iba más allá de unos cuantos juegos ocasionales, era toda su vida y el que ahora estuviese sin esclava, solo podía indicar que algo le había ocurrido.

Se lamió los labios, la sangre empezaba a zumbarle en los oídos a causa de la incómoda posición y mantener la cabeza baja. Entonces la dura mano se aplanó sobre su espalda, lo sintió más que vio acomodarse a ahorcadas en el mismo banco.

—Mantén las palmas apoyadas en el suelo —la instruyó al tiempo que la empujaba un poco más hacia delante, desestabilizándola y obligándola al mismo tiempo a cargar con el peso de su cuerpo. Una pierna cubrió sus pantorrillas, inmovilizándola y activando el inmediato temor en su cuerpo.

—Amo Fire... —Ese era el nombre por el que se le conocía en la comunidad, en su propio club y por el respondía.

Se inclinó sobre ella y notó su aliento en el oído.

—¿Entiendes por qué vas a ser castigada?

Un pequeño gemido escapó de sus labios y asintió.

—En voz alta, Siobhan.

Se lamió los labios.

—Sí, señor —se lamió los labios. Dios, ¿le sonaba a él su voz tan temblorosa como la escuchaba ella?

—Dímelo.

—No... no te avisé... cuando estaba en el hospital.

—¿Qué más?

—No... te dije que... que todavía... todavía me dolía...

La mano que mantenía sobre su espalda se deslizó hasta su trasero, sintió como sus dedos enganchaban la cintura de los *leggings* y tiró de él, así como también de las braguitas, hacia abajo desnudando su culo.

—Me has decepcionado, Sio —le dijo con voz fría—. Serán siete azotainas.

¿Qué? ¿Siete? ¡Oh señor! ¡Lo había cabreado, pero bien! Las lágrimas empezaron a descender por sus mejillas cuando una sensación desoladora la embargó.

—Quiero que los cuentes en voz alta.

Apretó los labios intentando no romper a llorar allí mismo.

—¿Sumisa?

—S-Sí señor.

Antes de que terminase de pronunciar la última sílaba la palma abierta de su mano cayó con fuerza sobre la mejilla derecha de su trasero, el sonido de la carne golpeando carne resonó en el solitario porche y el punzante dolor la sobresaltó.

—Uff —contuvo un gemido.

—¿Se te ha olvidado como se cuenta?

Apretó los ojos y respondió.

—Uno, señor.

—Mejor.

La siguiente punzada aterrizó sobre la otra nalga en la forma de un ardiente agujonazo. Las lágrimas discurrieron por sus lágrimas y le picó la nariz. No se estaba conteniendo, lo que hacía la perspectiva de las azotainas que quedaban por delante más aterradora aún.

—Dos, señor.

La tercera aterrizó en la curva inferior, hacia el centro e instintivamente intentó levantarse, pero el antebrazo que presionó contra su espalda no se lo permitió. ¡Y dolía! ¡Joder, dolía mucho!

—¿Esa sería la tres, Sio?

—Tres, señor —su voz empezó a quebrarse.

La cuarta le arrancó un sollozo, empezaba a notar el culo caliente y le hormigueaba la piel, a pesar de ello, él se cuidaba de no golpearla en el mismo lugar. Las lágrimas se agolparon en su pecho, el dolor físico empezó a mezclarse con el emocional y el nudo que llevaba en su interior empezó a deshacerse dando paso a un torrente de llanto. Pero eso no le detuvo. La quinta la hizo gritar, pataleó, pero eso solo le consiguió la sexta.

—No más, por favor, señor, no más —lloraba entre hipidos tras la última—. No lo volveré a hacer, no lo haré más.

—Un número, Siobhan.

Su llanto se hizo más intenso mientras balbuceaba la cuenta.

—Se...seis... amo... Fire.

—Una más y hemos terminado, amor.

La última no fue menos dolorosa, sabía que no le había golpeado con la misma fuerza, pero tenía el culo tan dolorido que se limitó a berrear como un bebé, desmadejada sobre el asiento.

—Y siete —murmuró él por ella—. Dime otra vez porqué has sido castigada.

Se ahogó en sus propios sollozos, tartamudeó una respuesta y tosió intentando decirle lo mucho que lo sentía, que no lo volvería a hacer. Se odiaba a sí misma por haberle fallado así, por no haber sido lo suficiente fuerte para haberle llamado cuando sabía que le necesitaba.

—Lo siento... lo si...siento mu... mucho. No... no lo volveré a ha...hacer —hipó, las lágrimas impidiéndole ver nada cuando notó como la liberaba y la ayudaba a incorporarse—. Yo... te... tenía miedo... de que... pasase otra vez... lo mismo... No... no quería que te hiciese... te hiciese daño. No... no quiero que hagan daño a nadie... por mi culpa. Lo siento, señor... lo siento mucho... lo siento...

Notó su mano deslizándose sobre el caliente y enrojecido trasero y no pudo evitar respingar, se limpió la cara con las manos, pero era incapaz de dejar de llorar.

—Lo siento... no... no lo volveré a hacer... te... te lo diré... te... me... me duele...

Brian quería hacer pedazos al hijo de puta que la había herido de esa manera, que casi no solo acaba con su vida, sino que había conseguido enviarla de nuevo al agujero negro en el que había vivido en el pasado. Se levantó de su asiento, todavía rígido y bajó la mirada sobre ella.

—Vamos a sacarte esto. —Un breve aviso antes de quitarle por completo los pantalones y las braguitas para dejarlas a un lado y atraerla hacia él. Tenía el culo de un precioso tono rojo, probablemente no podría sentarse con comodidad durante un día o dos, pero esa era la finalidad

del castigo, que fuese consciente de su falta y recordase el por qué había sido castigada de modo que no volviese a cometer tal infracción—. No quiero castigarte más de lo que tú desees ser castigada, Sio —continuó, le levantó el rostro y le secó la cara con los pulgares sin mucho éxito—, pero no voy a permitir que vuelvas a caer de nuevo en ese abismo. ¿Lo entiendes?

Asintió con lentitud, hipó y sorbió por la nariz. Era una mujer tan cálida y cariñosa, no era justo que le pasasen estas cosas. No se lo pensó, la levantó en brazos y se acomodó con ella en una de las amplias tumbonas, manteniéndola sobre su cuerpo, cuidando de no rozarle el abusado trasero.

—No... no quiero... yo tampoco quiero volver allí —la escuchó musitar entonces—, no dejes que vuelva allí, no dejes que lo haga, por favor, señor.

La abrazó y empezó a mecerla con suavidad, dejando que llorase, que sacase todo lo que tenía dentro. Ahora ya no estaba Nathan para cuidar de ella, para guiarla y ayudarla a mantener esa estabilidad que un hijo de puta le había robado. Si bien al principio pensó que lo estaba haciendo bastante bien, ahora se daba cuenta de que no había sido más que una fachada. Siobhan era fuerte a su manera, intentaba seguir adelante y adaptarse a las nuevas circunstancias, pero necesitaba a alguien que estuviese ahí. Esa dulce gatita necesitaba a alguien en quien pudiese apoyarse si empezaba a flaquear, alguien por quién decidiese ser fuerte y ese alguien no podía ser él. Pero, ¿qué alternativas tenía?

—Shh —la acarició, calmándola, dejando que la riada fuese quedando atrás y su llanto remitiese hasta convertirse en silenciosos hipidos—. Vamos a tener que buscar una alternativa para que esto no vuelva a suceder.

Levantó la carita, roja por las lágrimas, mojada y se le encogió el corazón. Necesitaba alguien que la estabilizase, que la mantuviese entera a través de este nuevo vendaval... y tenía una ligera idea de a quién podía reclutar para tal tarea.

—Y esa será la segunda parte de tu castigo.

Notó su inmediata tensión, esperando en silencio que vertiese sobre ella algún nuevo castigo, pero no era eso lo que tenía en mente, no en la forma en que sin duda ella lo estaba concibiendo ya. Sí, había necesitado esa sesión de azotes, necesitaba descargar todo lo que llevaba dentro, una pesada carga que no dudaba había llevado durante demasiado tiempo.

Y él tenía la culpa, en más de una manera, según lo veía. Se había desentendido de ella, su última compañera había sido tan absorbente que lo había llevado a dejar a un lado a sus amigos, sus noches de póker e incluso tuvo sus más y sus menos con Jax.

Sacudió la cabeza mentalmente, el que Sio no lo hubiese llamado no había sido culpa suya, él mismo se había desentendido de ella hasta que recordó que la mujer de su viejo amigo trabajaba como jardinera y paisajista.

—El próximo viernes vendrás al club conmigo.

Su sorpresa fue genuina.

—¿Al club?

Le apartó el pelo de la cara, le secó las mejillas con el pulgar y asintió.

—No he sido muy buen amigo contigo últimamente —aceptó su parte de culpa—, así que vamos a ponerle remedio.

Parpadeó.

—Tú no has sido un mal amigo, Bri... err... señor.

Sonrió.

—Está bien, Sio.

Se lamió los labios.

—No has sido un mal amigo —insistió—. Debí llamarte, pero... no quise... preocuparte o ponerte en peligro.

Asintió.

—Lo entiendo —aceptó—, aunque no lo comparto. Y por eso, vas a venir al *Blackish* de modo que pueda ponerte al cuidado de uno de mis amigos de total confianza.

La sintió tragar. Su mirada hablaba por sí sola.

—No... no creo que esté en condiciones de... dar ese paso todavía —se aventuró a responder. Su seguridad parecía mayor que cuando llegó esa mañana—. Mírame... soy... soy como el mapa de un carnicero.

Su respuesta lo hizo resoplar.

—¿Tengo que volver a azotarte para que retires esas palabras?

Dio un respingo sobre su regazo e hizo una mueca.

—Así es como me siento —escupió incómoda, queriendo ser honesta con él—. Y esto no es nada, porque me quedarán las cicatrices...

—Siobhan —le cogió la barbilla y la obligó a enfrentar su mirada—. Sabes que yo también tengo cicatrices, las has visto, ¿eso te ha asustado o te ha echado para atrás en algún momento?

Bufó.

—No es lo mismo, tú eres un hombre, es parte de tu trabajo —resopló—. ¿Has visto alguna vez un bombero que no se queme, aunque sea una sola vez? —Sacudió la cabeza—. No, no es lo mismo, Brian —suspiró y miró sus propios brazos—. Esto es un recordatorio...

—De que has salido con vida de un maldito infierno —la interrumpió él con decisión—. Son las marcas de una guerrera. Dilo.

Hizo un puchero.

—Estoy esperando.

—Son las marcas de una guerra —repitió llena de fastidio.

Entrecerró los ojos y ladeó la cabeza.

—Me parece que no te he azotado lo suficiente.

Jadeó en protesta y lo miró con un horrorizado puchero.

—¡No podré sentarme en una semana! —protestó—. Señor. He... he aprendido la lección.

Sacudió la cabeza.

—He sido muy negligente contigo, *sumisita* —declaró con voz profunda, ahora era el dominante quién hablaba, no el amigo—. Pero eso se va a terminar aquí y ahora.

La vio tragar, se revolvió inquieta en su regazo, apretó las manos sobre sus muslos y bajó la mirada.

—Lo siento, señor.

Le levantó de nuevo la cara con un dedo y sacudió la cabeza.

—Tiéndete —la empujó a hacerlo dejándole ahora todo el espacio en la tumbona.

Ella obedeció un poco reacia y se sobresaltó cuando tocó la fresca cicatriz en su vientre. No era médico, pero había visto bastantes heridas a lo largo de su vida como para poder calibrar sus avances.

—Tienes la cicatriz rosada —declaró. Los bordes estaban algo enrojecidos, sin duda por acción del esfuerzo y de la posición en la que la había colocado, a pesar de buscar una en la que no sufriese su herida—. ¿Te duele?

Se estremeció cuando tiró de la piel con los dedos.

—Ahora sí —musitó entre dientes.

—¿Te has tomado algo para el dolor?

Lo miró a través de sus cuerpos.

—Esta mañana, con el desayuno —aceptó.

Sacudió la cabeza y suspiró.

—Me están entrando ganas de zurrarte otra vez por no cuidar apropiadamente de ti misma.

Puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar gemir.

—Quieres que no vuelva a sentarme en la vida, admítelo, Amo Fire.

Sonrió al ver que recuperaba su espíritu y le acarició el culo escuchándola sisear.

—Solo para que recuerdes por qué te he dejado el culo caliente y dolorido —declaró deslizándose la mano sobre su muslo—, así sabrás por qué no puedes sentarte.

—Eres un sádico —hizo un puchero.

—No te vas a morir por un poco de ejercicio —se inclinó sobre ella y la besó en los labios—. Y eso es exactamente en lo que te voy a meter el próximo viernes.

La vio hacer una mueca.

—¿No podemos dejarlo... no sé... para el mes que viene?

Entrecerró los ojos.

—No, no podemos.

La besó de nuevo, esta vez traspasando la barrera de sus labios y hundiendo la lengua en su boca hasta saborearla.

—No sé si puedo con esto —le dijo lamiéndose los labios—, es... demasiado pronto.

La miró detenidamente, como si buscara algo en su rostro.

—De acuerdo, te concederé una semana más —claudicó un poco—. Y esa es mi última palabra y porque quiero que estés lo más recuperada posible para tu visita.

—Brian...

—Podrás con ello, Sio, solo es cuestión de encontrar la persona adecuada para ti en estos momentos —declaró con practicidad—. No te estoy pidiendo que te comprometas y firmes un contrato, nena, pero sí necesitas salir de ese cascarón en el que has estado ocultándote del mundo. Así que ahora te vas a dar una ducha y yo veré si puedo convencer a cierto chef de hacernos una entrega a domicilio.

La luz que pasó por sus ojos y la rápida reacción de su cuerpo no le pasó desapercibido.

—No es necesario, yo puedo cocinar algo.

La examinó durante unos instantes viendo cómo se ponía cada vez más nerviosa.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Camden?

Había sido un infierno de casualidad el que su compañero de la Crossroad y ella no solo se conocieran, sino que, según Sio, hubiesen sido compañeros de juegos en su infancia. Por lo que había podido sonsacarle, tanto Camden como Logan habían estado pendientes de ella durante su estancia en el hospital; eso había sido el motivo de que hubiese retrasado el castigo hasta ahora.

—¿Qué importa eso?

Y ahí estaba, a la defensiva, con un tono resentido en la voz. Se limitó a mirarla, esperando.

—La semana pasada... comió conmigo el día después de traerme del hospital y... bueno, ha estado bastante ocupado desde entonces.

Tanto que se había limitado a llenarle la nevera una tarde luego desaparecer. El hecho de que no le hubiese dicho nada la molestaba casi tanto como la entristecía.

—¿Y Logan?

La vio componer una mueca.

—El detective Cooper parece tener predilección por mi barrio —replicó con un mohín—, se ha detenido en mi puerta al menos unas tres veces en toda la semana.

Sonrió para sí ante la información recibida, parecía que alguien estaba bastante interesado en la chica.

—Ve a ducharte —tiró de ella suavemente, poniéndola en pie—. Y cuando termines, baja al salón. Te has librado de visitar el club este viernes, pero todavía quiero que... pases tiempo con alguien. Eso te ayudará a estar mucho más cómoda cuando visites de nuevo el *Blackish*.

Arrugó la nariz.

—Pero...

La hizo callar con un gesto.

—Es parte de tu castigo, Sio —le recordó, entonces sonrió de soslayo—. Además, no creo que te cueste mucho adaptarte a su presencia, a la de ninguno de los dos en realidad.

¿Dos? ¿Por qué sentía que empezaba a hundirse como si se tratase de arenas movedizas?

—¿Por qué me da la impresión de que no va a gustarme ni un pelo lo que quiera que se te está pasando por la cabeza, señor?

Su sonrisa se extendió hasta sus ojos. Era un hombre atractivo, pero había algo en él demasiado oscuro, algo que, en cierto modo, incluso le daba miedo.

—Solo voy a depositarte en las manos de dos competentes Doms, nena.

Parpadeó como un búho ante sus palabras y sacudió la cabeza. No, eso era demasiado.

—¿Dos? Eso no es una buena idea, no es ninguna...

—Camden y Logan, Sio —la interrumpió—. Eres mi protegida, pequeña, no te dejaría al cuidado de nadie en el que no confiase plenamente.

Sus ojos se abrieron incluso más, su cerebro estaba teniendo algún que otro problema para procesar la información que estaba recibiendo.

—E... ellos... ellos son...

Un sutil brillo de diversión bailó en los ojos masculinos.

—Camden y Logan son socios del *Blackish* —le aseguró despejando cualquier posible duda—. Y sí, ambos son Dominantes. Me sorprende que no te dieras cuenta, sobre todo siendo tú una sumisa.

Se atragantó, se le atascó el aire en la garganta y todo lo que pudo hacer fue gemir ante sus palabras.

—Oh... mierda.

## CAPÍTULO 7

—De acuerdo, no puedo más con la curiosidad, ¿quién es ella y por qué la evitas?

Camden se giró para mirar por encima del hombro y se encontró con la sagaz mirada de Dani. La secretaria de la *Crossroad Company* se había apoyado en el vano de la puerta, los brazos cruzados por debajo de sus pechos hacían que estos se elevasen y la blusa se abriese dejando a la vista un pedacito de encaje.

—¿Qué te hace pensar que hay una ella?

—Pues un él entonces —comentó práctica—. O ambos. Sea lo que sea está claro que alguno de los tres es o no estarías aquí a estas horas.

Enarcó una ceja.

—Es lunes, se supone que hoy trabajo aquí, amor.

Puso los ojos en blanco.

—Sí, trabajas los lunes y sueles ponerte insufrible y mandón cuando te toca también trabajar el fin de semana —le recordó con gesto divertido—, por no mencionar el hecho de que «siempre» comes fuera. Pues bien, las últimas dos semanas no has hecho nada de eso.

La miró y ella le sostuvo la mirada. La chica no solo era buena en el trabajo, de un tiempo a esta parte se había convertido en algo así como la «consejera» de la compañía. Hacía ya un año que Danielle había llegado a sus vidas, doce largos e interminables meses en los que esa pequeña conejita había rescatado a Garret del abismo, domesticado a Trey y convertido la agenda de los socios en una aprovechable jornada.

Sinceramente, si no perteneciese ya a Garret, cualquiera de ellos estaría encantado de hacer un movimiento para ganársela.

—Solo estoy adelantando trabajo, estaba pensando en tomarme unos días libres.

Y los necesitaba, sobre todo porque si no se relajaba un poco, su gente en el restaurante se sublevaría y lo mandarían a paseo.

—Me parece fantástico, pero eso no responde a mi pregunta, Jefe Cam —le soltó ella—. Sabes que puedes hablar conmigo si...

—Danielle —acarició su nombre haciéndolo rodar en su lengua—. A menos que quieras escuchar a cuatro patas y con un *plug* insertado en el...

—¡La, la, la, la! —se tapó los oídos y le dio la espalda—. Demasiada información, gracias.

La azotó en el culo y lo cierto es que lo disfrutó.

—Oye...

—Compórtate —la miró a los ojos—, o le daré a Trey algunas ideas con lo que puede hacer con ese culo.

Su respuesta fue cubrirse el trasero con las manos.

—No es divertido, jefe.

—No pretendía que lo fuese.

Resopló y se llevó las manos a las caderas. Esa mujercita no cedía un ápice.

—Me preocupas —confesó con un resoplido—. En el año que te conozco nunca te había visto así de distraído...

No, porque nunca había estado así. Nunca había sentido la necesidad de evadir a una mujer hasta ese momento.

Miró el reloj. Tras llevar a Siobhan a casa, se había mantenido bastante al margen. Había comido con ella el primer día y se había encargado de llenarle la nevera, pero lo que había visto en esa foto... ella era alguien con quién no quería mezclarse.

Tal y como había sospechado por sus reacciones y las respuestas en su lenguaje corporal, Sio era sumisa, pero también había sido acollarada. La foto que había visto sobre la encimera de la chimenea le había revelado más de lo que quería descubrir de ella. Su postura, la mirada de su marido y dominante, así como el collar de día que llevaba al cuello proclamaban una relación cerrada; esa mujer había sido reclamada, era una sumisa con un amo y, si lo que le había dicho era verdad, había sido además asesinado delante de ella.

Eso era un jodido equipaje emocional que no estaba seguro de que hubiese podido dejar atrás. Él lo sabía mejor que nadie, ¿no había matado acaso a su propia esposa?

No, no podía seguir cerca de esa mujer, aunque todo en él tirase en esa dirección. Su inocencia, esa soledad que la había rodeado atraía demasiado su vena dominante. Como Dom, deseaba ayudar a una sumisa, pero ella estaba fuera de su menú.

—Agradezco tu preocupación, pequeña —le acarició la nariz—, pero no hay nada de lo que preocuparse.

Entrecerró los ojos.

—No me lo creo.

Su obvio desafío lo llevó a enarcar una ceja.

—¿Vas a llevarme la contraria? —se burló.

No varió su postura.

—No sería divertido si digo a todo amén, ¿no?

Tuvo que reprimir una sonrisa.

—Me están entrando ganas de zurrarte.

—Mi culo está fuera de tu jurisdicción —le echó la lengua.

—Y me lo estás poniendo más y más fácil —bajó el tono de voz, acechándola a propósito—.

¿Quieres jugar?

—Nop.

—Entonces no empujes, Dani, no soy alguien que puedas manejar.

Ella terminó por hacer una mueca y levantar las manos.

—De acuerdo. Tuyos son los problemas, tuyo el trabajo de encontrarles solución —se rindió—. ¿Quieres que te suba algo de comer? ¿Una hamburguesa?

—Si me dejas un café encima de la mesa de la oficina, será suficiente, *mascota* —la tranquilizó—. Comeré fuera.

Lo miró durante unos instantes y por fin asintió.

—De acuerdo, jefe, que sea un café entonces.

—¿Podrían ser dos, cosa bonita?

Ambos se giraron para ver a Logan, quién tenía aspecto de cansancio. Su expresión decía sin necesidad de palabras que algo malo había ocurrido.

—¿Has tenido que volver a bajar del árbol el gato de alguna ancianita?

El detective bufó y miró de reojo a la chica.

—Doble y sin azúcar, nena, por favor.

Ella intercambió sendas miradas, pero asintió.

—Os lo llevaré a la oficina.

Agradeciendo a Dani su discreción, acompañó a Logan a su oficina.

—¿Qué ha ocurrido? —Su amigo no traería esa cara si no hubiese ocurrido algo gordo.

El trabajo de Logan era algo que no le deseaba a nadie. Había visto lo que podía hacer en el alma de un hombre fuerte como su compañero, las cosas que veía y que no siempre eran fáciles de olvidar.

—Ha aparecido otra mujer acuchillada —comentó mirándole a los ojos—, y esta, no ha sobrevivido.

—Mierda —siseó. Eso no era algo que hubiese esperado, pero había sido una posibilidad con la que contar. Su mente voló de inmediato a la mujer—. ¿Hay algún peligro para Siobhan?

Se pasó la mano por el pelo.

—Eso es lo que llevo intentando descubrir desde que encontramos el cuerpo esta mañana —sacudió la cabeza como si intentase deshacerse de esas imágenes—. El mismo *modus operandi*, la misma saña... La mujer parece que opuso resistencia. El forense se está encargando de examinar el cuerpo. Si hay suerte, quizá la víctima nos dé la pista que necesitamos para dar con ese hijo de puta.

Las noticias le encogieron el estómago.

—¿Podríamos estar ante un asesino en serie?

Dejó escapar un fuerte resoplido.

—No lo sé —se mesó el pelo—. Esta mujer ha muerto desangrada, las cuchilladas le atravesaron varios órganos vitales, la saña... —sacudió la cabeza—. Es como si estuviese furioso con ella... y Siobhan... a ella solo le asestó dos puñaladas, su agresividad sobre ella se centró en golpearla... Y a pesar de todo... la nueva víctima, su color de pelo, estatura... se parece demasiado a nuestra chica.

Nuestra chica.

La forma en que lo había dicho, en que hablaba de ella, la manera en que apretaba la mandíbula decía mucho más de lo que lo hacían sus palabras. No se trataba solo de un caso más o de sentir simpatía hacia una pobre víctima, a Logan le gustaba la mujer.

—No sabemos si es algo fortuito, si se trata de una casualidad o qué —sacudió la cabeza—. Todo lo que tenemos son... supuestos, pero nada concreto —resopló enfadado—. ¿Una coincidencia? ¿Se trata de un asesino en serie que tiene una fijación con un determinado tipo de mujer? ¿Es algo personal? ¿Es algo aleatorio? —empezó a elucubrar—. El arma ha vuelto a ser

encontrada esta vez todavía en el cuerpo de la mujer. No hay huellas, no hay marcas... Es como si quisiese que la encontrásemos, como si quisiera demostrar que ha estado allí y que va un paso por delante de nosotros.

Sus ojos se encontraron y sabía que había algo que no le decía.

—¿Qué? —No quería jugar a las adivinanzas.

—La víctima fue encontrada en el vecindario dónde vive Sio.

Se le encogió el estómago.

—Y no me gusta tío, no me gusta nada —declaró entonces—. Voy a ponerle protección, voy a tener a alguien pegado a ese bonito y apetitoso culo todo el jodido día.

Entendía la inquietud de su amigo, no le sorprendería si él mismo fuese el que se pegase a ese culo. Pero entonces recordó la parca explicación que le había dado Siobhan sobre su pasado.

—¿Qué sabes sobre ella? ¿La has investigado?

Sus ojos se encontraron y el detective no vaciló en responder.

—¿Te habló de su marido?

Asintió.

—Vagamente —recordó—. Entiendo que lo mataron delante de ella.

—Sí —asintió con un suspiro—. Fue sucio, Cam, muy sucio. He accedido a los documentos del caso y, no fue lo que se dice bonito. Su ex la acosó durante todo un año. Hay varias denuncias interpuestas, una orden de alejamiento... Ese cabrón la asedió, la atemorizó y amenazó antes de que consiguiese darle esquinazo. Entonces volvió a cruzarse en su camino, matando a su marido delante de ella para finalmente caer bajo el fuego de la policía. El informe dice que ella estaba allí, lo presencié todo. El marido murió en sus brazos.

Apretó los dientes. Sabía que había más de lo que ella le había contado, pero los detalles no hacían más que ensombrecer todo aquello.

—Ninguna mujer se merece tener que pasar por algo así —masculló cabreado—. Y ahora aparece ese individuo que casi la mata... —siseó—. Voy a coger a ese hijo de puta, tío, así sea lo último que haga, voy a atrapar a ese cabrón.

La vehemencia en sus palabras no hacía más que confirmar lo que ya sospechaba. Logan estaba muy interesado en la mujer.

—No cruces esa línea, socio —le advirtió—. No lo hagas.

Él levantó la mirada y sonrió de soslayo.

—¿Por qué tú ya la has cruzado?

Resopló.

—No pienso cruzar ninguna línea más en lo que me quede de vida —repuso frío. No volvería a cometer el mismo error con una mujer—. Ella no es lo que necesito, no con ese equipaje que lleva a cuestas.

—Sio no es Susan —le recordó con tacto—. No es...

Lo miró fijamente, sabiendo qué iba a decirle, lo que pensaba de su esposa y en lo que había derivado todo.

—¿La hija de puta con la que me casé? ¿La mujer desquiciada de celos a la que terminé matando? —repuso con repugnancia hacia sí mismo. Las manos empezaron a temblarse y se vio obligado a cerrarlas en sendos puños—. Ella no era así... nunca lo fue...

—Sigues excusándola... —resopló Logan—. ¿Cuándo te vas a meter en esa jodida cabeza que

no fue culpa tuya? Estaba desquiciada...

—Pude haber hecho algo.

—Oh sí, podías haber dejado que te apuñalara hasta dejarte como un alfiletero y te rematara con un tiro —se cabreó el detective—. ¡Saca la cabeza del culo de una puta vez! Eras tú o ella.

Su amigo se embolsó, rabiando por no haber conseguido subir antes las escaleras, evitando lo inevitable.

—Tienes que dejarla ir, Camden —aseguró calmándose un poco—. Expande tus horizontes... Ahí tienes a Sio, ¿crees que no me he dado cuenta de que te ha removido todo? Te ha interesado antes de saber que era alguien a quien conociste de niño, tu amiga de la infancia. Te gusta más de lo que estás dispuesto a admitir y...

—Ha sido acollarada —declaró dejando caer de golpe el puño sobre la mesa—. Es una sumisa...

Logan respiró hondo y suspiró.

—Lo sé —repuso con un ligero encogimiento de hombros—. No se me ha escapado la manera en que reacciona, su lenguaje corporal habla por sí solo. No se trata de un juego o una actuación, lo que es, lo es desde lo más profundo. Hay muy pocas mujeres que sean tan... especiales.

—¿Sabías también que solía frecuentar el *Blackish* con su marido? —Brian, su socio de la *Crossroad* y amigo, se había presentado en el restaurante para agradecerle lo que había hecho por Siobhan. El bombero conocía a la chica desde hacía años, había conocido a la pareja pues habían sido socios del club. De hecho, la chica había seguido visitándolo hasta hacía poco menos de un par de meses.

—Curioso que nunca nos hayamos encontrado con ella —comentó el policía.

No tanto, a jugar por lo que había dejado caer el copropietario del local. Ella solía pasarse para jugar, pero su mente nunca parecía estar allí, sino mucho más lejos y eso había hecho que Brian la mantuviese muy vigilada. En cierto modo, creía que el bombero se había erigido en algo así como su guardián tras la muerte de su marido, no una pareja, pero sí un amigo con los derechos que alguien que vive ese estilo de vida puede llegar a permitirse.

—Diría incluso que eso hace las cosas mucho más fáciles —continuó el policía, su mirada fija en él—. Ella me interesa, Cam.

Respiró profundamente. Lo sabía, incluso sin que le dijese nada, lo había sabido desde el principio.

—Y a ti también.

—Te repito que no necesito a nadie con tal equipaje —insistió. No, no lo quería, era lo último que podía permitirse.

—Como si ella fuera la única que arrastrase una mochila llena de mierda —resopló—. No debería decir esto ya que va en contra de mis propios intereses, pero nunca he sido celoso en lo que a ti respecta...

Sus ojos se encontraron y lo ocurrido en el pasado volvió a él con la claridad de haber sucedido ayer. Él había estado ahí en los momentos más difíciles, había sido su roca de una manera que nadie más habría podido serlo, permaneció a su lado a pesar de todo lo que hizo...

—Logan...

—A ella le interesas y me jugaría el cuello al decir que más de lo que piensas —le soltó a bocajarro—. Solo hay que mirarla a la cara cuando se pronuncia tu nombre. No es una persona

muy sutil a la hora de preguntar, su rostro la delata a menudo. El evitarla no es la respuesta, lo sabes, ¿no?

—Según veo has suplido mi falta de empatía y visitas sociales.

Mierda, ¿de dónde salían esos celos?

—No seas cabrón —puso los ojos en blanco—. No es la primera vez que compartimos una mujer... y ella no es precisamente novata en este estilo de vida.

Sacudió la cabeza y señaló lo obvio.

—Te estás olvidando de que hay un hijo de puta ahí fuera que, con toda probabilidad, como no pudo rematarla la primera vez quiera volver a intentarlo.

Sus rasgos se endurecieron.

—Y no lo conseguiré —declaró con fría intención.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Apostarte en la puerta de su casa para evitarlo?

Su gesto empezó a relajarse y una perezosa sonrisa le curvó los labios.

—No, voy a apostarla a ella en la puerta de la nuestra —declaró tan tranquilo—. De hecho, mi intención es empujarla hasta la habitación y, a partir de ahí... ya veremos que se me ocurre.

—Estás enfermo —le soltó, pero no pudo añadir más porque llamaron a la puerta.

—Jefe Camden, el café —escuchó la voz de la secretaria.

—Pasa, Dani.

Ella entró en el pequeño recinto, dejó la bandeja con café y unas galletas sobre la mesa y lo miró.

—El capullo de Brian acaba de llamar —le informó. De sobra era conocida la peculiar relación que tenían esos dos desde el minuto uno de conocerse. El Dom la había empujado solo para encontrarse con el café en los pantalones. A partir de ese momento, había una continua guerra entre ambos, una que los llevaba a superarse el uno al otro y a cuidarse también las espaldas. Nadie en su sano juicio se metería con el bombero estando la secretaria de la compañía delante, no si quería sobrevivir—. Me ha pedido que te diga que te pases por su casa a la hora de la comida, que tiene algo para ti.

Enarcó una ceja ante el mensaje que le transmitían.

—Le comenté que estabas aquí, Logan —añadió mirando al policía—, y le hizo tanta ilusión como un día de circo. Que vayas con Camden. Os espera a ambos.

Ahora fue su amigo el que enarcó una ceja.

—¿Qué se le habrá pasando por la cabeza? —preguntó Logan curioso.

Camden entrecerró los ojos.

—No lo sé, pero viniendo de Brian, estoy seguro de que no me gustará ni un pelo.

Negando con la cabeza, agradeció a la secretaria el café y esperó a que ella dejase la oficina para continuar dónde lo habían dejado y concluir esa conversación.

—En cuanto a tu brillante idea... no la quiero en casa —lo avisó—. Te lo dije, no volveré a dejar que ninguna mujer traspase de nuevo ese umbral.

Su amigo se frotó la barbuda barbilla.

—La última vez que lo comprobé, yo también vivía ahí, socio —le soltó con ironía—, eso la convierte también en mi hogar.

En realidad, se trataba de dos viviendas unidas en una sola casa, dos plantas completamente separadas que compartían la cocina. Dados sus respectivos trabajos y el poco tiempo que pasaban

en el hogar, había sido un arreglo que les había convenido a ambos... al menos al principio. Lo ocurrido a raíz de lo de Susan debería haberlo cambiado todo, pero no lo hizo. Ágata tenía razón cuando le dijo que había muchos tipos de amor y no todos ellos tenían por qué ser dañinos. Logan no lo culpó, no le pegó la patada que se merecía, ni siquiera lo abandonó cuando volvió a cometer el mismo pecado tras la muerte de su pequeño ángel. El hijo de puta había insistido en quedarse.

*«No puedes flagelarte tú mismo, gilipollas, así que seré yo el único que empuñe el látigo cuando sea necesario».*

El problema era que Camden no estaba seguro de quién había flagelado a quién en ese momento.

—No va a funcionar, socio —negó mirándole a los ojos—. Vas a terminar por herirnos a ambos y no sé si podré soportar de nuevo enfrentarme a esa mierda.

Posó la mano sobre su hombro y se lo apretó.

—Primero, mantengámosla a salvo —declaró él—, si después se desata el infierno... bueno, siempre me han gustado las llamas.

Sacudió la cabeza, miró el café y le dio un largo sorbo antes de dejar la taza e inclinarse sobre la mesa para coger el teléfono.

—¿Vas a llamarle? —su tono de voz sonaba entre burlón y satisfecho.

—No pienso pegarme una carrera hasta la otra punta de la ciudad sin un buen motivo para hacerlo —declaró y marcó el número del bombero—. Bien, ¿cuál es la urgencia para que necesites un chef y un policía de homicidios en la puerta de tu casa?

La respuesta fue una sonora carcajada.

## CAPÍTULO 8

Siobhan bajó para encontrarse a tres hombres charlando en voz baja a un lado del salón. La forma en que se miraban, la tensión en su cuerpo y la presencia también de Logan hizo que se olvidase de la encerrona y bajase para reunirse con ellos.

Camden fue el primero en escucharla, se giró y sus ojos se encontraron. La serenidad en ellos se repetía en los otros dos hombres, una demasiado forzada para ser real, así que no era necesario sumar dos y dos para saber que algo no iba bien.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó nada más traspasó el umbral de la puerta—. ¿Ha aparecido? ¿Le habéis encontrado?

Su mirada fue de Camden a Logan y viceversa. El detective, quién seguía con las gafas puestas —empezaba a pensar que tenía un problema de visión más que tratarse de algo estético—, se las quitó y las guardó en el bolsillo de la chaqueta antes de fijar la seria mirada en ella.

—Tenemos que hablar.

Sus palabras le provocaron un escalofrío, las piernas dejaron de obedecerle y se detuvo a medio camino.

—Sio, ven a sentarte —la instó ahora Brian, cuyo semblante estaba igual de serio que el de sus compañeros.

Le costó tragar el nudo que se le formó en la garganta.

—¿Qué ocurre?

Su amigo y protector se limitó a indicarle con un gesto el lugar en el que la quería, metiéndola de lleno en el protocolo que su cuerpo reconocería incluso sin palabras. Se movió a duras penas, el malestar elevándose en su interior al tiempo que sus nervios empezaban a dispararse.

—No... no le habéis encontrado, ¿verdad?

Logan se adelantó y la acompañó hasta el sofá, obligándola a sentarse para luego hacer lo mismo él sobre la robusta mesa de café mientras los otros dos hombres lo flanqueaban a ambos lados. No pudo evitar mirar de uno al otro para luego volver a él.

—Ha aparecido una nueva víctima.

El corazón le dio un vuelco y habría saltado del sofá de no haber tenido sus manos sobre los muslos y las piernas encerrando las suyas. Sus ojos estaban fijos en los de ella, escaneaba su cara como si quisiera buscar alguna reacción en concreto; un gesto bastante extendido entre dominantes.

—¿Cómo que ha aparecido una nueva víctima? —le temblaba la voz, pero no podía evitarlo—. ¿Quién? ¿Por qué?

—Ha aparecido una nueva mujer con los mismos signos de agresión —declaró con tono pausado—. La apuñalaron... varias veces.

Su respuesta la impactó, jadeó y se llevó las manos a la boca al tiempo que las lágrimas acudían a sus ojos.

—Pero... no... no puede ser... —se resistía a creerlo—. Ella... ella está...

La mano de Camden cayó sobre su hombro al mismo tiempo que la mirada de Brian se oscurecía y el policía respondía con voz lineal.

—No sobrevivió a sus heridas —declaró con frialdad—. Se ha... —negó con la cabeza—, su... estado era mucho más grave que el tuyo.

*La apuñalaron varias veces...* Sus palabras resonaron en su mente.

—No... —se negó a aceptarlo, se negó a pensar en la posibilidad de que había alguien ahí fuera que había matado a alguien más mientras ella seguía viva—. Dios mío...

—Díselo.

La palabra surgió de boca de Camden, quién no la había soltado todavía.

Vio como los hombres intercambiaban una mirada, como los ojos del policía se ensombrecían.

—Necesita saberlo, saberlo todo —añadió Brian sin mirarla.

—¿Qué? —miró de uno a otro con nerviosismo, las manos se le crisparon y terminaron cerrándose sobre la camisa de Logan—. ¿Qué? Maldita sea, ¿qué pasa?

El hombre la miró a los ojos y habló sin más.

—La... chica... fue encontrada a dos calles de tu domicilio.

El mundo se le cayó encima.

—No sabemos si se trata de una coincidencia o algo más, pero hasta que estemos seguros no vas a volver a casa.

No estaba escuchando, su mente seguía en la anterior frase, en el hecho de que ese loco estaba ahí fuera, que lo había estado todo ese tiempo. No sabía quién era, la había atacado sin más, pero no tenía ni una sola pista de quién se escondía debajo de esa capucha. Podía ser cualquiera, podía volver y...

Se desembarazó de manos y piernas, se revolvió hasta saltar del sofá y terminar en los brazos de alguien más quién le impedía marcharse. Quería irse, quería huir, tenía que ocultarse, tenía...

—Oh dios, oh dios, oh dios...

—¡Siobhan! —La brusquedad con la que pronunciaron su nombre, las fuertes manos cerradas alrededor de la parte superior de sus brazos y el tono de orden en la voz la congeló al momento. Levantó la mirada y se encontró con los ojos verdes de Camden—. Basta.

Tembló. No pudo evitarlo, apenas sí podía controlar sus propias piernas o el apresurado latido del corazón.

—Va a matarme —musitó y las lágrimas se escurrieron por sus mejillas—. Va a matarme, va a terminar con lo que empezó. Lo sé. Dios mío...

—Nadie va a tocarte un solo pelo, nena. —Esa era la voz de Logan—. Voy a coger a ese hijo de puta antes de que haga un solo movimiento más.

Giró el rostro para ver el del policía.

—No te tocará —insistió y de una forma extraña, le creía.

—No puedes volver a casa —añadió Brian poniendo algo de sentido común a todo aquel despliegue—. Ahora ya no se trata solo de tu salud...

Abrió la boca para decir algo, pero no sabía que podía argumentar.

—Ni lo intentes —la atajó Camden al mismo tiempo, sus manos deslizándose ahora por sus brazos, envolviéndola con su presencia y esa invisible fuerza que vestía como una segunda piel—. Mientras ese hijo de puta esté ahí fuera, no volverás a ese lugar.

Lo miró con abierta angustia.

—¿Y a dónde esperas que vaya? —se giró y señaló a Brian—. No puedo exponerte a esto, no puedo dejar que...

Su amigo frunció el ceño.

—¿Tenemos que volver al punto de partida, Sio?

—Pero...

—Te vienes a casa conmigo —declaró Logan sin dejarle opción a réplica—. Mientras ese cabrón esté ahí fuera, no te quiero fuera de mi vista.

Sacudió la cabeza, no sabía qué hacer, se sentía atrapada.

—No... no puedo...

—Está ahí fuera, no sabemos quién es —la sacudió Camden, sorprendiéndola—. ¿Quieres darle otra oportunidad para terminar lo que empezó?

Su rostro reflejaba una increíble rabia contenida, pero no iba dirigida a ella.

—N-no.

Asintió con sequedad.

—Y esa es la respuesta correcta —aceptó satisfecho—. Te vienes a casa... así Logan podrá hacer su trabajo.

Miró de uno a otro, Brian se había cruzado de brazos y se limitó a asentir cuando lo miró.

—Estarás bien con ellos.

¿Con ellos? Los miró a uno y al otro y sintió que el mundo empezaba a moverse bajo sus pies.

—Preferiría no tener que exponerte de nuevo o hacerle saber a ese cabrón dónde estás —comentó Logan y tras mirarla a ella miró a Brian quién la pilló al vuelo.

—Yo me ocupo —declaró su amigo y la miró—. No te olvides de lo que te dije, te quiero el viernes de la semana que viene en el club.

Lo miró con incredulidad, todo parecía una auténtica locura desde su punto de vista.

—¿Quieres que vaya cuando hay un hijo de puta psicópata ahí fuera que me quiere cortar en pedacitos? —protestó a voz en grito—. ¡Te has vuelto loco!

Enarcó una ceja y se inclinó sobre ella.

—¿Esa es la manera en que debes dirigirte a mí?

Se quedó sin respiración.

—Brian...

Sus facciones se endurecieron y ya no era su amigo el que la estaba mirando, era el dom.

—Inténtalo de nuevo, mascota.

Tragó.

—Eres un cabrón hijo de puta, *señor* —escupió la última palabra, pero para su sorpresa él sonrió.

—Y esa es mi chica —aseguró incorporándose, entonces se volvió hacia los dos hombres,

quienes parecían también sorprendidos—. Camden, ella es tuya.

—¿Perdón? —replicó el chef.

—Y tuya también, Logan.

El detective sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Esta es sin duda una manera impresionante de romper con la tensión —soltó él y la miró—. Dale las llaves de tu casa al Amo Fire, dulzura. A partir de este momento estás bajo nuestra supervisión.

Su mirada voló de nuevo de uno a otro, miró a Camden, quién seguía en silencio y después a Brian.

—No.

Con esa firme respuesta, dio media vuelta e hizo lo que no había hecho desde hacía mucho tiempo, huyó.

## CAPÍTULO 9

Camden llamó a la puerta y la abrió sin esperar respuesta. No tenía tiempo ni ganas para sutilezas, menos aun cuando ahí fuera había un chalado haciendo presa de mujeres inocentes.

No podía culpar a Siobhan por su reacción, su vida se estaba haciendo pedazos y no de una buena manera. Empujó y entró en el dormitorio de invitados. Lo que lo sorprendió fue encontrarla sentada en el suelo, en medio de la habitación, tan serena y entera que todos sus instintos le dijeron al momento que algo iba mal.

Todo era una fachada. Sus hombros estaban tensos, la forma en que se inclinaba hacia un lado hablaba de dolor en su abdomen, sus manos apoyadas sobre los muslos cerradas en rígidos puños, no era una postura de sumisión, no se trataba de protocolos establecidos, solo era una mujer herida, perdida, intentando encontrar su lugar.

—Levántate, por favor.

Dejó que el instinto le guiase, necesitaba hacerla reaccionar, quería empujarla hasta dónde pudiese sin quebrarla. Notó como temblaba acusando su orden y luchando al mismo tiempo contra la natural compulsión que la llevaba a obedecer.

—Vete —siseó entre dientes. Sí, estaba enfadada, estaba desesperada y no sabía qué hacer.

Se detuvo delante de ella, no la tocó, no le habló, se limitó a esperar. Temblaba, su cuerpo se estremecía y tenía problemas para mantener esa postura.

—Siobhan —pronunció su nombre a modo de advertencia—. Te estás haciendo daño a ti misma y eso no es aceptable.

La sintió temblar una vez más, pero esta vez abandonó esa terca posición.

—Márchate —insistió—. No es necesario que estés aquí.

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—¿Me estás dando órdenes, pequeña *sumisa*?

La forma en que se sobresaltó, el modo en que apretó las manos delató su respuesta.

—No.

Esperó. Sabía que esa no era la manera correcta de dirigirse a él en esos momentos y debía rectificar por sí misma.

—No, señor —murmuró entonces, dejándole claro que reconocía la autoridad impresa en sus palabras.

Dios. No debía estar aquí, debería de haber mandado a Logan, pero el muy cabrón se había

negado en redondo diciéndole que él necesitaba reconciliarse consigo mismo y enfrentarse a la mujer de la que estaba huyendo.

—Prefiero que me miren cuando hablo —le dijo levantándole la barbilla—. Tus ojos los quiero sobre mí.

Se encontró con su mirada y vio el dolor en las verdes profundidades, la vergüenza y la indecisión.

—No tienes la culpa de lo que ha pasado.

—Ha matado a alguien más —protestó en voz baja, dolida, nerviosa y asustada—. ¿Y si es por mí? ¿Y si me busca a mí por algún motivo que desconozco?

Su angustia era palpable y se estaba culpabilizando por algo que no podía prever.

—Levántate —pidió de nuevo con sequedad—. No lo repetiré.

Hizo una mueca, se estremeció, pero por fin obedeció.

—Tus ojos en mí, Siobhan.

Levantó la mirada lentamente.

—Logan quiere que vengas a casa —le recordó lo hablado abajo—, y he aceptado sus condiciones. Pero quiero que tú oigas las mías.

Era la única manera en la que se permitiría a sí mismo aceptarla a su alrededor, en su hogar y en su vida.

Ella parpadeó, sus ojos reflejaban la incertidumbre.

—Puedo quedarme con... Bri...

La calló con solo una mirada.

—Cuando yo hablo, tú escuchas y no interrumpes —la aleccionó—. ¿Lo has entendido?

La vio tragar, sus ojos acusando el impacto de sus palabras un segundo antes de que sus labios se moviesen.

—Sí, señor.

Asintió y esperó unos segundos, dándole tiempo para recuperarse.

—Brian nos ha puesto en antecedentes —le informó, su mirada fija en la de ella—. Te ha castigado y, como parte de tu castigo, quiere que estés bajo nuestra custodia en el club el viernes de la semana que viene.

Le dio otro momento para que las palabras se filtrasen en ella.

—Dados los últimos acontecimientos, Logan ha creído conveniente que lo mejor para ti y tu seguridad es que te vengas a casa con nosotros —continuó—, por lo que creo que es justo y necesario que estés al tanto de ciertas... normas.

Levantó la cara para encontrarse con la suya.

—Logan y yo compartimos una vivienda de dos plantas. La cocina es área común y está situada en la primera, la cual le pertenece —le explicó—. La segunda planta es la mía.

Dejó ir un poco la severidad en su voz, no se trataba de asustarla o incomodarla.

—Ocuparás una habitación en la primera planta, estarás bajo la supervisión de Logan —continuó sin vacilar, dejando claro lo que deseaba—. Ninguno de los dos te exigirá una sumisión total, ni tampoco el que estés pendiente de nosotros las veinticuatro horas, pero como sumisa, exigimos respeto por tu parte. Puedes disponer de la casa y lo que necesites, pero no debes olvidar que, desde este mismo instante, respondes ante él... y ante mí.

La vio tragar.

—Él hablará contigo y te hará saber con exactitud qué es lo que desea o cómo debes proceder en su caso —le informó—. Por mi parte, no suelo pasar mucho tiempo en casa, solo estoy por las noches y en ocasiones, paso alguna mañana.

Su mirada decía mucho más que las palabras.

—¿Por eso no te has pasado a... comer, señor?

Había cierto reproche en sus ojos, pero se lo guardó para ella.

—No te he visitado por falta de tiempo y, no te voy a mentir, porque no estoy interesado en... adoptar... a una nueva sumisa —respondió con sinceridad—. Este arreglo ha salido exclusivamente de la cabeza de mi compañero de casa y, dado que fui yo el que te encontró en la parte trasera del restaurante, me inclino a aceptar cierto grado de responsabilidad.

Sus ojos acusaron el golpe.

—No te equivoques, me resultas una mujer atractiva y deseable —puntualizó—. Estoy dispuesto a hacer alguna escena contigo en el club, puesto que estás a mi cargo, pero no busco nada permanente.

—Nadie te puede acusar de falta de sinceridad... señor —replicó con un resoplido, cosa que lo llevó a medio sonreír.

La pequeña sumisa podía sacar las uñas de vez en cuando si así lo decidía.

—Todo lo que querré de ti es sexo, si eso es un problema para ti, dímelo ahora y así nos evitaremos malos entendidos en el futuro.

La deseaba, era un hecho irrefutable que no podía negar por mucho que quisiera hacerlo. Si estaba bajo su mismo techo era algo que sabía pasaría antes o después. Mejor establecer ahora las normas y dejar las cosas claras.

Ella lo recorrió con la mirada, un gesto bastante intenso para una pequeña sumisa.

—Yo tampoco estoy buscando algo permanente —murmuró mirándole a los ojos—, así que, si se da el caso, supongo que estaremos en el mismo barco.

—Se dará, pequeña, créeme cuando te digo que se dará —aseguró con abierta mirada sexual—. En cuanto a las normas en casa. Me llamarás «señor» cuando estemos en una dinámica «d/s» y solo entonces, para todo lo demás, llámame Cam.

Asintió.

—En voz alta, Siobhan.

—Sí, señor.

Asintió en aprobación.

—No quiero una empleada del hogar, ni una esclava, así que no quiero que te pongas a hacer las tareas de la casa, eso nos compete a Logan y a mí —le aclaró—. Además, hemos contratado un servicio de limpieza que viene una vez por semana para que no nos coma la suciedad.

—No me importa ayudar...

La miró de arriba abajo y no pudo evitar que su sexo diese un apreciativo tirón.

—Te dejaré que me ayudes con la ducha —le soltó viéndola parpadear.

—¿Con la ducha?

Reprimió una sonrisa.

—Te ducharás conmigo todas las mañanas, es el único requisito que te impondré. Lo demás... bueno, si quiero jugar contigo, lo sabrás.

Se lamió los labios y vio cómo sus ojos destellaban.

—Eres un auténtico capullo... señor.

Sonrió y le acarició los labios con el pulgar.

—Y una última cosa —la miró a los ojos—. No soy adivino, así que, por favor, si necesitas algo, si te hago algo que no te gusta o tienes problemas con ello, espero que me lo digas. De hecho, es algo que extenderé también a Logan.

—Lo tendré en cuenta.

Le sujetó la barbilla con un poco más de fuerza, haciéndola consciente de que la tenía a su merced, de que él era quién daba las órdenes.

—El poli no habla por hablar, Siobhan —acarició su nombre—. Va a coger a ese hijo de puta y pagará por lo que te hizo a ti y a esa pobre desgraciada. Lo que ha pasado no ha sido culpa tuya, tú no eres más que una víctima.

Vio ese destello pasar por sus ojos.

—¿Y si sí lo es? ¿Y si, de algún modo, es culpa mía?

—Una mala decisión una vez no te condiciona a seguir equivocándote siempre —le aseguró—. Hay cosas que escapaban a nuestras manos y no se puede hacer nada, pero eso no significa que sea culpa nuestra.

Asintió entendiendo lo que le quería decir. Satisfecho, bajó la mirada sobre su cuerpo y vio como protegía con un brazo el costado.

—¿Te duele?

Ella bajó la mirada y retiró el brazo.

—No es...

—Siobhan, la verdad —le levantó de nuevo la barbilla—. No me gustan las mentiras, no las tolero. La verdad, siempre la verdad.

La vio tragar.

—Me duele un poco la zona —musitó con una mueca—, pero se me pasará pronto.

Sacudió la cabeza.

—El Amo Fire ya me ha leído la cartilla sobre eso, *señor*.

La miró y le sostuvo la mirada.

—Lo sé —aceptó—. ¿Te sientes con fuerzas para bajar a comer?

La vio respirar profundamente.

—No me queda otra opción, ¿no?

—Siempre hay opciones, *sumisa* —aseguró haciendo hincapié en lo que representaba ella para él—. Aquí tienes dos: *Risotto* de setas o Pavo trufado. ¿Qué prefieres?

Parpadeaba como un búho, como si no pudiese asimilar lo que acababa de decirle.

—Es el menú de hoy, pequeña, elige —se cruzó de brazos.

—*Risotto*.

—Buena chica —la premió—. ¿Vamos?

La vio dar un vacilante paso, entonces se detuvo, estaba temblando como una hoja.

—¿Siobhan?

Se lamió los labios y levantó la mirada.

—¿Puedo pedirte algo, señor?

Su educada petición y el reconocerlo como dominante le dijo que había conseguido una pequeña victoria.

—Pídemelo.

Sus mejillas se colorearon.

—¿Podrías... abrazarme unos minutos?

Y eran cosas como esa, dichas con esa voz y calidez, lo que hacían peligrosa a esa mujer.

—Ven aquí.

La abrazó, notando su pequeño cuerpo tembloroso contra el suyo, su necesidad de calor y contacto.

—Va a ser un infierno vivir contigo —masculló después de unos minutos, aflojó su agarre y buscó su rostro—. Eres demasiado apetecible como para decirte que no a algo.

—Intentaré que no tengas que decírmelo.

Sonrió, no pudo evitarlo, parecía tan sincera.

—No me conoces tan bien como para poder hacer esa promesa, Siobhan —le aseguró—. Así que abstengámonos de decir cosas que no podamos mantener, ¿te parece?

No le dejó contestar, esos suaves y apetecibles labios llevaban llamándole desde entró en esa habitación y decidió sucumbir a la tentación.

## CAPÍTULO 10

Siobhan se apoyó en la superficie de mármol de la nueva cocina y miró a los dos propietarios de la casa, los mismos con los que iba a convivir los próximos días. Cada uno en su estilo eran dos auténticos sacos de testosterona. ¿Cómo demonios iba a sobrevivir a ellos?

Logan la había introducido en su coche sin darle tiempo a protestar siquiera, Brian había intentado contener la risa mientras el chef ponía los ojos en blanco e intercambiaba algunas palabras con el dom. En un abrir y cerrar de ojos su vida había vuelto a dar un nuevo giro y era incapaz de encontrar la palanca de freno. El viaje en coche era como un borrón en su mente, apenas podía recordar algunos comentarios y el haber traspasado la puerta principal de la vivienda de dos plantas en la que iba a pernoctar durante algún tiempo. El detective había ejercido de anfitrión y le había enseñado la distribución de ambas plantas había hecho hincapié en la primera; ese era su territorio. Camden había optado sin embargo por quedarse en la habitación común, sin duda prefería mantenerse al margen de todo ese loco despliegue.

—...y aquí está la cocina —finalizó el tour—. La nevera suele estar llena. Cam tiene debilidad por los *tappers* cuando no está en casa. Este es su dominio no registrado.

—Si espero que cocines tú, nos morimos de hambre.

Sonrió ante el distendido intercambio. Él estaba mucho más relajado ahora, podía no decir mucho en voz alta, pero tampoco era necesario con esas intensas miradas que le dedicaba y que parecían decirlo todo.

—Tienes un cepillo de dientes nuevo y pasta en el cuarto de baño —continuó apoyándose en la encimera—. Si necesitas algo en particular, lo anotas en la pizarra que está en la nevera y lo compramos.

—Brian te traerá una bolsa con tus cosas a lo largo de la tarde —añadió el chef y miró el reloj—. Yo tengo que volver a la compañía. Logan ha pedido la tarde libre así que lo tendrás pululando por aquí. Si tienes preguntas él estará encantado de contestarlas.

Dicho eso, palmeó la superficie de granito, se despidió con un gesto y salió de la cocina dejándolos solos.

—La sutileza nunca ha sido lo suyo —comentó el aludido al tiempo que ponía los ojos en blanco—. Ve a despedirte correctamente de él, Sio, al menos que uno de los dos sí sea educado. Después, ven al salón, tú y yo tenemos que hablar de algunas cosas.

Enarcó una ceja y lo miró.

—¿Más charlas?

Sonrió de soslayo.

—Nena, ni siquiera hemos empezado —indicó la puerta con un gesto de la barbilla—. Ve.

Resopló, pero optó por obedecer.

—Sí, señor.

Orientarse era bastante fácil, la planta principal estaba diseñada en un concepto abierto que daba luminosidad y amplitud. Cruzó el salón y salió al recibidor para ver a Camden poniéndose la chaqueta.

—Camden... —Cuando el nombre abandonó sus labios se quedó quieta—, er... *señor*.

—Está bien, Siobhan. —La tranquilizó como si le hubiese leído la mente, se estaba poniendo el abrigo y cogiendo la bufanda—. Ahora no estamos en modo amo-sumisa, habla sin tapujos... pero sé respetuosa.

*O atente a las consecuencias.* Las palabras habían quedado colgadas entre ellos diciéndolo todo. Con su antiguo señor las cosas habían sido más sencillas, para él solo había sido Siobhan en público o cuando estaban con gente y amigos que no pertenecían al círculo BDSM, en su vida d/s él la había bautizado con un nombre especial, uno de sumisa solo para ella. Ese nombre la hacía quién era, había englobado todo lo que era junto a él, pero no quería volver a escucharlo en boca de nadie más.

Levantó la mirada, acortó con un par de pasos la distancia que los separaba y cruzó las manos por delante.

—Logan ha sugerido que uno de los dos fuese educado —utilizó las palabras del policía—, y parece que me toca serlo a mí... Así que te sea leve lo que te queda de jornada.

Su réplica no lo cogió por sorpresa, de hecho, ni siquiera reaccionó, se la quedó mirando en silencio, entonces sacudió la cabeza.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?

Ladeó la cabeza, correspondiendo a su mirada.

—¿Tengo que hacerlo? —Diablos. *Hablando de sumisas deseando inmolarse a sí mismas*, pensó con cierta ironía. Le costaba ver en él algo más que el chef del *Temptations*, el hombre en el que se había convertido su amigo de la infancia y, al mismo tiempo, esa pose dominante, sus gestos, su lenguaje corporal, todo ello hacía que quisiese arrodillarse ante él, asumir la postura correcta y servirle.

Sí, estaba empezando a perder la cabeza por completo.

—Por ahora pues venir aquí —señaló con un dedo el espacio a sus pies—, y despedirte correctamente.

Sintió un pequeño escalofrío de placer, dio un par de pasos adelante y se detuvo tan cerca que podía oler incluso su colonia.

—Esta —hundió los dedos en su pelo, aferrándole la nuca y tirando de su cabeza hacia abajo—, es la forma correcta de despedirte de tu señor.

La besó sin más, no pidió permiso, hizo suya su boca y le permitió probar su propio sabor durante unos breves instantes antes de separarse.

—Pórtate bien, pequeña.

Se lamió los labios, todavía temblorosa.

—Lo intentaré.

Sacudió la cabeza ante su respuesta, le dio la espalda y salió por la puerta dejándola temblorosa y, mierda, sí, excitada. Era tan extraño dirigirse a él de esa manera, pero la forma en que la miraba, esa dominación innata que ejercía con tan solo estar en una habitación hacía que se le aflojasen las piernas. Era algo que había visto en él desde la distancia, pero ahora era incluso más acuciante.

¿Habría sido eso lo que la había llevado a intentar verle la primera vez? ¿Ese era el motivo de que se pasase por el restaurante? Había querido pensar que su motivación se debía a la necesidad de reconectar con su pasado, con un momento de su vida en el que todo había sido... correcto, pero ahora... ahora era como volver al punto de inicio, aquel del que había querido escapar.

Sacudió la cabeza y volvió al salón para encontrarse a Logan repantingado en el sofá. La recorrió con la mirada, un examen exhaustivo que no le pasó por alto y vio cómo sus labios empezaban a curvarse.

—Ven —señaló el suelo alfombrado a sus pies—. Si te duele, puedes sentarte de lado.

Siguió con la mirada sus indicaciones, suspiró y caminó hacia él para adoptar una posición que le permitiese seguir sus instrucciones sin lastimarse.

Estaba nerviosa, no podía evitarlo, no se trataba solo de las noticias de ese nuevo asesino, sino su propia situación. Esa misma mañana se había levantado pensando en qué haría con su vida, en lo solitario y vacío que se sentía de repente su hogar y ahora, ahí estaba, instalada en la casa de dos de los hombres más sexys e inquietantes que había conocido.

—Relájate, Sio, no muerdo —sonrió mirándola—, de ninguna forma que no sea placentera, al menos.

Sus palabras le provocaron un escalofrío. Había algo en él que lo hacía más accesible que Camden, más... cercano, pero no por ello le restaba peligrosidad.

—Estás inquieta e incómoda —continuó examinándola—. Imagino que estás pensando en qué demonios has acabado metida.

Se lamió los labios, pero no se molestó en desmentir sus palabras.

—Esta mañana intentaba pensar qué hacer con mi vida y ahora, apenas puedo concentrarme en lo que haré dentro de cinco minutos —aceptó con sencillez—. Ha sido un... cambio brusco, por decirlo de alguna manera.

—No quiero romper tu rutina. Ni Camden ni yo queremos que dejes de ser quién eres, de hacer lo que desees, pero con ese tipo ahí fuera no quiero que salgas más herida de lo que ya lo estás.

—¿Crees que volverá a...?

La miró y su gesto se endureció provocándole un escalofrío.

—No voy a dejar que siga ahí fuera por más tiempo, le cogeremos, Siobhan.

Tragó, asintió y estiró la mano hasta posarla en su rodilla.

—Gracias por ayudarme.

Se inclinó hacia ella.

—Eres una cosita dulce, ¿eh?

Se sonrojó, no podía evitarlo. Ese hombre pasaba de la seriedad a la seducción en un abrir y cerrar de ojos.

—Deduzco que Camden ya ha puesto sus cartas sobre la mesa y te ha dicho lo que espera de ti. Asintió con una mueca.

—Algo así.

Sonrió ante su respuesta.

—Le gustas mucho más de lo que está dispuesto a admitir, pero tiene su propia forma de ver las cosas —la sorprendió con su franqueza—. Requiere un poco de paciencia entenderle, pero es un buen hombre.

Lo miró.

—Eso nunca lo he puesto en duda —aceptó—, aunque confieso que no es para nada lo que yo me había imaginado o lo que habría esperado al encontrarme de nuevo con él. Pero claro, yo recordaba al niño, nunca pensé en el hombre en el que se podía haber convertido.

—¿Y estás decepcionada con ello?

Negó con la cabeza.

—Decepcionada no, quizá un poco sorprendida —aceptó con un suspiro—. Tiene unas... normas... bastante claras.

Se rio entre dientes.

—Intuyo que ya te ha dado su extenso dossier...

Enarcó una ceja.

—En realidad se ha limitado a decirme que quiere una ayuda de cámara en el baño por las mañanas —replicó con palpable ironía.

Se echó a reír a carcajadas.

—Típico de Cam, siempre buscando el momento más divertido del día.

Sacudió la cabeza y le miró.

—Deduzco que tú también tendrás las tuyas —comentó tranquila. Él le inspiraba ese tipo de confianza y seguridad, no hacía que se sintiese fuera de balanza como lo hacía Camden—. Señor.

Los labios masculinos se estiraron en una divertida sonrisa.

—Procura decirlo sin que parezca que quieres escupirme a la cara, *sumisa* —le dijo mirándola con una intensidad que la puso inmediatamente alerta—. Aceptaré señor o Maestro Logan, nada de Amo, por favor, la esclavitud no es algo que me atraiga. Esperaré educación y cortesía de tu parte como también que te conduzcas con propiedad. ¿Puedo suponer que entiendes de alto protocolo?

Tragó, la manera en que la miraba y ese noto firme en su voz le provocó un escalofrío.

—Conozco los altos protocolos, pero nunca... no... no eran algo que... encajase conmigo.

Había acompañado a Nathan una vez a casa de unos amigos suyos dónde la sumisa era también esclava y su Dom tenía instaurado un alto protocolo. Verla arrodillada a los pies de su amo, completamente desnuda, con un collar alrededor del cuello del que salía una pequeña correa que descansaba en la mano de su dominante la había hecho sentirse inquieta. Ángela, que así se llamaba la chica, le había comentado que para ella era una liberación no tener que pensar en qué debía ponerse, cómo debía actuar o cómo llamar la atención de su amo, que disfrutaba haciendo las tareas que él le encargaba en el hogar, ya que fuera de esas paredes tenía suficiente con lo que lidiar; la mujer había resultado ser la CEO de una importante compañía.

Después de esa visita su marido le había preguntado qué opinaba sobre lo que había visto y se había reído al ver su rostro.

*«Tú nunca encajarías en ese tipo de sumisión, amor. Disfrutas obedeciéndome en el dormitorio, jugando, pero antes me cortarías los huevos que andar todo el día desnuda por*

*casa*».

Cuando estaban en su hogar, sabía cómo conducirse, cómo proceder y en qué momento debía responder a su amo. Le había gustado sentarse en el suelo a su lado, disfrutar de sus atenciones e incluso comer de su mano cuando jugaban, pero le gustaba demasiado sentarse en una silla y utilizar los cubiertos como para renunciar a ello.

—Háblame, Sio —su voz la arrancó de sus pensamientos y del pasado—. ¿En qué estabas pensando? Te ha mudado el rostro.

Se lamió los labios y dijo la verdad.

—Pensaba en mi... marido —murmuró en voz baja. Sabía que él ya no estaba, era dolorosamente consciente de ello como de la necesidad de seguir adelante—, y en el tipo de protocolo que teníamos.

Asintió complacido con sus palabras.

—Háblame de ello, por favor.

Tomó una profunda respiración.

—Son lo que consideraríamos... ¿protocolos estándar? —respondió intentando explicarse—. Cuando estábamos solos, podía tutearle, aunque debía llamarle señor, sin embargo, delante de otras personas de nuestro círculo u otros amos, siempre debía tratarle de usted. No hablar con nadie sin su permiso, no mirarle a los ojos a menos que me diese permiso o me indicase lo contrario.

Hizo una pausa recordando sus palabras, sus acciones en cada uno de esas directrices.

—Está bien, Sio, puedes hacerlo.

Levantó la mirada y se encontró con esos tranquilizadores ojos azules. Se llevó la mano al cuello y cerró los dedos ante la piel vacía.

—Él... me reclamó —musitó—, un año después de casarnos, en una íntima ceremonia de iniciación en la que el Amo Fire y otro amo fueron testigos, me reclamó como suya y me puso su collar.

Una solitaria lágrima discurrió por su mejilla y la limpió al momento.

—Lo siento, señor... yo...

—Está bien, dulzura, sigue.

Se lamió los labios y buscó la fuerza necesaria para ir más allá.

—Él prefería... que no... llevase ropa interior —musitó sintiéndose un poco avergonzada de compartir aquello con él—. A menos que me indicase lo contrario.

—Algo que sin duda comparto.

Sus palabras la anclaban al presente, manteniéndola en suspenso.

—Obediencia, respetar sus decisiones, acatar sus deseos y órdenes en una escena o en el dormitorio —se encogió de hombros—. Él era... un buen hombre, un buen marido... y un gentil amo.

Se le quebró la voz y necesitó de unos momentos para reponerse, espacio que le concedió. Solo cuando sintió sus dedos sobre su hombro levantó la mirada.

—Debo suponer que también te dio entonces un nombre.

Levantó la mirada y se encontró con sus ojos.

—Sí —su respuesta fue seca, preñada de dolor—. Uno que era solo suyo.

La mirada de Logan se posó en ella durante unos silenciosos instantes, entonces asintió como

si comprendiese.

—Hablemos ahora de lo que yo espero de ti —continuó con tono tranquilo, firme y sexy—. Mientras esté en casa, estarás disponible para mí. Por supuesto, respetaré los momentos que pases con Camden y también los que desees tener para ti misma. Estos últimos te pediré que me los notifiqués, lo hablaremos y pactaremos cómo dividir nuestro tiempo. ¿Alguna objeción?

Si algo tenían en común esos dos era la manera en que decían claramente lo que querían, estableciendo una rutina, unas peticiones y dándole la opción a aceptar o declinar.

—Ninguna, Maestro Logan.

De algún modo le pegaba lo de Maestro. De los dos hombres, él podía parecer un poco más joven, pero el aire de autoridad que lo rodeaba la dejaba a menudo tensa y pendiente de cualquier orden indirecta que fuese a darle. Le recordaba a su marido, con la excepción de que el detective parecía poseer un peculiar sentido del humor.

—Y cuando digo disponible, me refiero a una disponibilidad sexual, abierta y completa —acotó el término anterior—. ¿Será eso un problema para ti?

A juzgar por el estremecimiento de placer que la recorrió y la forma en la que se le endurecieron los pezones bajo la ropa interior, no, no sería ningún problema.

—No, señor.

—Bien —aceptó complacido y la contempló—. Tengo una ligera predilección a la hora de jugar por los «*roleplay*». Considero que es un punto de frescura darle un poco de vidilla y echarle imaginación a una escena. Y también por los juguetes eróticos... —entrecerró los ojos y la observó con cierta expectación—. De hecho, se me está ocurriendo algo bastante interesante ahora mismo...

Tragó, ese hombre sabía cómo descolocarla por completo, arrancarla de las garras y la morriña del pasado y enviarla de una punta pie al aquí y ahora.

—No pierdes el tiempo, señor.

Sonrió de soslayo.

—Tranquila, Sio, primero dejaré que te instales. Y a mí puedes tutearme salvo que te indique lo contrario —le aseguró echándose hacia atrás—. Brian me ha comentado que eres... ¿jardinera?

—Paisajista, pero sí —acotó al tiempo que asentía—. Se supone que tengo que reorganizar su jardín, en eso estaba esta mañana... pero... bueno, creo que he vuelto al trabajo demasiado pronto.

Asintió, se levantó y le tendió la mano.

—Ven conmigo.

Tomó su mano no sin un poco de recelo y dejó que la pusiese en pie.

—¿Todo bien? —Bajó la mirada sobre su cintura.

—Sí, creo que sí —aceptó llevándose la mano al lugar de la herida—. Ya no me molesta tanto como antes.

Asintió y la invitó a acompañarle.

—Me gustaría que le echases un vistazo a algo y me dieras tu sincera opinión como... jardinera.

Enarcó una ceja ante la inesperada petición, pero asintió.

Logan la guio a través de la casa hasta la zona de atrás, un par de puertas francesas se abrían a lo que en algún momento de su vida fue un bonito porche descuidado y una zona verde acotada por

una alta empalizada en la que se entreveía una piscina. Cuando compraron la casa a medias Cam había sugerido convertir el lugar en una zona *chill out*, pero por unas cosas y otras se fue dejando hasta terminar en eso.

—Esto parece una selva.

Sonrió para sí al ver la forma en la que Siobhan se llevaba las manos a la cintura y observaba el lío de macetas con arbustos sin podar que rodeaban la cubierta de un jacuzzi, el césped sin cortar que ya se comía el camino de piedra, la piscina vacía y llena de suciedad y el abandonado porche.

—Está un poco descuidado.

—¿Un poco? —Lo miró con palpable ironía—. Eso es ser muy optimista al respecto, maestro Logan.

Correspondió a su mirada y señaló el lugar con un gesto de la barbilla.

—La idea principal era convertirlo en una zona *chill out* —comentó señalando el terreno—. Un área de relajación y esparcimiento.

—Y cuándo fue eso, ¿antes de la Segunda Guerra Mundial?

No podía evitar encontrar divertidas las respuestas de esa sumisa. Podía parecer una mujer frágil y dulce, pero tenía una vena irónica que podía competir con la de Camden.

Sí, su amigo no se iba a resistir a Siobhan por mucho tiempo. Ya era hora de que una pequeña y dulce sumisa borrara esa maldita sombra del pasado de su amigo. Cam había sufrido ya bastante, la culpa que todavía lo acechaba debía terminar y la única manera de que lo hiciese era que dejase de pensar en el pasado y le diese la bienvenida al presente.

Los demonios del chef corrían demasiado profundos, la muerte de su esposa no había sido más que el detonante, un breve momento de consuelo se había convertido en algo más grande, algo difícil de explicar y entonces Ágata le había dejado también abriendo el abismo definitivo del que a duras penas había conseguido sacarlo.

¿De verdad había sido un error lo que había sucedido entre ellos? Si era así, ¿por qué no lo sentía como tal? ¿Por qué no sentía esa misma culpabilidad y remordimiento? Sencillamente, no podía encontrar arrepentimiento, pero tampoco una razón coherente para lo que había pasado. Él era su amigo, casi un hermano y ambos sabían que uno daría la vida por el otro. No había nada que le gustase más que poder ver a ese capullo sonreír de nuevo, pero hacerlo de verdad, entregarse a quién era realmente y reclamar a una mujer como sabía le gustaba hacer, como sabía que necesitaba.

Miró de nuevo a la chica, quién estaba ojeando el paisaje, ¿sería ella la indicada? Le gustaba Siobhan, le gustaba lo suficiente como para querer disfrutar de ella, querer poseerla y, al mismo tiempo, compartirla con él.

—Haría falta un equipo de limpieza y una manguera a presión para poder limpiar eso —comentó ella mirando la piscina con una mueca—. Lo demás... creo que con que alguien corte el césped, se poden los setos y se haga una buena remodelación al porche, podría mejorar mucho la propiedad.

Su interés era genuino, profesional, Brian no se había quedado corto en sus comentarios acerca de su trabajo.

—¿Estarías interesada en hacerte cargo de ello? —preguntó al tiempo que elaboraba ya un plan en su mente.

La sorpresa bailó en sus ojos.

—¿Me estás ofreciendo trabajo?

Sonrió.

—En algo tendrás que entretenerme mientras estés aquí —le dedicó un guiño—, al menos cuando no estés... en nuestras camas.

Tragó, se sonrojó y dio un paso atrás.

—Yo... podría considerarlo.

—Estupendo —aceptó y caminó hacia ella, se inclinó sobre su rostro y la miró a los ojos—. Por el momento será nuestro secreto, ¿entendido, *Sumi*?

Asintió sin poder hacer otra cosa, su cercanía la ponía nerviosa y caliente y esa abreviatura que utilizaba, era tan... tierna.

—Sí, Maestro Logan.

—Buena respuesta, pequeña, buena respuesta —declaró bajando la boca sobre la de ella en un húmedo beso que prometía mucho más—. Ahora, deja que te enseñe mi zona de juegos favorita.

## CAPÍTULO 11

Tras pasar las puertas del dormitorio de Logan era dar un paso más allá, aceptar que el hombre no solo la atraía, sino que su voz conseguía erizarle el vello y humedecerla. Había algo en él cuando se sumergía en la piel de dominante que la dejaba temblorosa y excitada.

Podía saborear todavía la menta en su boca, sus labios habían sido firmes y deliciosos, su lengua tan traviesa como él mismo y la había besado hasta dejarla mareada y casi sin aliento. No la había obligado, ni coaccionado, se trataba de una lenta seducción a la que fue incapaz de resistirse. Le permitió conducirla, guiarla sin más oposición que sus inestables pasos hasta la puerta gris que daba a un dormitorio masculino en tonos piedra, marrones y blancos. La elegancia y la decoración le llamó la atención pues podría estar más en consonancia con Camden que con el duro policía de homicidios.

La enorme cama *King Size* ocupaba buena parte de la habitación, una estructura de madera oscura, en la misma tonalidad que el suelo y la lámpara, se elevaba de cada uno de los vértices enjaulando el lecho en un cubo sin caras. En otro tipo de dormitorio probablemente resultase chocante, pero allí, con los dos bancos acolchados a los pies, la tupida alfombra blanca y el cabecero gris, creaba un conjunto armónico y perfecto.

Solo al mirarlo más de cerca reparó en unas pequeñas argollas situadas aquí y allá, así como un par de muebles, un sillón y el amplio armario empotrado que, unidos a una pequeña área de estudio, completaban el dormitorio y hacían que un ojo inexperto no reparase en ciertos elementos puestos a propósito.

—¿Tiene tu aprobado?

No pudo evitar dar un respingo al notar su respiración en el oído.

—Es una habitación muy... agradable —comentó girándose hacia él—, señor.

Se rio, sus ojos reflejando la diversión y también las intenciones que no se preocupaba en disimular.

—Agradable —repitió—. Contigo aquí no me cabe la menor duda de que se va a convertir en eso y mucho más.

Rastrilló con los dientes el labio inferior y optó por echar un nuevo vistazo a la estancia para no tener que mirarle.

—Aunque confieso hay partes de la decoración que me perturban.

Sintió su boca sobre su cuello, le apartó el pelo y la besó con lentitud, sus manos modelando

su cuerpo por encima de la ropa.

—Bien, quiero perturbarte todo lo que pueda.

Le ciñó la cintura y la atrajo contra él dejándole notar la obvia erección que empujaba ya sus pantalones, le mordisqueó la piel que había besado y dedicó cada una de sus acciones a dejarla temblorosa y necesitada. No pudo evitar gemir cuando chupó con fuerza, sin duda deseando dejarle su marca.

Las codiciosas manos siguieron el descenso, los dedos arrastraron la tela del vestido de lana y tiraron de él hacia arriba permitiendo que el aire tocara su tibia piel.

—Interesante —murmuró con voz profunda, sus dedos deslizándose sobre su piel, bordeando la cenefa de las medias que le rodeaban los muslos—, debajo de esa apariencia conservadora y cándida, se esconde una gatita revoltosa y sexy.

Una corriente de placer se instaló en la parte baja de su estómago y notó como se humedecía aún más, como sus jugos amenazaban con derramarse.

—Me encantan las medias de liga —le susurró antes de morderle con ganas el lóbulo y arrancarle un quejido—, son muy sexys.

Sus manos volvieron de nuevo a su cintura y, en un rápido giro que podría emular al de un paso de baile, estuvo frente a él, sus ojos en los de ella, sus labios curvándose en una perezosa y masculina sonrisa.

—Y esos enormes ojazos mirándome como si fuese el lobo feroz dispuesto a devorarte —resopló, pero parecía divertido por ello—. ¿Me tienes miedo, Sio?

Negó con la cabeza y él enarcó una ceja en respuesta.

—No señor —respondió de inmediato en voz alta.

—No debes tenérmelo —apuntó igualmente, sus manos deslizándose sobre su piel, amasándole las nalgas antes de envolver el pulgar en la tira del tanga—, no tengo intención de causarte daño.

—Es bueno saberlo —replicó.

Sonrió de soslayo y le sostuvo la mirada.

—¿Estarás más tranquila si instauramos desde ya una palabra de seguridad?

Parpadeó y asintió.

—Bien, ¿cuál sería adecuada y fácil de recordar para ti?

—*Espinas* —replicó entonces, dejando que la palabra brotara de sus labios—. Es... la palabra de seguridad que siempre he utilizado.

Asintió.

—*Espinas* entonces —aceptó mirándola a los ojos—. Tenla presente, aunque esperaré que no quieras utilizarla a menudo. Te han dejado en mis manos y en las de Camden para que te cuidemos, una tarea que empiezo a ver que tiene muchas posibilidades.

Apartó el delgado elástico del tanga al tiempo que resbalaba la mano entre sus piernas y dos gruesos dedos se sumergían en su estrecho y empapado sexo. No pudo evitar ponerse de puntillas, la invasión fue tan primitiva que le arrancó el aliento y la dejó jadeando, sus mejillas se sonrojaron y sintió la enorme necesidad de apartar la mirada.

—No. —Un toque de atención, su voz fuerte y poderosa—, tus ojos en mí, dulzura.

Se obligó a levantar la mirada y cuando se encontraron, él movió de nuevo los dedos en su interior, extrayéndolos solo para volver a entrar. Repitió el movimiento con languidez, pero

aumentando la profundidad, sus labios se separaron y ya no pudo retener por más tiempo la sucesión de pequeños jadeos y gemidos que escapaban de ellos.

—Me gusta lo que veo —comentó en voz alta, inclinándose sobre ella, calentándole los labios con su propio aliento—, y se me ocurren muchas cosas que podría hacer con esa bonita y rosada boca.

Sintió la humedad emanando de ella y bañando sus dedos mientras la masturbaba, entonces la mano que había mantenido anclada en su cintura le rodeó el pecho, pellizcándole el pezón. Su cuerpo reaccionó por sí solo, arqueándose, buscando más de ese doloroso calor que la recorría en fognazos.

—Y la primera de ellas será tenerte de rodillas y ver cómo desaparece mi polla entre tus labios, como esa pequeña lengua me lame antes de chuparme entero —insistió manteniendo la mirada en la suya, haciéndole partícipe de sus oscuros deseos—. Tu boca incita al pecado, especialmente cuando emite esos pequeños sonidos.

Se mordió el labio inferior, su voz la estaba poniendo caliente, podía imaginarse a sí misma de rodillas, desabrochándole el pantalón y descubriendo el duro miembro que se restregaba contra su bajo vientre.

—Y no es el único lugar dónde quiero enterrarme —continuó con voz profunda mientras sus dedos resbalaban de su húmedo interior y se deslizaban hacia atrás, entre sus nalgas, acariciándole el fruncido rosetón, utilizando su propia humedad natural para incursionar en las apretadas profundidades—. Quiero tu culo para mí.

Las palabras susurradas en su oído la hicieron estremecer, su sexo se llenó de humedad y estaba segura de que le estaba bañando la mano. Las suyas propias se cerraron sobre los fuertes antebrazos para sostenerse. Empezaba a sentir la imperiosa necesidad de empujar contra ese dedo juguetón, de empalarse a sí misma en él y rogarle que la tomase por allí.

No era una novata en sexo anal, había disfrutado de él, así como de otros juegos en vida de su marido. Nathan había querido que conociese todas las posibilidades, había tentado sus límites, los había empujado y descubierto qué cosas la excitaban y qué no toleraba de ninguna manera. Con él había explorado su sexualidad, se había entregado en completa confianza y, después de tanto tiempo sin alguien que la cuidara de esa manera, el tener ahora a Logan jugando en su entrada trasera, la estaba poniendo muy caliente.

Los duros dedos se hundieron cada vez más, entrando y saliendo, arrastrando la humedad de su sexo para facilitar la intrusión en su culo hasta que su apretada entrada empezó a ceder con facilidad. La estaba volviendo loca, la combinación de sensaciones estaba despertando esa hambre que habitaba en su interior y que llevaba tiempo sin hacerle el debido caso.

—Estoy en un gran dilema ahora mismo, Sio —acarició el diminutivo de su nombre mientras la masturbaba—, no sé si me apetece más ponerte de rodillas y follar esa caliente boquita o inclinarte sobre la cama y hundirme en este apetitoso culo.

Y para hacer más palpables sus palabras, empujó con fuerza sus dedos mientras su boca poseía la de ella. La besó con hambre, emulando el acto de sus dedos con su propia lengua, jugando en ambos lados dejándola temblorosa y sin respiración.

—Aunque también estoy deseoso de ver y probar esas dos montañas que se aprietan contra la pechera del vestido —comentó bajando la mirada entre sus cuerpos, relamiéndose al hacerlo—. Sé buena chica y libéralos para mí.

Jadeó, sus ojos se encontraron con los de ella.

—Es una orden, mascota —insistió con voz dura al ver que ella no obedecía con la suficiente rapidez—. Lo haría yo, pero tengo las manos ocupadas.

Sus palabras se hicieron incluso más palpables cuando su mano libre le rodeó la cadera y tiró de su pierna, anclándola a su cadera y dejándola abierta en una posición que le permitía una mayor y más profunda penetración.

—Señor —jadeó poniéndose de puntillas, aferrándose a él con mayor tensión cuando notó como la penetraba con los dedos y utilizaba el pulgar para frotar sus labios cuando los retiraba de su culo.

—Todavía no es hora de que te corras —replicó serio, pero sus ojos decían algo totalmente distinto, hablaban de una chispeante y maliciosa diversión. Maldito Dom—. El vestido, Sio, quiero tus pechos, ahora.

Gimió. Tragó con dificultad y se las ingenió para alcanzar la cremallera delantera y empezar a bajarla hasta que sus pechos asomaron. Por fortuna, el sujetador que se había puesto hoy abrochaba por delante, lo que le permitió abrirlo sin mayor dificultad, pero era incapaz de hacer mucho más en la posición en la que se encontraba.

—Yo... no puedo... no tengo espacio para...

Sus palabras quedaron interrumpidas cuando le apretó el muslo, clavando sus dedos en él a modo de advertencia.

—No bajas la pierna —la instruyó y le susurró al oído—, o te zurraré también ese húmedo coñito.

Tragó, apenas pudo volver a meter una nueva bocanada de aire en sus pulmones cuando él tiró de golpe de la tela hacia abajo, atrapando sus brazos al tiempo que liberaba sus pechos.

—Um... esta es sin duda una vista que apruebo, pequeña —se relamió y, inclinándola hacia atrás, manteniéndola todavía empalada y rodeándole ahora la cintura con el otro brazo, bajó sobre sus pechos y succionó un pezón en la húmeda y caliente boca.

Se arqueó contra él, gimió y lanzó la cabeza hacia atrás cuando sintió sus dientes mordisqueándola, succionándolo para luego lamerlo con cuidado. Cada movimiento de su lengua parecía estar perfectamente coordinado con sus dedos entrando y saliendo de su culo, aumentando el calor en su interior, haciendo que su sexo llorase por atención y toda su piel ardiese de necesidad.

Entonces, sin previo aviso sintió como sus dedos la abandonaban, el mundo giraba y en un jadeo se encontró siendo bajada al suelo, de rodillas sobre la mullida alfombra, con los brazos todavía atrapados por el vestido. Levantó la mirada y lo que vio la estremeció. Si el policía ya era enorme cuando ella estaba de pie, a sus pies parecía un coloso.

Logan se llevó las manos a los vaqueros, se deshizo del botón, bajó la cremallera y liberó su erecto sexo el cual saltó libre de restricciones, rozándole la mejilla ante su cercanía.

Su pene era largo, grueso, la piel parecía suave y la punta morada tan apetitosa que se encontró lamiéndose los labios.

—Abre la boca, cosa bonita —le dijo al tiempo que le acariciaba los labios con el pulgar—, quiero que me chupes y hagas que me corra en tu garganta.

Tragó entre excitada y temerosa, en la posición en la que estaba no podía tocarle, no podía controlar la profundidad y si él decidía tomar el mando... Se estremeció y una nueva ola de placer

la atravesó humedeciéndola aún más, esa indefensión la excitaba y la obligaba a depositar su confianza en el hombre que estaba de pie ante ella, uno al que había sido entregada.

—Abre ahora.

Su orden vino acompañada de la caricia del miembro masculino sobre sus labios, una tórrida incitación de la que no pudo escapar. Abrió la boca y notó la cabeza del pene atravesando sus labios, deslizándose sobre su lengua con premeditada lentitud mientras la mano masculina envolvía la base, guiándola y evitando al mismo tiempo introducirse por completo.

—Sí, buena chica —ronroneó él—, usa la lengua.

Lo hizo, no tenía que animarla a ello. La movió bajo la carne, echó la cabeza hacia atrás haciéndose más espacio y chupó la punta obteniendo un gruñido masculino que la satisfizo.

—Chúpala, nena —su voz era ronca, oscura, pero eran sus ojos, fijos en ella los que la excitaban. El que la estuviese mirando mientras se la mamaba la estaba poniendo muy caliente. Gimió y volvió a bajar sobre él, introduciéndole más y más para luego volver a salir. Jugó con su lengua, lo lamió como si fuese un caramelo y disfrutó del sabor salobre de su carne hasta que notó como los dedos de la mano libre de Logan se envolvían en su pelo y tiraban de su cabeza hasta darle un nuevo ángulo para tomarle más profundamente.

Su pene era duro, pesado, empezaban a dolerle los labios por el esfuerzo de chuparlo, así que alternó de nuevo con pequeños toques de su lengua hasta que la mano en su pelo le provocó una pequeña descarga al tirar de su cabellera.

—Voy a follarte la boca —anunció entonces y se retiró casi por completo antes de volver a profundizar en su interior, robándole la autonomía, sujetándole la cabeza para que no pudiese escapar mientras entraba cada vez un poquito más hondo. Se obligó a relajar la mandíbula, a darle todo el espacio posible mientras escuchaba como emergían pequeños jadeos de los labios masculinos. Sus ojos seguían fijos en los suyos, oscuros, velados por el deseo y una inesperada contención. Se estaba cuidando de no hacerle daño, buscando su placer y al mismo tiempo vigilando que ello no la lastimase al mismo tiempo. El tacto que ponía contrarrestaba con esa dureza intrínseca en él e hizo que se derritiese por dentro.

—Succióname ahora, Sio —gruñó y profundizando en su boca—. Quiero correrme en tu boca y que te tragues hasta la última gota.

No tuvo que decírselo dos veces, cerró los labios alrededor de su miembro y su garganta tragó en acto reflejo, atrapándole, iniciando el orgasmo que derramó su semen llenándole la boca y obligándola a tragar mientras él se retiraba, dejándole espacio.

Bebió de él hasta la última gota, tragando de manera automática, degustándole y lamiendo la punta antes de que la retirase de sus labios, dando un paso atrás.

—Eso ha sido increíble, mascota —declaró pasándose la mano por el pelo, respirando agitado mientras la miraba todavía arrodillada en el suelo.

—Gracias, señor —murmuró en respuesta, era algo automático, algo impreso en sus genes. Pero más allá estaba su propio orgullo, el que le decía que había hecho sucumbir a alguien tan fuerte como ese policía y era una sensación que la calentaba por dentro.

—Te has ganado un premio —declaró inclinándose hacia delante, planeando sobre sus labios —, y consiste en follarte hasta dejarte sin aliento.

Su boca se cerró de nuevo sobre la suya impidiéndole respuesta alguna, como tampoco pareció importarle demasiado el que se estuviese saboreando a sí mismo en su lengua.

Dios, si esta era la manera en la que él tenía de recompensar, algo le decía que iba a hacerse adicta a esas recompensas.

## CAPÍTULO 12

Algo le decía que tener a esa pequeña sumisa en sus dominios iba a ser un enorme y divertido desafío. No solo era caliente como el infierno, la dulzura que la envolvía contrastaba con ese brillo de rebeldía que había visto en algún momento en sus ojos, uno que estaba deseando sacar a la luz y ver cómo se comportaba bajo su dominación.

Dios, lo había dejado seco. Esa bonita boca de labios hinchados había sido un infierno alrededor de su polla, uno del que había disfrutado. Viéndola ahora sobre manos y rodillas encima de la cama, no podía dejar de imaginársela con uno de sus disfraces favoritos, unas orejas de gato, un cascabel al cuello, mitones, patucos y una larga cola de gato insertada por medio de un *plug* en ese bonito y respingón culo. Se relamió, de espaldas a él no podía ver cómo se le dilataban las venas de la nariz ni como su polla volvía a estar dura y lista para la acción.

Oh, sí. Quería follar ese apretado agujero que ya habían acariciado sus dedos, quería enterrarse en ella y jugar al mismo tiempo con el húmedo coñito que lloraba por atención.

Deslizó la mano entre sus piernas, sus dedos rastrillaron a través de los suaves rizos y jugaron con sus gordezuelos pliegues antes de insertar un dedo en su interior; estaba chorreando.

—Estás deliciosamente mojada —ronroneó empujando dos dedos ahora en su interior, retirándolos y volviendo a introducirlos con premeditada lentitud—, y succionas mis dedos con verdadera codicia... eso me gusta.

Ella gimió bajito.

—Hay algo que no te he dicho y que sí quiero que hagas —declaró mirando entre sus cuerpos—. Quiero este bonito montículo completamente depilado.

Ella se sobresaltó ante sus caricias y también por sus palabras.

—¿Qué?

Sonrió con oculta diversión.

—Te quiero depilada aquí abajo, dulzura —se inclinó sobre su oído—. La próxima vez que mis dedos le acaricien, quiero encontrar piel lisa, suave e invitante. Sé que a Camden también le gustará. Dile que te dé el teléfono de su salón favorito y pide una cita.

—No... no puedes estar hablando en serio —gimió.

Se retiró un poco de su interior solo para volver a entrar.

—Sí, lo estoy. Muy en serio —aseguró antes de decirle—. Pero ahora hay algo que requiere de toda mi atención.

Extrajo los dedos de su interior y resbaló hacia atrás, al rosado rosetón con el que había estado jugando.

—Voy a follarte por aquí —le aseguró inclinándose sobre ella—, voy a llenarte hasta que me supliques que haga que te corras...

La penetró tentativamente, profundizando en su interior, torturándola y viendo cómo se retorció sobre la cama.

—Pero antes, ciertas escenas requieren de preparación —anunció abandonándola, rodeando la cama y enfrentándola ahora por el otro lado, de modo que pudiese ver su rostro—, y esta, en particular, requiere que te quedes quieta en el lugar en el que te dejo. Así que...

Se inclinó y extrajo de los cajones de la estructura un par de correas con esposas que ancló a cada uno de los postes y cerró alrededor de sus muñecas, manteniendo su torso ligeramente elevado. Comprobó que las correas no estaban demasiado apretadas y que la piel interior de las esposas le protegería la piel ante posibles tirones.

—Recuérdame tu palabra de seguridad.

Tragó, la sensación del cuero sobre su piel la excitaba y ponía nerviosa a partes iguales.

—Espinass.

Asintió complacido.

—Si sientes algún calambre o la posición te molesta, quiero que me lo digas de inmediato —deslizó la mano sobre su hombro, comprobando la posición de la herida y la posición en que la dejaba la restricción, solo entonces se inclinó sobre ella de modo que pudiera mirarla a los ojos—. ¿Lo has entendido, Sio?

Asintió, todavía estaba aturdida por el hecho de que acabase de ser esposada a la estructura de la cama.

—En voz alta, por favor —insistió.

La vio tragar, sus ojos parecieron dejar la anterior sorpresa a un lado y asintió.

—Sí, lo he entendido —aceptó y tiró de la cadena con cuidado para probar. Hizo una mueca y le miró—. Creo que... puedo soportarlo.

Frunció el ceño y negó la cabeza.

—No, Siobhan —le dio un toque de atención—. No se trata de soportar esa clase de dolor. Estamos hablando de tu bienestar. Así que repito, ¿te molesta la posición?

Se lamió los labios volvió a probar y le miró de nuevo.

—Me molesta al tirar —aceptó sincera—, pero no me duele. Si noto un solo pinchazo te lo diré, Maestro Logan.

La concesión del título de Maestro hacía su respuesta mucho más respetuosa y directa.

Asintió satisfecho.

—Eso espero, mascota o te azotaré el culo hasta que no puedas sentarte —la previno. Y no estaba de farol.

Solo entonces dio la vuelta a la cama y procedió a hacer lo mismo con sus tobillos, separándole las piernas y manteniéndola en una postura abierta y lista para su uso y disfrute.

Resbaló la mano por su espalda y por sus costados hasta tocar la zona irregular de la cuchillada en su vientre. Una fría niebla de rabia cruzó por su mente y se obligó a hacerla retroceder.

—Y aplicaremos la misma norma a esta zona —declaró con una suave caricia—, si notas

alguna molestia...

—Te lo diré tan rápido que *Speedy González* a mi lado será una tortuga con reuma —le interrumpió.

Ladeó la cabeza para encontrarse con sus chispeantes ojos.

—Um... señor.

—Te estás ganando unos azotes —aseguró y le golpeó las nalgas con la mano abierta para hacerla sentir el escozor. Estas todavía tenían un bonito color rosado del correctivo que le había aplicado Brian, lo que las dejaba prácticamente fuera de su campo de juegos, por el momento—. Compórtate, descarada.

Sonrió en secreto, tal y como había pensado, esa pequeña sumisa no era todo algodón de azúcar.

—Lo siento, señor —la escuchó canturrear.

Sacudió la cabeza y le apretó las nalgas.

—Veremos si sigues teniendo ganas de bromear cuando te clave la polla en el culo.

Notó el estremecimiento en su cuerpo, la manera en que se movió inquieta y supo al momento que sus palabras habían dado en el clavo. Se tomó su tiempo en recorrerla con las manos, acariciar su piel y se dio el lujo de azotarla un par de veces más en cada nalga antes de echar mano del tubo de lubricante.

—Um... espero que estés dispuesta a suplicar, pequeña —le advirtió acariciándole una vez más el fruncido botón para luego lubricar el pequeño agujero.

Sus gemidos empezaron a llenar de nuevo la habitación, el sonido de las cadenas al mover las restricciones coreó sus movimientos creando una cadenciosa melodía que lo puso más y más duro. Empujó primero un dedo en su interior, resbalándolo dentro y fuera, ensanchándola, rompiendo la resistencia inicial hasta que pudo introducir un segundo dedo con facilidad. Los ruiditos que emergían de su boca pronto se convirtieron en jadeos y palabras inconexas, su coño se humedecía más y más mojando ahora sus muslos todavía envueltos por los ligeros de las medias. La había desnudado dejándole tan solo las medias, un fetiche del que estaba disfrutando como nunca.

—Um... me gusta cómo me aprietas —ronroneó penetrándola una vez más con los dedos para luego retirarlos de todo y sonreír diabólicamente ante el juguete que había sacado del armario de los «juegos» para ella—. Veamos qué tal te queda una bonita cola de zorro, dulzura.

Escuchó el tironeo de las cadenas al tiempo que veía cómo se contorsionaba intentando mirar hacia atrás.

—Ay dios —la escuchó susurrar.

—Gracias, nena, pero con «*ay señor o ay maestro*» es más que suficiente —le aseguró y se inclinó entre las mejillas de su trasero, lubricó el consolador y empezó a introducirlo lentamente en el agujero destinado a ello.

—¡Oh joder!

—Respira, Sio, respira y empuja hacia mí —intentó mantener un tono de voz serio, cuando en realidad se estaba divirtiendo al torturar a esta pequeña gatita—. Así... suave, nena... bien... ya casi estamos...

Arqueó la espalda, intentó escapar, pero las correas no se lo permitían así que no le quedó más remedio que aceptar lo que le daba. Empujó un poco más hasta que el último centímetro penetró en ella llenándola por completo.

—¿Cómo vamos, nena? ¿Alguna molestia?

Examinó cada una de las restricciones y la forma en que sus muslos se contraían. Todo iba bien.

—No señor —la escuchó jadear—. Eso... eso... es grande.

Se rio entre dientes.

—Más o menos del tamaño de la polla de Cam.

Camden iba a matarle por comparar su verga con la de un consolador, pero le pareció divertido.

Le acarició una nalga y la notó respingar, hizo lo mismo con la otra y entonces resbaló la mano entre sus piernas para encontrarla más y más mojada. Perfecto.

—Me empapas los dedos, dulzura —le aseguró—. Estás muy, pero que muy húmeda.

Entonces dejó caer su palma contra sus calientes nalgas sin previo aviso, sabiendo lo que la contracción de su trasero ante el golpe haría con el consolador alojado en su interior.

—¡Señor!

Su nombre surgió en la forma de quejido y fue la cosa más erótica que escuchó en mucho tiempo.

—Solo es un poco de calentamiento —volvió a dejar caer la mano sobre su otra nalga, entonces empezó a alternar los azotes entre un lado y otro, procurando calentarla sin golpear dos veces en el mismo sitio.

Solo cuando la tuvo jadeando, sus jugos resbalando por sus piernas, se detuvo.

—Hora de obtener tu recompensa, dulzura.

Siobhan dejó escapar un agónico jadeo cuando notó el duro miembro abriéndose camino en su ahora estrecho canal, el dildo alojado en su trasero hacía que su cuerpo se resistiera a la nueva invasión, estirándola hasta un punto de caliente dolor que la estaba volviendo loca. Tiró de las restricciones y tuvo que contener un quejido cuando su hombro se resintió, pero el dolor ya no importaba, no cuando apenas podía respirar. El placer era cegador y se iba haciendo con su cuerpo, sometiéndola a esa doble penetración y haciendo que desease más y más.

—Señor —jadeó levantando las caderas, deseando más.

—Solo un poco más, dulzura —los dedos sobre sus caderas se hundieron en su carne mientras ese duro pene se abría paso en ella hasta que notó su pelvis pegada al culo—. Oh, sí, es la gloria.

La estaba matando, poco a poco, la estaba matando y no estaba segura de sí podría soportar más tiempo esa tortura.

—Señor, por favor...

La sacó y volvió a empujar de nuevo en su interior, follándola lentamente, haciendo que dejase de importarle el juguete que tenía en el trasero, la suave cola que se movía con cada empuje acariciándole las piernas o que de su garganta ya solo saliesen palabras ininteligibles. Quería que la follase, que la poseyese con fuerza, que fuese más allá, quería más y lo quería de él.

Podía sentir cada movimiento, cada centímetro del grueso pene resbalando en su interior, entrando y saliendo, abriéndose paso a la fuerza en estrecho canal.

—A mi ritmo, pequeña sumisa —respondió con voz ronca, inclinándose sobre su espalda y pellizcándole el cuello con los dientes—. Siempre a mi ritmo.

Y su ritmo era lento, agonizante, destinado a volverla loca.

—Oh... por favor... necesito más... más fuerte... por favor... maestro, por favor...

Quería que la montase, quería que la follase sin piedad e hiciese que se corriera. Lo necesitaba, lo quería con tanta desesperación que la avergonzaba. No recordaba haber estado tan caliente en su vida, tan desesperada, ni siquiera cuando su marido la llevaba al club o participaban en alguna fiesta privada y él disfrutaba viendo mientras otro la follaba.

—Maestro Logan... por favor... —gimió una vez más, pronunciando su nombre, rogando porque le diese lo que necesitaba y pedía—. Señor por favor... más...

Volvió a morderla y un segundo después notó el consolador de su trasero moviéndose en su interior, vibrando en realidad.

—Oh joder...

Los dedos masculinos se cerraron con fuerza sobre sus caderas, sujetándola quieta en el sitio mientras empezaba a entrar y salir con más fuerza y rapidez.

—Puedo sentir la vibración del juguete en mi propia polla —gruñó él—. ¿Te gusta, Sio? ¿Te gusta que te follen por ambos lados?

No podía pensar, ni siquiera podía encontrar su voz para hacer algo más que jadear.

Siguió hundiéndose en ella, cada vez con más fuerza, más rápido, arrastrándola consigo a un creciente orgasmo que la llevó a apretarse a su alrededor al tiempo que gritaba su liberación.

—Oh, todavía no se ha terminado, nena —le pareció oírle escuchar.

El consolador que tenía alojado en el trasero desapareció y al momento siguiente, el todavía duro miembro de su maestro ocupó su lugar, hundiéndose lentamente en su trasero, arrancándole el aliento mientras temblaba todavía presa del primer orgasmo. Él empezó a moverse de nuevo, largas y profundas estocadas que movían su cuerpo en la cama y hacían que remontase ola tras ola incapaz de encontrar el aire necesario para respirar.

Comenzó empujando con suavidad, su polla abriéndose camino en su preparado trasero, volviéndola loca mientras una mano se deslizaba ahora entre sus piernas y empezaba a jugar con su abandonado clítoris.

La montó sin piedad, el sonido de la carne golpeando con la carne se unió a sus propios gritos, a la urgente necesidad que de nuevo volvía a barrer sobre ella como un huracán, la poseyó como si su cuerpo fuera suyo y solo obedeciese a sus demandas.

—Solo un poco más, dulzura —escuchó entre sus propios jadeos—, déjate ir, no lo contengas...

Su cuerpo estaba en llamas, se contorsionó, tiró de nuevo de las restricciones y gimió mientras la follaba con fuerza, cabalgándola sin piedad y construyendo un nuevo orgasmo al que no creía poder sobrevivir.

—Maestro Logan... señor... oh señor...

—Grita para mí, Sio —le dijo al oído—. Grita para mí.

Gritó cuando el nuevo orgasmo se precipitó por ella, gritó hasta que le dolió la garganta, hasta que sus pulmones empezaron a protestar por falta de aire y su cuerpo sucumbió por completo a la liberación de su amante.

—Buena chica —le pareció escuchar en algún momento después, su cuerpo totalmente saciado, incapaz de mover un solo músculo y escuchando a lo lejos el tintineo de cadenas—. Despacio, espera... así...

Se estremeció cuando algo caliente se envolvió a su alrededor, algo cálido y mullido que olía a hombre.

—Shh —escuchó en su oído—. Descansa un poco, después continuaremos.

## CAPÍTULO 13

—Entonces, ¿tu marido fue el que te introdujo en este estilo de vida?

Miró a Logan y asintió.

—Él podía ver más allá de mi misma —comentó—. Fue un buen amo, un fantástico marido y sobre todo un buen amigo. No me exigía nada a menos que pensara que era necesario. Me ayudó a dejar todo aquello atrás... y entonces, mi pasado volvió dispuesto a terminar con todo.

Lo miró y se lamió los labios.

—Deduzco que sabes más de lo que te dije sobre lo ocurrido.

No lo negó.

—Quería saber si había algún motivo o relación con el asalto, pero dudo que tenga nada que ver.

—Leo está muerto... y mis pesadillas, con él.

—Eres más fuerte de lo que puedes llegar a pensar —aseguró mirándola a los ojos—, y al mismo tiempo posees esa fragilidad que solo tiene una verdadera sumisa.

—Puedo hacerte yo una pregunta, señor —intentó seguir el protocolo que conocía, uno que llevaba tiempo impreso en su alma.

—Claro, pregunta.

—He notado que... bueno, creo que se nota cuando un Dom tiene experiencia... —se lamió los labios—. ¿Hace mucho que estás en este estilo de vida?

—Siempre he tenido una vena canalla —le guiñó el ojo—, pero este estilo de vida empezó a interesarme en la academia de policía. Conocí a alguien que estaba metido en este mundo y fue mi mentor —aceptó y le dedicó un guiño—. Me tendió una mano en el momento que más lo necesitaba y me dio una vía de escape. Le conoces bien ya que se trata del Amo Fire.

Pareció sorprendida por sus palabras, pero se limitó a asentir.

—Él fue un buen amigo de mi marido y después... bueno, cuando vine a Nueva York se convirtió en algo así como mi guardián.

—¿Por eso te ha castigado con el club?

Puso los ojos en blanco y optó por cambiar de dirección.

—¿Y tú? ¿Puedo preguntar si has estado casado?

—Poco más de un año, entonces me divorcié —aceptó tan tranquilo, dejándola salirse con la suya—. Mi ex esposa era una auténtica hija de puta y créeme cuando lo digo es por conocimiento

de causa.

Su franca respuesta la llevó a arrugar la nariz.

—Acabábamos de mudarnos a Columbia, dónde me destinaron, y se pasó el primer año de nuestro matrimonio tonteando con todo tío que se le ponía por delante —hizo una mueca—. El colmo fue que intentase seducir a Cam.

—¿A Camden?

Sonrió divertido.

—Sabía que éramos amigos. Joder, si estuvo en nuestra boda —sacudió la cabeza—. Él la rechazó y ella, despechada, me vino con el cuento de que el chef andaba detrás de ella, que no la dejaba en paz y la acosaba... Al día siguiente de tan rimbombante declaración, hice las maletas y me fui a un hotel. Una semana después le dejé la demanda de divorcio encima de la mesa de su oficina.

—No la querías...

Las palabras emergieron de su boca sin poder evitarlo.

—Lo siento, ha sido un pensamiento en voz alta. No es de mi incumbencia...

—Está bien, Sio. La realidad es que no, no la quería —se encogió de hombros—. Pensé que lo había hecho al principio, le pedí que nos casáramos porque creía que era lo correcto... pero todo resultó ser un error. Lo nuestro fue... bueno, había atracción sexual, nos entendíamos genial en la cama y supongo que también era por comodidad.

Se encogió de hombros y concluyó:

—Pero no era la indicada.

—Entiendo —aceptó en voz baja y le miró—. Imagino que después de eso, no has vuelto a tener contacto con ella.

Su respuesta tardó en llegar, pero cuando lo hizo parecía un poco tensa.

—La última vez que la vi con vida fue en la oficina del abogado, después de que accediese a firmar los papeles del divorcio —comentó con voz lejana—. La vez siguiente a esa... estaba muerta, la aguja que le causó la sobredosis todavía colgaba de su brazo.

Se sobresaltó.

—Dios mío... ¿cómo es posible?

La miró e hizo una mueca.

—Las personas eligen su propio camino, algunas saben seguir adelante solas y otras... no.

Su voz dejaba traslucir cierto grado de responsabilidad.

—Lo siento, señor.

Él la miró y le acarició el rostro.

—Sabes, esa situación no fue agradable —le confesó—. En momentos así te sientes culpable, piensas que, si hubieses obrado de otra forma, las cosas habrían sido distintas. Pero la realidad es que cada persona elige su propio camino y es responsable de sus propias decisiones, no de las de los demás.

Y esa era una verdad indiscutible, una que ella misma había descubierto con el paso del tiempo, una que se había obligado a tatuarse en el corazón y en el alma para poder seguir adelante.

—Sabias palabras —murmuró.

Sonrió y le retiró el pelo del rostro.

—De vez en cuando soy capaz de encontrar la iluminación —se burló—. Es parte de mi

trabajo.

—¿Los detectives de homicidios necesitan iluminación?

—No, pero algunas sumisas sí necesitan que se las ilumine para saber cómo tienen que complacer a sus Doms.

Y para que no le quedase ninguna duda de sus palabras, se dedicó a hacer precisamente eso, servirle de iluminación.

## CAPÍTULO 14

Camden traspasó la puerta principal, el sonido de la televisión se escuchaba de fondo. A juzgar por el murmullo, su compañero debía estar viendo alguna película. Empezó a caminar hacia allí, siguiendo su usual rutina, pero se detuvo al escuchar la suave voz femenina. Sio llevaba ya tres días viviendo en su hogar, tres días en los que apenas la había visto en un par de ocasiones por decisión propia. Se había ido incluso antes de que la chica se levantase y cuando volvía, ella solía estar ocupada con Logan o alguna otra cosa, lo que le permitía escabullirse a su propio piso sin tener que dar explicaciones.

Hoy, sin embargo, ambos estaban en el salón de juegos de la planta baja viendo una película a jugar por los sonidos que surgían de la habitación.

—Eso es asqueroso —escuchó reírse a Sio—. Por favor, ¿cómo puedes ver esto?

Sonrió sin proponérselo, conociendo a Logan habría puesto alguna de sus películas de terror favoritas y estaría chantajeando a la muchacha para verla.

Le dio la espalda al sonido y caminó hacia el pasillo que conducía a su propia planta independiente. Sin embargo, su amigo parecía estar más atento a su llegada de lo que él había pensado, ya que bajó el sonido de la televisión de modo que escuchase su voz.

—¿Cam? ¿Eres tú?

Respiró profundamente, el poli le había permitido escapar las jornadas anteriores, pero sabía que había sido nada más que un momentáneo indulto.

—Sí —contestó—. Voy de retirada. Buenas noches.

Sabía que había sido seco, pero ahora mismo necesitaba espacio, no tenía ganas para enfrentarse a esos dos, como tampoco quería ver a Siobhan.

Se perdió en la primera planta de la casa dual, al contrario que el estilo rústico que prefería Logan, la decoración de su hogar era bastante vanguardista a la par que cómoda. Atravesó el abierto salón, se quitó la chaqueta y los zapatos dejándolos tirados sobre la alfombra y encendió el equipo de música. Solo quería tirarse un rato en el sofá, desconectar y por último meterse en la cama. Hoy había sido un día muy largo.

Se dejó caer cuan largo era, cerró los ojos y suspiró. Si tan solo los recuerdos pudiesen apagarse de la misma manera que se apagaba el interruptor de la luz, quizá las pesadillas no invadieran sus momentos más bajos.

El calorcillo de la calefacción empezó a adormecerlo y con el sopor llegaron de nuevo las

pesadillas.

Ese día también había llegado tarde a casa, el coche se le había estropeado y Elena le había hecho el favor de traerle. Su entonces ayudante de cocina se había convertido en una buena amiga, de hecho, la chica había estado saliendo con Logan, pero la relación no había funcionado; eran demasiado distintos.

Se había despedido de ella con un inofensivo beso en la mejilla, se había reído de algún comentario y había cerrado la puerta del coche para verla marchar antes de subir los peldaños que llevaban al adosado en el que vivía con su esposa desde hacía dos años.

No sabía si fue la providencia o una simple casualidad el hecho de que Logan le llamase al teléfono en ese mismo momento para decirle que estaba por la zona e iba a recogerle en quince minutos para ir a tomarse algo. Su amigo sabía que había estado teniendo problemas con su mujer, de hecho, si estaba a punto de entrar en casa y no se había ido directo al bar era porque todavía pensaba en que podía salvar su matrimonio.

¿Cómo era posible que cambiase tanto una persona en dos años? De la dulce y divertida mujer que había conocido en una noche de fiesta no quedaba nada. Del amor y la pasión que habían compartido solo quedaban rescoldos y de un tiempo a esta parte, los celos se habían colado en la mente femenina llenándole de acusaciones sin sentido.

Acordando verle en quince minutos en el portal, entró en su hogar solo para encontrarse con aquella que había jurado amar, cuidar y proteger en medio del salón, pegada a la ventana. Tenía los ojos rojos por haber llorado, las manos apretadas en sendos puños debajo de las largas mangas de una bata de seda que le había regalado él las pasadas Navidades.

—Sigues viéndola...

*Otra vez no*, pensó con hastío. Dejó la chaqueta a un lado y levantó la mirada hacia su mujer. Iba a empezar una nueva pelea y no tenía ni fuerzas ni ganas para enfrentarse a ella.

—Susan, no empecemos otra vez con lo mismo.

Ella lo miró dolida, sus ojos siempre reflejaban sus estados de ánimo, así como mostraban abiertamente su vena egoísta.

—¿Qué no empecemos con lo mismo? ¡Te has bajado del coche de tu amante delante de nuestra casa! —gritó alzando la voz—. ¡Estás destruyendo nuestro matrimonio! ¡Me estás destruyendo!

Negó con la cabeza, era imposible hablar con ella cuando se ponía así.

—Logan vendrá dentro de quince minutos, voy a salir a tomarme una copa —le avisó.

—¡Logan! ¡Siempre Logan! —escupió avanzando hacia él—. ¡Él es el único que quiere apartarte de mí! No le gusto, nunca le he caído bien y sé por qué. Oh sí, Camden, lo sé muy bien.

No se molestó en mirarla, ni siquiera quería escucharla. Ya no tenía fuerzas.

—Susan, estás viendo cosas dónde no las hay.

Notó sus pequeñas manos en el brazo antes de que tirase con desesperación de su camisa para llamar su atención.

—¡No me des la espalda cuando te hablo! —gritó desesperada—. ¡No me la des! ¿Por qué insistes en hacerme esto, Camden? Yo te quiero, amor, te quiero.

Procuró calmarla, buscar un resquicio de tranquilidad.

—Y yo te quiero a ti. —Intentó hacerla comprender, aunque últimamente esas palabras ya no tenían la misma fuerza de antaño, no las sentía tan verdaderas—. Pero no podemos seguir así,

Susan. No podemos...

—Dime que no me vas a dejar por ella —tironeó de su manga con desesperación—. Dime que no lo harás... yo... yo puedo perdonarte. No me quejaré, no diré nada, pero por favor, no la veas más.

—Su, no estoy viendo a nadie —insistió—. Cariño, no hay nadie más...

Pero ella le empujó y dio un paso atrás.

—Sí, sí la hay... ella... a ella nunca la has olvidado... —lo acusó y esta vez no pudo defenderse—. Ágata siempre se interpondrá entre nosotros, cuando me dejas vas a en su busca, lo sé... ¡sigues enamorado de ella! ¡De esa perra!

—¡Basta! —se enfrentó con su esposa—, no te permito que hables así de ella.

—¿Qué no me lo permites? —se echó a reír como una loca—. ¡Eres mi marido y suspiras por una desahuciada! ¡Ojalá y se muera de una maldita vez!

Su primera reacción fue cruzarle el rostro de una bofetada, pero no lo hizo. Nunca cedería a algo tan bajo, nunca cometería un acto tan atroz contra una mujer por muy loca que esta estuviese.

—No se puede hablar contigo —declaró y la dejó para ir a cambiarse.

—¡Camden! ¡Camden no me des la espalda!

La ignoró, ni siquiera se molestó en escucharla.

—¡No puedes dejarme! ¡La mataré, me oyes! ¡La mataré yo misma!

Cerró los ojos y respiró hondo. No podía seguir así más tiempo, Logan tenía razón, era hora de buscar un especialista e internarla si hacía falta, no podía dejar que se siguiese destrozando de esa manera, que los destrozase a ambos.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Cuándo había empezado a actuar de esa manera?

La enfermedad de Ágata los había cogido a todos por sorpresa, había sido un enorme e inesperado mazazo, especialmente porque ella había mantenido oculta su condición hasta que ya no fue posible esconderlo. El cansancio, el progresivo deterioro, todo había estado ahí y no había sido capaz de verlo. Ella, de entre todas las personas era quién debería ser cuidada, mimada y querida y se había preocupado porque ninguno lo supiese para que no sufriesen. Pero, ¿cómo no sufrir cuando la persona que te había dado devuelto la vida estaba perdiendo la suya? En muchas formas, lo había rescatado del abismo y encauzado en el camino correcto, el que le llevó a su esposa, a la mujer que había sido en el principio y a la que había querido con locura.

¿Dónde estaba ahora esa mujer? ¿Cuándo había dejado de verla como el amor de su vida? ¿Cuándo se habían convertido en extraños, en enemigos? ¿Había estado tan concentrado en sí mismo y en dar forma a sus sueños que la había perdido por el camino?

Miró a la mujer que estaba ante él y, por primera vez en mucho tiempo, se dio cuenta que no sentía por ella otra cosa que lástima.

—Susan, por favor, ya es suficiente —intentó dialogar con ella una última vez—. Los vecinos terminarán quejándose otra vez.

—¡Me importan una mierda los vecinos! —gritó—. ¡Que se metan en sus jodidos asuntos!

Sacudió la cabeza, ignoró sus protestas, sus acusaciones y se cambió para volver sobre sus pasos. Estaba cansado, más cansado de lo que creía posible. No podía seguir así, tenía que poner un punto y final a esa situación por el bien de los dos.

Cruzó el salón y escuchó el claxon del coche.

—Es Logan —le informó—. No me esperes levantada...

—¡No puedes irte con él! —clamó y acompañó sus palabras con un lanzamiento intensivo de objetos—. ¡Eres mío!

Se giró y la vio con los ojos abiertos de par en par y mirada enloquecida.

—¡No lo permitiré! —chilló de nuevo—. ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no me doy cuenta de cómo le miras? Esa zorra te ha vuelto en mi contra, te ha metido ideas absurdas en la cabeza. ¡No es el orden natural de las cosas!

Apretó los dientes.

—¡Basta! —alzó también la voz, asustándola—. Si vuelvo a oírte decir una sola palabra más, saldré por esa puerta y no volveré a entrar jamás.

No lo haría, ni siquiera él era tan hijo de puta como para abandonar a una mujer de esa manera, pero por dios, tenía que hacer algo, no podían seguir así. Con todo, sus palabras trajeron el inmediato llanto, el recurso al que siempre recurría en esas situaciones.

—No, no, no, no —se tiró a sus pies—. No, amor, por favor. No... no lo volveré a hacer, te lo prometo. Lo siento... dios, lo siento...

—Cariño, no puedes seguir así —se agachó para recogerla del suelo—. Susan, esto tiene que acabar. No podemos seguir así. Déjame ayudarte, déjame...

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla.

—Quieres dejarme, ¿verdad? —musitó ella. Entonces dio un paso atrás—. La prefieres a ella, siempre la has preferido, lo sé.

—Su, sabes que eso no es verdad —intentó calmarla—. Tú eres mi esposa...

—¡Una esposa a la que siempre dejas sola! —le reprochó, empujándole, apartándose de él—. ¡Una esposa a la que odias! ¡Una esposa que nunca ha estado a la altura de tu Ágata!

Hizo una pausa para recuperar el aire.

—Pero está bien... sí, lo entiendo —continuó con su monólogo, le dio la espalda y empezó a pasearse por el salón—. Siempre seré la segunda en tu vida, la reserva en tu corazón... es a ella a quién amas...

—Susan, eso no es así...

—Así que, ¿por qué no terminar ahora mismo con esto? —murmuró de espaldas a él—. Terminemos ahora y quizá entonces puedas entender lo mucho que te quiero... Nos volveremos a encontrar... y entonces seré la única para ti, ¿verdad?

Camden no tuvo tiempo de registrar sus palabras cuando se giró hacia él y lo encañó con una pistola.

—Sé que ahora no puedes amarme, pero lo harás —le decía mientras avanzaba hacia él con mano temblorosa—. Yo haré que me ames y entonces estaremos juntos para siempre.

Tragó incapaz de creer lo que estaba pasando.

—Susan, ¿de dónde has sacado esa arma? —jadeó—. Cariño, baja esa pistola, por favor...

Sonrió, una sonrisa dulce que contrastaba con la locura que bailaba en sus ojos.

—Te quiero Cam.

El horror se reflejó en su voz cuando vio como el cañón del arma giraba hacia sí misma.

—¡No!

El primer disparo reverberó en la casa, un ardiente dolor se incrustó en su hombro mientras su cuerpo chocaba bruscamente con el de ella en un intento por quitarle el arma e impedir que se matase.

—¡Camden! —la voz de Logan llegó al mismo tiempo del exterior—. Oh, joder... ¡Susan!  
¡Cam!

—¡No! —gritaba ella bajo él, luchando por recuperar el arma—. ¡Ella no te tendrá! ¡Ni Ágata ni Logan! ¡Ninguno te tendrá!

—Suéltala. Por amor de dios, Susan, suéltala...

—¡Camden!

—¡Susan!

—¡Eres mío!

Un nuevo disparo reverberó en la sala cuando su mano se cerró alrededor del arma en un desesperado forcejeo, algo húmedo empezó a empaparle la mano, pero no procedía de él.

—¡Camden! ¡Cam!

Logan resbaló por el suelo, lanzándose sobre él, separándolo del cuerpo sangrante que se moría ante él.

—Su... dios mío... oh señor... Susan... —intentó liberarse de las manos que lo sujetaban—. Su, no... Maldita sea, no nena...

—Joder —el jadeo de su amigo le acompañó cuando la recogió del suelo, sujetándola en sus brazos, sintiendo como se le escapaba la vida.

—Te lo dije... —musitó ella entre estertores—, te lo prometí en el altar... hasta que la muerte nos se...pa...r...

Sus ojos se abrieron una nueva vez con gesto desmesurado, el aire pareció faltar de sus pulmones y entonces, la vida la abandonó.

—¿Su? ¿Susan? ¿Nena?

Pero ella nunca respondió. Nadie le dijo por qué había pasado aquello, nadie le dijo que era una pesadilla y que despertaría viendo que eso nunca había ocurrido en realidad. El peso del arma en su mano era todo lo que sentía, un mudo recordatorio de que él había sido quién la había matado. Cuando había conseguido quitarle el arma e iba a alejarla, ella le había cogido la mano y la pistola se disparó llevándose la vida de su esposa.

Sangre, gritos, el sonido del disparo, el olor del humo, su nombre en labios de su mujer, repitiéndose una y otra vez, una y otra vez...

—Camden, Cam, despierta...

La había matado...

—Camden, estás teniendo una pesadilla... Cam...

Estaba muerta y él había apretado el gatillo.

—Camden...

Abrió los ojos de golpe, jadeó en busca de aire, los recuerdos todavía presos en sus pupilas apenas le dejaban ver el rostro que estaba sobre él. Era una mujer, unos ojos claros que lo miraban con preocupación.

—Cam, ¿estás bien?

Las palabras surgieron de su boca, un eco de sus pesadillas.

—La maté.

Ella parpadeó sin comprender.

—¿Qué?

—Maté a mi esposa —respondió con voz fría, presa del recuerdo—. La maté.

La sorpresa noqueó esos dulces ojos, los labios se separaron un instante antes de ver cómo se apartaba con gesto de incredulidad. Su expresión lo espabiló por completo, se incorporó de golpe en el sofá y vio a Siobhan a su lado, mirándole entre sorprendida e incrédula.

—Vete.

Ella parpadeó, mirándole sin comprender.

—Camden...

—¡Fuera!

Gritó dando un paso hacia ella y haciendo que esta retrocediese a su vez. Sus ojos se llenaron de miedo y horror, tropezó con sus propios pies hasta terminar cayendo al suelo con un quejido.

—Yo... yo solo...

—¡He dicho que te vayas! —bramó asustándola aún más.

Sus ojos se abrieron mostrando un atronador miedo y sus labios emitió un nuevo quejido, pero eso no evitó que se las ingeniase para alejarse de él a gatas, incapaz de levantarse.

El terror en sus ojos lo devolvió a la realidad, a la mujer que reptaba por el suelo intentando huir de él.

—Jesús —masculló dándose cuenta de lo que había provocado—. Siobhan.

Cuando hizo ademán de caminar de nuevo hacia ella, la vio sobresaltarse, levantar las manos para cubrirse al tiempo que gritaba.

—¡No me toques!

Aquello fue como un puñetazo en el estómago.

—¿Siobhan? ¿Camden? ¿Qué pasa ahí arriba?

Siseó en voz baja.

—Logan, ¡trae tu culo aquí ahora mismo!

Ella no le dejaría acercarse, lo miraba como si estuviese viendo un monstruo; necesitaba a Logan.

—Siobhan... Sio...

—¿Qué coño pasa aquí? —llegó Logan. Echó un rápido vistazo y se inclinó sobre la muchacha que ya extendía los brazos hacia él—. Pero qué... ¿Qué coño le has hecho?

—Di-dijo que ma-mató a su esposa —musitó ella sin dejar de temblar—. Es-estaba gritando... quería des-despertarle... no... no iba a hacerle daño... pero... dice que mató a su esposa.

Se le encogió el corazón ante la voz temblorosa de la chica.

—Serás capullo —siseó su amigo mirándole por encima de la cabeza de la pequeña sumisa—. ¿Es que no vas a dejarlo ir nunca? ¡Maldita sea, Camden! ¡Esa zorra estuvo a punto de matarte! ¡Fue un jodido accidente!

Miró a la muchacha, no podía dejar de mirarla.

—No... no sabía que era ella, no la escuché subir —se justificó, su rabia dirigida ahora a su amigo—. ¿Qué coño hacía aquí?

Logan resopló.

—La envié yo, pedazo de imbécil —replicó sacudiendo la cabeza—. Llevas evitándola los últimos putos días. ¿Tienes idea de lo que ella piensa de...?

—Basta —musitó Siobhan—. Los dos... basta.

Su tono de voz todavía era tembloroso, pero se las ingenió para superar su miedo inicial y

poner fin a la contienda entre ellos.

—Debería de meterte yo un tiro en el culo para que sepas lo que es que te peguen un tiro —replicó Logan visiblemente cabreado—. Y tú, ¿a quién piensas que estás dando órdenes?

Aquello pareció espabilarla del todo.

—¡Ni se te ocurra levantarme la voz, Logan Cooper! —exclamó haciéndolo ella—. Hice lo que me pediste y él casi me mata del susto —se giró ahora hacia él—. ¿Qué mierda es eso de que has matado a tu esposa?

—No la mató —repuso el poli con un gruñido—. Fue un puñetero accidente.

—Accidente o no, está muerta.

—¡Mejor ella que tú, imbécil! —clamó Logan—. ¿Cuándo te meterás en esa jodida cabeza, Camden, cuándo? No puedes pasarte toda la vida culpándote por algo que no habrías podido evitar.

La desesperación era palpable en la voz de su amigo, no lo había visto así desde aquel día en el que todo se había ido a la mierda.

Se levantó llevándose consigo a Sio en el proceso, solo entonces la cogió de la cintura y la empujó hacia él, enviándola a sus brazos.

—Explícaselo —lo amenazó con un dedo—, cuéntale lo ocurrido. La verdad. Por una vez en la vida, saca la cabeza del culo y acepta lo que tienes delante. Ella puede ayudarte, Camden, enséñale a hacerlo.

Dicho eso miró a Siobhan, quién se había quedado rígida en sus brazos.

—No importa lo que diga, cariño, él no la mató —añadió Logan en voz alta—. Puede ser un capullo integral y joder hasta los condones con las relaciones, pero no es un asesino.

Sin una palabra más, giró sobre sus propios pies y se marchó por dónde había venido dejándolos a los dos solos y conmocionados.

## CAPÍTULO 15

*Maté a mi esposa.*

Las palabras resonaban en la mente de Siobhan mientras seguía en presencia de Camden. La había hecho sentarse en el sofá, había servido dos copas de licor y le había ofrecido una mientras se bebía la suya de golpe.

La revelación la había sorprendido, pero había sido su estallido de furia lo que la había hecho temerle. Durante un breve instante revivió su pasado, los gritos y las amenazas que le profería Leo y su cuerpo solo reaccionó. Había sido el dolor en sus ojos, la tensión en su voz mientras discutía con Logan la que consiguió traerla de vuelta y verle a él y no un eco de su pasado.

Camden estaba sufriendo, lo sabía porque ella misma había conocido tal padecimiento, una emoción que podía destrozarse con una facilidad pasmosa. Se necesitaba de coraje, fortaleza interior y un fuerte apoyo además de la capacidad de perdonarse a uno mismo para poder salir de ese túnel y emprender de nuevo el camino.

—¿Estás bien? —La pregunta emergió de sus labios de forma involuntaria. Vio la sorpresa y la incompreensión en sus ojos al mirarla, así como un atisbo de culpabilidad.

—Eso debería de preguntártelo yo a ti —respondió tomando asiento en el borde de la mesa del café—. Te he dado un susto de muerte.

Se lamió los labios y ladeó la cabeza.

—Sigo viva, así que de muerte no —replicó en voz baja. Los labios masculinos se curvaron unos milímetros.

—Lo siento —se disculpó una vez más—. No estoy acostumbrado a que me despierten de mis... pesadillas.

—Sé por experiencia lo que pueden hacer las pesadillas —aceptó levantando la mirada para encontrarse con la suya—. Siento haberme asustado así, es solo... traje al presente algunos recuerdos que están mejor en el pasado.

—Estamos realmente jodidos, ¿no? —comentó con desgana—. Ambos tenemos equipaje más que suficiente para llenar la bodega de carga de un transatlántico.

—He aprendido que suele aligerarse bastante cuando hablas de ello, cuando lo compartes con alguien que sepa escuchar —insistió ella lamiéndose los labios. Ni siquiera sabía por qué quería escuchar lo que tuviese que decir, pero quería hacerlo, si podía aliviar su carga de algún modo, quería intentarlo—. Tú ya sabes cuál es mi equipaje... ¿qué tal si me hablas del tuyo, *señor*?

La miró, parecía estar batallando consigo mismo.

—¿Qué te hace pensar que hablar de mi pasado contigo puede ayudar en algo? —replicó hastiado—. ¿Piensas que puedes hacer algo más de lo que ya han intentado psicólogos y psiquiatras?

Acusó sus palabras, pero les restó importancia, Camden era ahora mismo un animal herido, a la defensiva, listo para atacar.

—Posiblemente no, pero me lo debes por haberme tirado al suelo.

—Yo no te...

Levantó el dedo índice, señalándolo.

—Y me duele el costado.

Entrecerró los ojos.

—Así que exijo una compensación, *señor*.

Parpadeó.

—¿Exiges?

Se encogió de hombros.

—Es una forma de hablar.

—Una bastante maleducada para una sumisa —replicó él con ese gesto arrogante que la encendía.

Agitó las pestañas cual dulce damisela.

—Solo intento servirlos de la mejor manera que sé, señor.

Sacudió la cabeza, o se estaba dando por vencido o no quería seguir discutiendo con ella.

—Deberías ir a buscar a Logan —la sorprendió. La estaba echando, en verdad la estaba echando—. Te necesita ahora mismo más que yo.

Se obligó a mantener la voz neutral.

—No he sido yo el que lo ha herido, señor —replicó con suavidad—, y no es él quien me necesita.

Resopló. Esa era la primera vez que la escuchaba llamarle amo y era una sensación más placentera que detestable.

—Siobhan...

—Me has estado evitando —comentó ella—. Dime, ¿he hecho algo malo?

Su pregunta pareció cogerlo por sorpresa.

—No, no has hecho nada malo.

—Entonces, ¿por qué me alejas?

Sus ojos se encontraron.

—Por que podrías convertirte en algo que podría desear —declaró con franqueza.

Se mantuvo en silencio unos momentos buscando la mejor manera de acercarse a él.

—¿Qué le pasó a tu esposa?

Sus ojos se encontraron una vez más y él no dudó en responder.

—La maté.

Se lamió los labios y deslizó las manos sobre las de él.

—Logan dijo que no fue así —respondió acariciándole las manos—. Así que dime la verdad, por favor, señor.

—¿Quién te dice que esa no es la verdad?

—Porque si lo fuese, no serías el único asesino en esta habitación —declaró sin apartar la mirada—. Mi marido murió por mi culpa, Maestro Camden. ¿Lo maté yo? No.

Él no vaciló.

—Mi mano fue la que empuñó el arma.

Se obligó a permanecer estoica.

—¿Querías matarla?

—Dios, no...

Asintió despacio.

—Entonces, no fuiste tú quién la mató —declaró con una seguridad que ni siquiera sabía de dónde había salido.

Lo vio soltar un profundo suspiro.

—No vas a darte por vencida, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—No, señor, no lo haré.

Resopló, bajó la cabeza como si estuviese buscando las fuerzas que necesitaba y empezó a hablar.

—Se llamaba Susan y, hubo un momento, en que creía que era todo lo que necesitaba para que mi vida estuviese completa.

Camden se sentía extraño. Por primera vez en mucho tiempo se sentía en cierto modo un poco más ligero, como si hablarle a esa pequeña sumisa de su pasado le hubiese ayudado. La miró y se encontró con sus ojos sobre él, serena, silenciosa, le había escuchado sin interrupción, sirviéndole de soporte. Solo cuando había hecho alguna pausa había aprovechado para hacer alguna mención sobre su relato, pero no había acusación alguna en su voz; algo extraño en una mujer.

—Deberías irte —las palabras salieron de su boca sin pensar y vio la inmediata reacción en sus ojos. Sorpresa, titubeo y ¿desencanto?

Se lamió los labios como si buscase fuerzas para continuar y habló.

—A Nathan, mi marido, siempre le sentaba bien un baño después... de un día complicado —comentó eligiendo las palabras con estudiado cuidado—. Ya que una de tus... peticiones... es que comparta la ducha contigo, quizás podrías... querer hacerlo ahora, señor. Sé a ciencia cierta que el agua caliente relaja.

La miró, la vacilación acudió a sus ojos, pero la terquedad de su barbilla decía otra cosa, lo desafiaba a negarle su petición.

—La puerta de la izquierda —le indicó con un gesto de la barbilla—. Adelántate.

Su mirada pareció iluminarse durante un breve instante.

—Sí, señor.

Vio como giraba sobre sus talones y buscaba la puerta indicada para luego dirigirse hacia esa sección.

—Sumisas —musitó en voz baja, sacudiendo la cabeza.

Debería enviarla abajo, devolvérsela a Logan, pero maldito fuera, su presencia le había reportado una tranquilidad que no había tenido en mucho tiempo.

Sacudió la cabeza una vez más y echó un nuevo vistazo a su habitación. Esa pequeña gacela era la primera mujer que ponía un pie en su territorio, mientras a Logan le daba lo mismo meter a las mujeres con las que se acostaba en casa, él prefería mantener sus esporádicas relaciones en clubes, fiestas privadas o muy excepcionalmente, en el Purgatorio, pero no en su hogar, no dónde él podía permitirse ser él mismo.

—Y ahora esa gatita te está preparando un baño —bufó ante la ironía de todo ello. Chasqueó la lengua y caminó hacia la puerta escuchando ya el correr del agua.

Una buena pregunta sería, *¿por qué demonios estaba haciendo eso?*, pensó Siobhan.

Camden no era Logan, sus maneras eran más serias, su acento todavía tenía ese deje irlandés que también conservaba ella, pero mucho más diluido, de hecho, solo salía a la luz cuando se enfadaba o se sumergía en los recuerdos.

«*Maté a mi esposa*».

La sola frase era suficiente para que cualquiera se preocupase, pero su compañero de vivienda no la habría dejado sola con él, no se la habría impuesto en realidad, si no creyese que estaba a salvo. En cierto modo, las últimas palabras que le dedicó fueron como una súplica, una que le pedía que lo entendiese, que viese más allá de lo que había a simple vista. Teniendo como referencia sus propias experiencias, merecía ser escuchado.

Sacudió la cabeza y comprobó la temperatura del agua, no sabía si le gustaba más caliente que fría, así que optó por una temperatura intermedia que podría cambiar a su antojo. Se giró para ver dónde podía conseguir unas toallas, pero todo lo que pudo hacer fue contener el aire al verle allí, de espaldas a ella, terminando de desnudarse.

—Quítate la ropa.

No fue una petición, fue una orden y no esperaba discusión alguna puesto que pasó delante de ella, estiró el brazo al interior de la ducha y comprobó la temperatura del agua para luego entrar en el amplio habitáculo. El vapor empezaba a teñir de humedad el mosaico de cuadros de distintas tonalidades de marrón que contrastaba con los azulejos, mucho más claros, del resto del baño. Dos lavabos independientes, una bañera, un par de repisas y suficiente zona de almacenaje dotaban a la estancia de un aspecto a moderno spa. Con todo, era incapaz de quitarle los ojos de encima al desnudo cuerpo que tenía ante ella, por no mencionar el erecto y grueso pene que apuntaba hacia delante sin vergüenza alguna.

—Siobhan.

Su nombre fue como un pequeño latigazo, parpadeó un par de veces y notó como se sonrojaba hasta la médula al percatarse de que él la estaba mirando.

—A menos que tengas la extraña costumbre de asearte con la ropa puesta —le recordó y señaló el taburete al otro lado de la habitación—, puedes desnudarte y dejarla allí.

—Sí, señor —murmuró—. Lo siento, señor. Estaba...

¿Qué? ¿Mirándole la polla absorta? Sí, ya podía imaginarse lo bien que sonaba eso en voz alta. La manera en que clavó los ojos en ella y enarcó la ceja fue suficiente advertencia para que optase por no continuar la frase.

—Sí, señor.

El quitarse la ropa no debería haber sido tan intimidante, especialmente dado el hecho de que él ya estaba desnudo y en la ducha, con el agua corriendo sobre su cuerpo. La dejó doblada en el lugar y, tras tomar una profunda bocanada de aire, se dio la vuelta y caminó hacia la ducha.

—Hoy será una excepción —comentó sin mirarla siquiera, estaba ocupado examinando los champús y geles que había en la repisa—, pero a partir de mañana, te quiero aquí, con un albornoz y lista para empezar el día.

Parpadeó y se quedó inmóvil cuando por fin se giró hacia ella. Su mirada era abiertamente sexual, no se andaba con subterfugios, había deseo en esos ojos el mismo que evidenciaba su dura y palpitante erección. Levantó la mano y la llamó con el dedo, indicándole que continuase.

—Entra, Siobhan —la invitó a ello y acto seguido le indicó el gel escogido y una esponja que esperaban sobre un lado de la repisa—, veamos lo bien que se te da bañarme.

Cogió la esponja y, tras pasarla por el agua y aplicar un poco de jabón, formó una cantidad suficiente de espuma para empezar aquella sensual y erótica escena. Diablos, metidos en un espacio tan reducido, él parecía incluso más grande de lo que ya era.

—Um... si puedes meterte un momento debajo del chorro del agua —señaló un poco incómoda—. No... no le llego a la parte de arriba.

Y era verdad, la columna estaba colocada a una altura que se le escapaba.

Una perezosa sonrisa curvó los labios masculinos y le otorgó un aire más desenfadado y menos serio.

—Y de entre todas las sumisas existentes, tenías que ser tú —murmuró dándole la espalda, se metió bajo el chorro del agua y se enjuagó, mojándose por completo, restregando el pelo corto con los dedos.

—¿Y eso que quiere decir? —No pudo evitar preguntar, aunque a juzgar por su tono de voz no sabía siquiera si lo había escuchado.

—Empieza, pequeña, que sea para hoy.

Frunció los labios, pero optó por mantener la boca cerrada y concentrarse en su autoimpuesta tarea. Deslizó la esponja sobre sus hombros y comenzó un ligero masaje en pequeños círculos. No era la primera vez que bañaba a un hombre, a Nathan le había gustado tener ese tipo de atenciones de vez en cuando y ella había disfrutado haciéndolo, pero Camden no era su marido. Su complexión, el tono de su piel, las pecas sobre sus hombros, así como los musculosos planos de su espalda hablaban de un hombre distinto.

*Uno que es un completo desconocido para ti*, se recordó. Este no era el niño que recordaba, era un hombre crecido y con una maldita aura de dominación que la dejaba temblorosa. Desde su manera de caminar, como si le perteneciese el mundo, pasando por la intensidad de su mirada o su presencia hablaban de la dominación, su piel no exudaba sudor sino testosterona y eso la ponía nerviosa y caliente al mismo tiempo.

Resbaló la esponja por su columna, procurando cubrir toda esa piel con la jabonosa loción, entonces vaciló unos instantes al llegar a ese duro y delicioso culo de duros glúteos, solo para recrearse un poco más de la cuenta.

—Creo que esa parte ha quedado impoluta, sumisa.

La risa contenida bordeaba sus palabras y la puso de un intenso color rojo con lo que acabó con sus piernas y tobillos en un abrir y cerrar de ojos.

—Ya... ya puedes aclararte —murmuró intentando que su voz no sonase estrangulada. ¿Qué demonios le pasaba? Jesús, nunca se había sentido tan caliente y tentada como en ese momento y todavía le faltaba la parte más interesante de su anatomía pensó con un bajo gemido.

—¿Va todo bien?

—Sí, perfectamente —se apresuró a añadir, entonces volvió a humedecer la esponja y la deslizó ahora por sus brazos y clavícula.

—Te aconsejo que empieces a llevar aire a los pulmones, pequeña, no es como si estuvieses buceando o algo. —El tono canalla seguía presente en su voz. Estaba claro que se lo estaba pasando pipa a su costa—. Vamos, respira.

Lo hizo. Dentro y fuera, dentro y fuera y mientras insultaba mentalmente a todos los santos que conocía o podía recordar por haberse puesto a sí misma en semejante situación. Su pecho era ancho, trabajado en el gimnasio, pero sin llegar a la complexión y musculatura del policía. Ambos eran atléticos, pero mientras Logan poseía la constitución de un armario, Camden era más estilizado, elegante en su enormidad y carecía del suave vello que cubría el pecho de su compañero de vivienda.

Dejó escapar un resoplido al entender su alusión al salón de belleza y la maldita depilación brasileña. Maldito capullo.

—Algo te ha molestado, ¿de qué se trata?

Levantó la mirada y se encontró con esos profundos y chispeantes ojos verdes.

—No es nada —negó y continuó bajando la esponja por sus abdominales, solo para que los fuertes dedos le rodeasen la muñeca deteniéndola en el acto.

—Inténtalo otra vez —declaró y su voz volvía a ser seria, escalofriante de una manera sexy.

—El Maestro Logan... um... me ha pedido algo y... me dijo que te pidiese el número de teléfono.

Eso lo hizo enarcar una ceja, no tenía la menor idea de a qué se refería.

—¿El número de teléfono de qué?

Maldito policía, pensó mortificada.

—Quiere... um... que me depile... ahí abajo —musitó en apenas un susurro.

Lo escuchó resoplar.

—Me gusta la idea —declaró sobresaltándola—. Te concertaré una cita para mañana.

Jadeó y se encontró con sus ojos, él parecía tranquilo.

—Eso va a doler —replicó con un bufido—. Mucho.

Sus labios se curvaron con pereza.

—Piensa en todos los beneficios que traerá consigo —le soltó sin más, entonces señaló de nuevo la esponja todavía en su mano—. No has terminado.

Bajó la mirada y se encontró con una más que feliz erección apuntando hacia ella. Se lamió los labios y se flageló a sí misma mentalmente antes de continuar con su tarea.

Resbaló la suave esponja alrededor de los oscuros pezones, continuó sobre los marcados, pero no exagerados abdominales y bajó esquivando a propósito el hinchido pene para continuar con sus piernas y duros muslos. Ese hombre era puro cemento bajo caliente piel, una maldita obra de arte si se lo preguntaban, una que la estaba poniendo más y más caliente.

—Te queda una parte —declaró dejando claro a qué parte en concreto se refería.

Se relamió sin darse cuenta y deslizó la mano equivocada, pero él no se quejó, dejó que lo

explorase y tantease el duro y grueso miembro bajo sus dedos. Ni siquiera se movió, tenía que tener una fuerza de voluntad increíble porque aquello estaba malditamente duro y parecía encantado de verla.

Un ligero carraspeo fue toda nota de advertencia. La esponja se ocupó entonces de seguir la estela que antes había trazado su dedo y bajó desde la cabeza hasta el recortado vello de la base y los pesados testículos; allí no se había depilado. ¡Ja!

Mordiéndose una frase nada halagüeña hacia los hombres y sus egos, terminó con su tarea y dio un paso atrás dejándole enjuagarse por completo.

—Ha sido sin duda interesante, pero preferiría que la próxima vez fuese un poquito más rápido, sobre todo porque por las mañanas no tengo tanto tiempo para jugar —replicó y, antes de que se diese cuenta de lo que estaba pasando, había soltado la esponja y se encontró con la pared pegada a los mojados azulejos—. Y no me estoy quejando, pequeña, por el contrario. Me has dejado tan caliente que necesito que termines el trabajo... de rodillas.

## CAPÍTULO 16

Camden la miró a los ojos y esperó. ¿Se negaría? ¿Le daría la excusa que necesitaba para enviarla de vuelta con Logan? No podía negar que ese maldito baño erótico lo había dejado más duro que una piedra y deseando más, por otro lado, sucumbir al placer y reclamar a esa pequeña sumisa podía ser también un error.

Ella no era como el resto, no buscaba solo un efímero momento de placer antes de pasar al siguiente, sus necesidades eran otras y ese hijo de puta de Brian lera consciente de ello cuando decidió ponerla en sus manos y en la de Logan.

Pero Siobhan volvió a sorprenderle cayendo a sus pies, el agua mojándola ahora también, empapando ese dulce y curvilíneo cuerpo que no había dejado de admirar. Los duros pezones lo atraían como bayas maduras, el suave triángulo entre sus piernas invitaba a ver que había más allá, a descubrir sus secretos. Bufó al recordar su previo comentario, el muy canalla de Logan la había puesto en un buen aprieto, uno que le gustaba más de lo que podía admitir.

Casi sin pensar, hundió los dedos en su pelo mojado y la obligó a levantar un poco la cabeza, poniéndola en la posición óptima para que la cabeza de su polla le acariciase los labios.

—Abre. —La instruyó y presionó suavemente contra ellos. No tuvo que ir mucho más allá en sus órdenes, esas carnosas y rosadas carnes se dividieron dejando que su lengua emergiese y le acariciase la gruesa cabeza con lentitud—. Buena chica.

Mantuvo la mano en su pelo, sujetándola allí dónde la quería, mirándola mientras los labios se cerraban alrededor de la hinchada cabeza y notaba su succión. Jugó con su miembro, lo lavó con la lengua y pellizó con los dientes la suave piel haciéndole respingar.

—Pequeña harpía traviesa.

Le pareció verla sonreír alrededor de su miembro, pero no le permitió seguir por ese camino, él era quién estaba al mando, quién daba las órdenes y le permitía hacer o no hacer algo. Presionó su carne más profunda en su boca, observando cómo se estiraban los labios y ella gemía al tragar un poco más de su longitud.

—Despacio, relaja la garganta —la instruyó, guiándola con la mano anclada en su pelo, empujando un poco más y deteniéndose cuando la sentía vacilar—. Así... suave... usa tu lengua.

Guiada por sus instrucciones, lo lamió, lo chupó en su boca y dejó que la penetrara un poco más gimiendo al hacerlo. Sus manos se elevaron hasta apoyarse en sus muslos, unos perezosos dedos se movieron entre sus piernas y le acariciaron los testículos arrancándole un gruñido.

—Te estás ganando un correctivo, pequeña.

Se retiró de su boca solo para dejar que ella lo lamiese como si fuese un caramelo, usando sus dedos, masturbándole antes de volver a introducirse en ella y empujar un poco más, retirándose y volviendo a empujar. Follarle la boca estaba resultando ser mucho más erótico de lo que podía haber imaginado, ver sus ojos oscurecidos por el deseo, sus labios hinchados y estirados alrededor de su miembro provocaba una excitación en su interior que lo ponía incluso más duro.

La tentación de hundirse una y otra vez en ella empezaba a rayar en lo peligroso, quería usarla de una manera física y egoísta, quería enterrarse en su boca, sujetarle la cabeza e impulsarse en su interior hasta correrse. No podía hacerlo, no estaba preparada para eso, no podía forzar la precaria confianza que podía haber existido en ese pequeño cuerpo después de escucharle hablar de su pasado de esa manera.

Se obligó a mantener el control un poco más, a empujarla, pero sin llegar a un punto en el que pudiese ser demasiado para la pequeña sumisa. Aferró con más fuerza su pelo, sabía que le estaba provocando un pequeño tirón, pero era mejor eso a follarle la boca como un loco. Cerró los ojos y dejó que el agua le bañase el rostro mientras esa dulce y hambrienta boca lo conducía poco a poco a la liberación que necesitaba.

—Más fuerte, chupa más fuerte.

Sus caderas se movieron involuntariamente, adelantándose, hundiéndose más en su boca y ella gimió solo para succionarle como le había pedido, más fuerte, llevándole más adentro, rompiendo con sus reservas y arrastrándole a la vorágine del inmediato deseo. Lo chupó con ahínco, disfrutando ella misma del acto, emitiendo pequeños gemidos que lo enardecían y ponían en serio peligro su contención. Jugó con la lengua, lo tomó para retirarse a continuación y retener solo la punta, era una gatita traviesa y sus travesuras hicieron que se corriese en su boca.

Le tiró del pelo sin poder contenerse, hundiéndose en ella, derramando su semen y obligándola a tragar hasta que no quedó ni una sola gota. Solo entonces se permitió retirarse de esa caliente cavidad, encontrándose con sus ojos llenos de lujuria.

—Eso ha estado bien, pequeña, muy bien.

Y lo había estado, vaya que lo había estado. No podía recordar una sola vez en la que se hubiese sentido como ahora y, lo más preocupante de todo, es que todavía no había terminado. Quería más, deseaba más y ella era la que iba a dárselo.

Tiró de Siobhan hacia arriba, tropezó con su cuerpo y la empujó una vez más contra la húmeda pared, la giró y retiró todos los botes de la jodida repisa de un manotazo antes de depositarla sobre esta.

—Pero ahora, es mi turno. —Dicho eso la besó en la boca. Un beso caliente, húmedo al que respondió al principio con timidez para luego enlazar su lengua a la suya—. Sabes a mí...

La sintió estremecer, sus ojos oscurecidos por el deseo.

—Sabes bien.

Sonrió ante la dulce respuesta y sacudió la cabeza.

—Me apuesto lo que quieras a que tú sabes incluso mejor —aseguró con tono bajo, sus ojos deslizándose una vez más por su cuerpo antes de que sus manos hiciesen lo propio y le acariciase los pezones—. Separa las piernas.

Notó su vacilación, lo que no hizo más que aumentar sus ganas de salirse con la suya. Le abrió las piernas todo lo que permitía el habitáculo y fijó la mirada en la de ella.

—Pon las manos en las rodillas —le ordenó. Esperó paciente a que obedeciese y cuando lo hizo asintió complacido—. Buena chica.

La vio lamerse los labios, estaba nerviosa, a pesar de haberle comido la polla no hacía ni unos minutos, estaba nerviosa, pero también excitada.

—Mantén las manos ahí y no cierras las piernas —la instruyó y, para que no le quedase ninguna duda al respecto añadió—. Si las cierras, no dejaré que te corras.

Sus caderas se sacudieron y escuchó como dejaba escapar un pequeño gemido cuando su lengua golpeó entre sus piernas, lamiendo su hinchado sexo mientras sus dedos encontraban el oculto clítoris. La lamió alrededor, jugando con sus dedos al mismo tiempo que la saboreaba, chupando y pellizcándole la tierna carne con los dientes, haciéndola jadear y arquearse bajo su boca. La sujetó, impidiéndole moverse mientras hundía la lengua en su interior, penetrándola todo lo profundo que podía hasta escuchar sus gritos.

La sorbió ruidosamente, gruñó y emergió de esa dulzura solo para ir ahora a por su hinchado clítoris y succionarlo con fuerza. Sus gemidos lo enardecían y hacían que se pusiese de nuevo duro. Deseaba comerla, devorarla hasta que se corriese en su boca, pero todavía no, primero quería degustar ese delicioso coñito que ahora tenía para él. Se agachó lo justo para empujar una de sus piernas con su hombro, arrastrándola un poco más hacia fuera, sujetándola abierta y en una posición que no le permitía hacer otra cosa que entregarse al placer.

La lamió con fruición, deslizó un dedo en su interior comprobando lo resbaladiza que estaba ya, haciendo que desease hundirse hasta la empuñadura en esa suave y mojada funda y follarla sin más. Jugó entre sus pliegues y utilizó su propia humedad llevándola hacia atrás entre sus nalgas, al pequeño rosetón oculto de su ano.

Notó como se retorció bajo él, pero no protestó, su dedo siguió jugando en la entrada para empujar y notar como se tensaba y emitía un bajo quejido.

—Sí... esto también va a ser mío —murmuró contra su sexo. Una promesa a sí mismo.

—Oh dios... señor... por favor...

La silenciosa gatita por fin decía algo coherente, pensó divertido.

—¿Por favor, qué gatita?

Su lengua volvió a sumergirse en ella, enloqueciéndola, haciéndola curvar.

—Ne... necesito... oh... dios...

Sopló sobre su suave y tierna carne.

—¿Qué necesitas, Sio? —siguió empujando al mismo tiempo el dedo en su trasero, la lengua en su apretado canal—. ¿Esto? ¿Quieres esto, pequeña?

Se arqueó bajo sus manos, lloriqueando.

—Señor... por favor...

Sus temblores le dijeron que la pequeña sumisa estaba a punto de correrse, que lo necesitaba con desesperación.

—Pídelo apropiadamente, Siobhan —la empujó—. Dime que es lo que quieres.

Se mordió el labio inferior, vio como lo hacía al levantarse y cernirse sobre ella.

—Yo... —se lamió los labios una vez más—. Quiero... te... te quiero a ti... por favor, señor.

Dejó que sus labios se curvaran muy despacio.

—¿Qué quieres de mí exactamente? —insistió, viendo cómo sus ojos oscurecidos por el deseo medio se cerraban. La necesidad bailaba con la vergüenza.

—¿Quieres mi pene enterrado en tu húmedo coñito? —sugirió y la acarició con los dedos para remarcar sus palabras—. ¿O quizás prefieres que juguemos por aquí? —le acarició ahora la entrada trasera.

—Señor, por favor... sí... —musitó, sus mejillas arreboladas—. Yo... lo que... lo que tú desees, pero por favor... te... te necesito.

Sonrió y se inclinó sobre sus labios.

—Y esa es sin duda una respuesta más que adecuada, pequeña sumisa.

Le rodeó la cintura con las manos y la arrastró hacia delante hasta que sus pies volvieron a tocar el suelo.

—Las manos sobre la repisa, piernas separadas —la instruyó y le dio un golpecito al tobillo para abrirla aún más—. Y grita lo que quieras.

Se condujo profundamente en su interior haciendo que se pusiese de puntillas, no le prodigó mayor cuidado o advertencia, después de todo estaba tan mojada que entró con asombrosa facilidad.

—Oh dios mío, Cam.

Escuchar su nombre en sus labios le resultó de lo más erótico.

—Sujétate, Sio —le susurró al oído—. Veamos qué tal se te da la monta.

Ella gimió, gritó y no dejó de hacerlo en toda la noche.

## CAPÍTULO 17

—Eres un cabronazo.

Logan levantó la mirada de los papeles que estaba ojeando a la mañana siguiente y enarcó una ceja.

—Espero, por tu bien, que la hayas tranquilizado, usado y saciado —le soltó—. Alguien tenía que darte una patada en el culo. Llevas demasiado tiempo cargando con una culpa que no te corresponde.

Se dejó caer en el aliento libre.

—Susan era mi responsabilidad —comentó—. Tenía que haberme dado cuenta antes de que algo iba mal, hacer algo antes de que fuese... tarde...

Dejó los papeles a un lado y lo miró.

—Te habría matado y lo sabes —aseguró—. Había perdido la cabeza por completo, estaba viendo fantasmas dónde no los había, se hizo con el arma a tus espaldas...

—Todavía no sé cómo pudo —sacudió la cabeza—. Pudo haber sido un accidente, pero le fallé mucho antes de ese momento.

—Y ese es un error que no volverás a cometer —le aseguró—. Fue un brote psicótico. Ninguno podíamos prever algo así. No fue culpa tuya, tatúatelo si hace falta. Llevas demasiado tiempo anclado en el pasado, enganchado a un error y es hora de que pases página.

Suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—Ver la cara de Sio anoche, cuando le grité que se fuera —cerró los ojos—, eso dolió, tío. Me sentí como la mierda.

Logan resopló.

—Lo sé —asintió sin rodeos—. Pero la has compensado y deduzco que bastante bien a juzgar por el hecho de que no se ha levantado todavía. Diablos, esa mujer le da un nuevo sentido a la acción de madrugar.

Levantó la mirada como si pudiese imaginársela en su dormitorio, tendida sobre la cama, desnuda, tal y como la había dejado.

—Esa diablilla tiene la peor boca que he visto jamás en una sumisa —comentó rememorando la noche anterior—. Nunca pensé que llegaría a decir esto, pero es... refrescante.

Se echó a reír.

—Entre otras muchas cosas —concordó—. Es de esa clase de mujeres que te plantearías

conservar.

Se miraron y sacudió la cabeza. No iba a ir por ahí.

—No te enamores de ella, Logan —lo previno—, no sería nada inteligente.

Chasqueó la lengua.

—El amor es para quién no tiene nada que perder —se encogió de hombros—, no para un detective de homicidios.

—Sigue repitiéndotelo y quizá te funcione —replicó irónico. Miró el reloj y luego echó un vistazo general a la cocina—. Tengo que pasarme por el restaurante, tenemos un par de reservas especiales al mediodía.

—Entonces no vas a estar para la comida.

Negó con la cabeza.

—No me dará tiempo —negó y señaló la nevera—. Os tocará tirar de *tapper*.

—Bueno, veré si puedo convencer a Sio para pedir unas hamburguesas.

Puso los ojos en blanco.

—Tú y la comida basura.

Logan señaló la caja que tenía ante él.

—Soy un poli y adoro los *Donuts*.

—Morirás de un exceso de colesterol.

—Quemaré las calorías en el gimnasio —le guiñó el ojo.

—No puedo contigo.

—Logan 1, Camden 0 —canturreó y levantó el pulgar indicando el piso superior—. Yo la entretengo en la comida y tú te haces cargo de la cena. Tengo que pasarme a última hora por la central.

—¿Hay alguna novedad?

—Todavía no, pero es cuestión de tiempo —aseguró serio—. Estamos cerca, lo sé y cuando dé con él no quedará ni el recuerdo.

No podía evitar estar de acuerdo con su compañero, Siobhan no estaría tranquila hasta que todo eso se solucionase y ellos tampoco.

—Mantenme al tanto de lo que averigües.

Asintió.

—Descuida —aceptó—. Te enterarás. Y no llegues tarde.

Camden notó, por primera vez en mucho tiempo, la falta del peso que siempre le oprimía el pecho al traspasar las puertas del cementerio. Hoy no era el día en que solía visitarla, pero había sentido la imperiosa necesidad de ir a ella nada más subirse al coche. Recorrer el sendero de piedra que conducía a la apartada tumba le dio tiempo para arrepentirse varias veces, para detenerse en seco y hacer el amago de abandonar la visita, pero algo tiró de él hasta el final.

No habló durante varios minutos, limitándose a contemplar la durmiente talla y el nombre que dotaba de identidad a la sepultura. Había momentos en los que necesitaba ese silencio, en que si cerraba los ojos podía escuchar de nuevo su voz venida del pasado, su risa... la echaba tanto de menos.

—Parece que los dos hemos tenido la misma idea.

El inesperado comentario lo sobresaltó. Abrió los ojos y se giró para ver a Brian de pie a su lado con los ojos fijos en la lápida. El hombre llevaba todavía el uniforme de su unidad, así que debía haber aprovechado algún tiempo muerto estando por la zona para pasarse.

—¿También necesitabas aclararte las ideas?

Dejó escapar un risueño bufido y le palmeó el hombro.

—Más bien conseguir alguna buena y ella siempre las da —comentó acariciando ahora la placa con el nombre de esa menuda mujer que había significado tanto para ellos—. ¿No es así, mi niña?

No pudo evitar recordar al bombero la primera vez que lo vio, un crío de veintitrés años que lo había perdido todo en un abrir y cerrar de ojos. Había estado sentado en un taburete, incluso en esa posición le doblaba el tamaño a la chica. Ella tan dulce, tan frágil y él cubierto de suciedad y hollín, con un traje oscuro, empapado con algo que lo había dejado sin respiración por lo que ello implicaba.

«¿Ágata?».

Ella se había girado hacia él al escucharle, le había sonreído con calidez y había negado con la cabeza.

«*Hola Cam. Este es Brian. Se va a dar una ducha y va a comer algo. Se quedará con nosotros unos días... o más, si eso es lo que quieres*». Le informó ella. Era algo que hacía continuamente. De repente llegaba a casa con alguien nuevo, un alma tan necesitada como había estado la suya propia cuando la conoció.

El chico había levantado entonces la cabeza, sus ojos verdes apagados, tan llenos de dolor y desesperación que lo había impactado tanto o más que las palabras que había musitado.

«*Se han ido. Todos se han ido*».

Esas palabras habían cobrado sentido horas después cuando Ágata los reunió y los sucesos salieron a la luz. Todos se habían volcado con el joven bombero, habían estado a su lado en un intento por darle apoyo moral, pero había sido ella la única en alcanzarle y arrancarle de la necesidad autodestructiva y la brutal culpabilidad que había despertado en su interior.

—¿Perdido en los recuerdos?

Sacudió la cabeza y volvió a la realidad.

—Durante un breve instante —confesó con un asentimiento—. A veces es imposible detenerlos.

Le pareció ver cómo los labios masculinos se curvaban en una breve sonrisa.

—A mí me lo vas a decir —aceptó. Él mismo parecía estar en terreno cenagoso—. ¿Te acostumbras a tener a una nueva sumisa pululando a tu alrededor?

—Me temo que no he sido muy buen anfitrión. —Se fue por la tangente—. Logan es el que ha pasado más tiempo con ella.

—¿Ahora huyes de las dulces y cautas sumisas? —se burló.

—De esta en particular, confieso haberlo intentado —aceptó e hizo una mueca—. ¿Por qué demonios me la has endosado?

—Porque, de todas las mujeres que conozco, Siobhan es probablemente la única que puede entender por lo que has pasado —aseguró sin más—, y porque ella también necesita a alguien a su lado que le brinde apoyo.

—¿Y por qué no te la has quedado tú para empezar?

—Porque mi infierno la consumiría y acabaría destrozando a una buena mujer que no se lo merece —respondió con la usual practicidad de siempre—. Conocí a su marido, vi la relación que tenían, lo que eran el uno para el otro... Sio necesita algo que yo no puedo darle...

—¿Y piensas que yo sí? —bufó. Le gustaría saber cómo diablos había llegado su compañero a tal idea—. No estoy interesado en ninguna clase de relación a largo plazo, Brian, fue suficiente la primera vez y no quiero repetir.

Le miró de soslayo.

—Ella tampoco lo está, lo cual la hace perfecta en estos momentos para ti o para Logan — declaró antes de sonreír—. O para los dos.

Resopló.

—Te estás equivocando de cabo a rabo.

Desechó sus palabras con un gesto de la mano.

—No te comas el coco, Cam, límitate a disfrutar del momento y ya —le sugirió—. Si ha de llegar algo más, ya lo hará.

—Ni de broma.

Se rio y levantó las manos a modo de rendición.

—De acuerdo, de acuerdo —volvió a mirar la figura del ángel—. Pero dime que al menos vendrás al club, es parte de su castigo.

—Tienes una manera muy rara de castigarla —le soltó—. Me inclino más a ver la visita al *Blackish* como una recompensa.

—Oh, amigo, cuando conozcas bien a Sio te darás cuenta de que no es así —canturreó divertido—. Mantente cerca de esa pequeña sumisa, Cam. Ella no es como las demás... no es como Susan.

Dicho eso, se inclinó para acariciar una última vez la placa con el nombre de su mentora.

—¿Verdad que no lo es? —creyó escucharle musitar. Entonces suspiró—. Hay momentos durante el día en que la echo terriblemente de menos, es como un fantasma del que no puedo deshacerme.

La admisión del hombre hizo eco en sus propias emociones. Él mismo se sentía así a menudo. La partida de Ágata los había marcado a todos de forma indeleble, quizá porque su presencia también los había marcado en vida.

—Y sabes qué es lo peor de todo, lo que me aterra hasta la médula, que su rostro empieza a desdibujarse en mi mente —continuó abriéndose como muy pocas veces lo había hecho hacerlo—. Su voz empieza a hacerse cada vez más lejana y su recuerdo se confunde con las pesadillas. Ella lo fue todo para mí, fue la luz que me arrancó de las malditas tinieblas y nunca he podido devolverle el favor.

Dejó escapar un profundo suspiro, acarició la placa con el nombre y se incorporó.

—Nuestra irritante secretaria me dijo algo que me dejó pensando. Raro en mí, lo sé — continuó con ese monólogo—. Pero creo que ha dado en el clavo. Me dijo que solo había una manera de pagar esta deuda, una que implicaba amar con el alma y no solo con el corazón.

Sopesó las palabras y dejó que su mirada vagase también sobre la estatua del ángel dormido.

—Porque así era como ella nos había amado —musitó en un hilo de voz.

Lo escuchó suspirar, entonces levantó la mirada y pudo ver en sus ojos esa oscuridad que

había habitado en ellos años atrás.

—Brian...

Se limitó a componer esa enigmática sonrisa con la que no sabías si se burlaba de ti o te odiaba hasta la médula, la oscuridad se desvaneció y en su lugar quedó el hombre que era ahora.

—Sio puede ser la redención que necesitas, Camden, no la apartes todavía —le pidió con una seriedad impropia en él—. Si alguien puede devolverle la luz a un alma oscura, es esa pequeña luciérnaga.

Dicho eso, depositó un beso en la yema de sus dedos que después posó sobre la figura del ángel, le dedicó un breve gesto de despedida y se marchó con la misma silenciosa cadencia con la que había llegado.

## CAPÍTULO 18

El encargarse del proyecto del espacio *chillout* de la casa hacía que Siobhan se mantuviese entretenida y se sintiese útil. No servía para pasearse por la casa de un lado a otro sin hacer nada, necesitaba actividad y, entre sus heridas y ese loco que todavía andaba suelto, no le dejaban ni abandonar el lugar.

Había querido visitar a Brian para trabajar en el jardín, pero tuvo que esperar a que Logan tuviese un rato libre para llevarla. En ciertos aspectos se sentía una prisionera, en otros un huésped, era como si no perteneciese ni a una categoría ni a otra y después de más de una semana conviviendo con esos dos, era mucho decir.

Suspiró y echó un vistazo a los planos en los que había estado trabajando. Frunció el ceño y se levantó para echar un vistazo por la ventana. Logan había pasado el corta césped, ahora solo quedaba podar los arbustos, cambiar las macetas y limpiar la piscina y el jacuzzi, entre otras cosas, como las de conseguir que el porche pareciese funcional.

—Ahí quedaría bien una barbacoa —murmuró pensativa mientras contemplaba el lugar y hacía cálculos mentales.

—¿Alguien ha dicho la palabra barbacoa?

Se giró para ver a Logan entrando en el salón con las gafas puestas y una chaqueta azul oscuro con el logo de policía a la espalda. Hoy incluso llevaba su placa a la vista, colgada del cuello.

—Hola... —lo saludó y señaló lo obvio—. Um... ¿detective?

Se rio por lo bajo.

—No me ha dado tiempo a cambiarme, vengo directamente de la comisaría —comentó acercándose a la mesa para ver los diseños en los que había estado trabajando—. Vaya, eso tiene buena pinta, cariño.

Él solía llamarla así, una muestra de ternura y picardía que a menudo los conducía a ambos a otras lides.

—He intentado aprovechar el espacio y adecuarlo al estilo de ambos —le mostró la distribución—. Y bueno, la barbacoa es algo que todos los tíos queréis tener junto con una nevera para las cervezas, ¿o no?

La miró con diversión.

—Tienes una visión un tanto trillada de lo que quieren los «tíos», *Sumi*. —Ese era su Maestro, con una sola palabra pasaba de policía a dominante.

—¿Vas a decirme que no sois de hacer hamburguesas o carne a la brasa y tomaros unas cervezas mientras disfrutáis de un domingo por la tarde, por ejemplo, señor?

Sonrió de soslayo.

—Recuérdame que cuando esto esté terminado, Cam y yo te enseñemos qué es lo que nos gustaría hacer las tardes de domingo con una sumisa pequeña y respondona como tú —replicó con gesto cálido.

Sus palabras la llevaron a pensar lo mismo que ya había barajado los últimos días.

—¿Puedo preguntarte si ya se sabe algo más de ese desgraciado, Maestro Logan?

Le acarició la cara con la mano y le ahuecó la mejilla.

—De eso venía a hablarte —le dijo y la condujo a uno de los dos asientos que acompañaban el escritorio—. Tengo noticias, pero quiero que las tomes con mucha cautela, ¿entendido?

Asintió.

—Sí, señor.

Estaba ansiosa por saber algo más al respecto.

—Al parecer la cámara de seguridad de tu vecindario ha registrado el tráfico de la noche en la que te asaltaron y del momento en que atacaron a la otra mujer —le explicó—. Se da la coincidencia de un vehículo negro, con matrícula local, estacionado en la zona en el rango de hora que ocurrieron los sucesos. El vehículo en cuestión abandonó el aparcamiento minutos después de la presunta hora de los asaltos, lo hizo en ambas ocasiones.

Se le encogió el corazón ante las noticias.

—En la última grabación se ha captado también la imagen de un hombre con capucha que encajaría en la descripción que diste de tu agresor —continuó con voz tranquila, segura, manteniéndola consciente de su presencia y la seguridad que esta le reportaba—. Ahora mismo estamos trabajando con tráfico para descubrir a quién pertenece el vehículo y si podemos hacernos con un nombre.

Las implicaciones en sus palabras la hicieron jadear.

—Entonces, ¿lo habéis encontrado? ¿Sabéis quién es?

Su excitación y nerviosismo no podía ser mayor.

—Nena, tienes que tener presente que puede que hayamos dado con una pista que no nos conduzca a ningún sitio —la previno sobre esa posibilidad—. Si el vehículo es robado, si no ha sido utilizado más que para esos momentos, puede que no tengamos nada.

—Pero entonces...

Posó la mano sobre una de las suyas y se la apretó suavemente.

—Antes o después descubriremos quién es y terminará entre rejas, Sio.

Se lamió los labios y asintió.

—Supongo que esto es mejor que nada —murmuró tocada por sus palabras—. Dios, he hecho un recuento mental de toda la gente que pudo haber tenido algo contra mí o algún problema con mi marido, incluso con mi ex... pero no sé, no encuentro nada. No conservo amistades de esa época, todos eran amistades de mi marido y se fueron quedando por el camino; con la excepción de Brian. Y no puedo pensar en nadie que encaje con lo que recuerdo de ese tipo.

La rodeó con un brazo y la atrajo hacia él.

—Antes o después resolveremos este misterio —le apretó el hombro para darle ánimos—. Ya estamos más cerca que antes. Lo resolveremos.

Eso esperaba, no quería seguir viviendo con miedo o encerrada entre cuatro paredes. Respiró profundamente y se giró hacia él.

—¿Y bien? ¿Qué te parecen entonces los diseños, señor? ¿Les das el visto bueno?

Necesitaba dejar todo eso atrás, no podía permitir que el miedo condicionase de nuevo su vida.

—Me gusta lo que he visto —aceptó y se quedó pensativo—, aunque añadiría quizá un poco de iluminación nocturna.

Tomó nota mental de su sugerencia.

—¿Vamos a seguir manteniéndolo en secreto?

Sonrió pícaro.

—Esa será tu nueva misión, *Sumi*, que Camden no se entere de la remodelación hasta que esté terminada —le acarició la nariz con un dedo—. Si lo descubre antes de que esté listo, te castigaré.

Jadeó ante las implicaciones de sus palabras.

—Eso no es justo, Maestro —hizo un puchero—. Es su casa, ¿cómo esperas que le prohíba ir a alguna zona específica?

Se inclinó sobre ella.

—Tendrás que tirar de ingenio, dulzura —le aseguró risueño—. Además, tienes cierta ventaja, nuestro chef no pasa mucho tiempo en casa.

Nuestro. Una palabra que implicaba una pertenencia compartida, una que la incluía también a ella. Un calorcillo se extendió por su interior al pensar en ello, pero se obligó a hacer a un lado sus pensamientos.

—¿Qué ha cruzado por tu mente, Sio? —le preguntó cogiéndole el rostro y girándolo hacia él—. Se te ha oscurecido la mirada.

Sacudió la cabeza. No iba a decírselo, no cuando ni siquiera ella estaba segura de tales pensamientos.

—Nada importante.

Su respuesta no pareció satisfacerle.

—Siobhan, la clave para una relación como esta es la confianza —le aseguró con gesto severo—. No tolero las mentiras o los engaños, eres consciente de ello.

Lo miró de nuevo a los ojos y se mordió el labio.

—No puedo decirte algo que ni siquiera yo misma sé, Maestro —replicó procurando ser todo lo sincera que podía sin darle la respuesta que buscaba, pues no la tenía—. A veces el silencio es la única respuesta.

Enarcó una ceja y se inclinó sobre ella.

—Ya veo —replicó y vio en sus ojos que algo había cambiado—. Pues vamos a ver si puedes mantener ese silencio mucho tiempo más. Desnúdate.

La forma en que abrió los ojos y se mojó los labios le dijo todo lo que necesitaba saber.

## CAPÍTULO 19

Logan no dejó de mirarla mientras cumplía sus órdenes y se desnudaba allí mismo. Verla quitarse los malditos vaqueros, el suéter y la blusa y quedarse en ropa interior había hecho que su ya de por sí dura erección estuviese a punto de hacerle competencia al diamante. Su piel era blanca, unas suaves tonalidades amarillentas permanecían todavía como recordatorio del daño sufrido, pero era la cicatriz rosada en su vientre y que parecía ir sanando poco a poco la que hacía que lo llevaran los demonios.

¿Cómo podía alguien hacer daño a una mujer como ella? Siobhan era toda dulzura, no haría daño ni a una maldita mosca y la habían atacado de la peor manera posible.

—Estás frunciendo el ceño, señor.

Las palabras de la chica lo devolvieron al presente, se obligó a respirar y a centrarse en lo que quería.

—Lo siento, dulzura, estaba pensando en hacer pedazos a alguien.

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—Espero que no esté incluida en esa aseveración.

Puso los ojos en blanco.

—A ti te haré jadear, cariño, no te mataré.

—Es un alivio saberlo.

La muy condenada se estaba burlando de él. Había visto su cambio de humor y estaba haciendo lo posible por devolverle a la carretera. Sacudió la cabeza, se apoyó en el borde del escritorio y le indicó el resto de la ropa con un gesto de la barbilla.

—Todo —ordenó—. Te quiero completamente desnuda.

Su tono de voz hizo que se sumergiese de inmediato en la dinámica d/s, se quitó la ropa interior y la colocó sobre el resto que ya había doblado.

La recorrió una vez más con la mirada, disfrutando de la vista de los tersos y duros pezones y del breve nido de vello que le cubría el pubis.

—Um... ¿Cuándo has dicho que tienes cita para la depilación?

Su comentario la llevó a fruncir el ceño.

—No te lo he dicho, porque todavía no hay cita, Maestro —replicó con un bajo siseo, cosa que lo hizo sonreír.

—Quiero ese coñito totalmente liso, sin nada que se interponga entre mi lengua y tú, mascota

—le recordó—. ¿Necesitas que te pida yo la cita?

—Ya lo ha hecho el maestro capullo barra chef.

Sus palabras, pronunciadas con un obvio rezongue, lo hicieron reír.

—Un título interesante, ¿debo suponer que tienes otro para mí?

Su respuesta fue poner los ojos en blanco.

—Ninguno que merezca la pena que escuches ahora mismo, señor.

Pequeña sumisa traviesa. Sio era como un puzle de mil piezas, cuando creías encontrar una que encajaba en el conjunto, te dabas cuenta de que era una que no habías visto antes.

—¿Tienes idea de lo que duele la depilación brasileña? —protestó una vez más, cosa que le causó gracia. Todo ese asunto la tenía bastante perturbada.

—Estoy seguro de que menos que un balazo o una puñalada —ronroneó.

Abrió la boca, pero volvió a cerrarla como si quisiese considerar sus opciones.

—Te quiero lista para la visita al club de este viernes —le informó, pensando en que sin duda esa sería una noche perfecta para disfrutar de esa nueva condición.

—Pero...

—No te lo estoy preguntando ni pidiendo, Siobhan, te lo estoy diciendo —concluyó, sabiendo que ella respondería mucho mejor a una sencilla orden—. Díselo a Cam, de modo que ajuste la cita.

La vio bajar la mirada, pero había un obvio cabreo en la forma en que apretaba la mandíbula. Reprimió una sonrisa, levantó la barbilla y tras repasarla una última vez con la mirada caminó hacia ella.

—Y no te enfurruñes —le dijo al llegar a su altura, le cogió el rostro y se lo levantó—. Te prometo que los beneficios compensarán con creces las molestias que tengas que pasar.

Hizo un puchero.

—Sigue poniendo los labios así y te encontrarás en un abrir y cerrar de ojos con mi polla empujando en ellos —la amenazó. Una amenaza que podía ser interesante cumplir. Le gustaba su boca. Le gustaba sobre todo cuando tenía su miembro dentro de ella, pero ahora, había otro lugar que requería su atención, uno que estaba deseando probar—. Sígueme, por favor.

La orden la pilló desprevenida, justo como esperaba que sucediese, miró a su alrededor y luego a él.

—¿A dónde vamos, señor? —preguntó—. Si puedo saberlo...

—El porche sería una buena opción si no fuese por el frío que hace y que está sin terminar —le dijo divertido—. Ve hacia las escaleras.

Parpadeó de nuevo, sus ojos reflejaban tanto la curiosidad como la incomprensión, pero optó por obedecer y caminó hacia la estructura metálica que dividía las dos plantas.

—Levanta los brazos, por favor.

Miró las escaleras y se quedó con la boca abierta al ver un par de esposas atadas a una argolla.

—Eso no había estado ahí antes —lo acusó—. He bajado por esa escalera varias veces y... y no estaba.

Sonrió sin más.

—¿Dónde estaría la diversión si conocieses todos los lugares de juego? —Indicó una vez más que levantase los brazos y esperó.

Ella obedeció finalmente, aunque a disgusto. Cerró las esposas alrededor de ambas muñecas y comprobó que la altura y la postura era la correcta.

—¿Y si entra alguien? —murmuró ahora.

Puso los ojos en blanco.

—Están empezando a darme ganas de dejarte ahí un ratito —le aseguró—. De hecho, podría dejarte ahí hasta que venga Camden.

Cerró la boca automáticamente, el chef no volvería hasta la noche lo que eran varias horas en una posición incómoda.

—Una protesta más y probaré la nueva pala en tu culo.

Parpadeó y abrió la boca, pero su mirada la hizo callar al instante.

—Sí, señor.

Satisfecho, recorrió las manos sobre ella, le acarició los labios con el pulgar y jugó con sus pechos sin dejar de mirarla a los ojos. Era muy expresiva, lo que hacía que fuese fácil leerla.

—No me parece tan mala idea esperar por Cam —comentó y ella se tensó en respuesta—. Creo que iba a gustarle que lo recibieses caliente, mojada y excitada —resbaló la mano entre sus piernas y notó la humedad que empezaba a filtrarse entre sus muslos—, pero hoy va a llegar un poco tarde y yo tengo hambre. Separa las piernas.

Se acuclilló ante ella, cerró ambas manos alrededor de sus tobillos y la abrió todavía más.

—Te quiero en esta posición, si cierras las piernas voy a ponerte la cola de zorro y accionar el vibrador y lo dejaré ahí hasta que te corras varias veces.

—Eres... eres...

—¿Sí, dulzura?

—Horrible, Maestro —siseó.

Se rio, deslizó un dedo a través de sus pliegues y le dedicó un guiño.

—Lo sé, es parte de mi encanto —aseguró risueño, entonces la miró de nuevo—. Tu palabra de seguridad.

Arrugó la nariz.

—Espinass.

Asintió y le acarició el muslo.

—Ahora di *bon appetit*, Maestro Logan.

No le dio ni tiempo a responder, se sumergió entre sus piernas y llevó la boca a la lisa y húmeda carne que se moría por probar. Deslizó la lengua a través del valle de los gordezuelos labios y probó su dulce crema. La escuchó jadear, el sonido de las cadenas que la anclaban tintinear al compás de sus movimientos, pero tenía que darle crédito, no movió los pies del suelo. Se dobló para acercarse más y la lamió una y otra vez, incursionando con su lengua, penetrándola y notando su humedad, así como su estremecimiento. Su pelvis se movió hacia él, entregándose a sí misma.

Cogió uno de los tobillos y lo levantó, la hizo perder el equilibrio durante unos instantes mientras restregaba la lengua por su sexo, chupándola, bebiendo de ella para luego concentrarse en su clítoris. Utilizó los dedos de la mano libre para jugar en su humedad, para penetrarla con lentitud mientras sorbía la pequeña perla haciéndola estremecer.

—Um... deliciosa —murmuró relamiéndose, entonces dirigió su tobillo hacia uno de los escalones, obligándola a estirar la pierna y flexionarla para alcanzarlo—. Quietecita ahí.

—Esta no es una posición precisamente co... joder... maestro...

No la dejó terminar, volvió a su sexo y sorbió con fuerza mientras la penetraba con los dedos una y otra vez. Jugó con ella y la degustó a placer obteniendo unos eróticos gemidos en respuesta hasta dejarla temblando, solo entonces se apartó para mirarla y darle unos segundos para que su cuerpo se serenase.

—Si quiera sacarte unas fotos así, ¿me dejarías?

—¡No!

Su rápida respuesta no se hizo de rogar y acabó riendo.

—Cariño, no puedes decirle que no a tu maestro.

—¡Por encima de mi cadáver! —añadió al mismo tiempo—. Señor.

—Eso es ser un poco drástica, Siobhan.

Lo fulminó con la mirada.

—Nada de fotos. Nunca. Jamás en la vida.

Ladeó la cabeza y la miró durante unos instantes. Estaba nerviosa, enfadada, pero sobre todo asustada.

—¿Quién te ha sacado fotos sin tu permiso?

La sorpresa bailoteó en sus ojos.

—Así que alguien lo hizo —llegó a esa conclusión—. ¿Todavía existen?

Negó con la cabeza.

—No —musitó—. Y fue... hace mucho tiempo.

Se levantó y le cogió el rostro, acariciándole la mejilla.

—No voy a hacerte daño, Sio, ni Camden ni yo te haremos nunca daño —le aseguró pues esa era la seguridad que ella necesitaba ahora mismo—. Y gracias por ser tan sincera conmigo.

Parpadeó y asintió, estaba algo más relajada.

—No hay de que, señor —murmuró—. Dijiste que no querías mentiras...

Asintió.

—Así es y estoy orgulloso de ti por acordarte y mantener tu promesa —la premió. La besó en los labios y se separó—. Pero sigo teniendo hambre.

Bajó sobre ella una vez más y continuó dónde lo había dejado, disfrutando del festín entre sus piernas para detenerse una vez más solo cuando la tuvo jadeando y suplicando.

—Señor, por favor —gimió tirando de las muñecas—. Necesito correrme...

—Todavía no —declaró perezoso, se levantó y retrocedió hasta la mesa de café que presidía la zona más cercana del salón. Levantó la tapa y sonrió al ver los juguetes nuevos que había comprado la tarde anterior. Escogió una divertida cola de conejo, cogió el mando y tras comprobar que funcionaba se lo metió en el bolsillo—. Sí... perfecta.

Giró sobre sus talones y se deleitó con la visión de esa dulce y sexy mujer, excitada, con los pezones erectos, los labios rosados y su húmedo y vibrante sexo llamándole.

—Tengo un regalo para ti —declaró y le mostró la cola de conejo—. Es una monada, ¿no?

Ella gimió. Empezaba a conocer sus trucos y sabía lo que podía esperar de él.

—Va a encajar perfectamente en ese bonito culo —le aseguró y la deslizó entre sus piernas—, pero primero, vamos a lubricarla un poco.

Utilizó el breve consolador que venía añadido para insertarlo en su húmedo coño y la masturbó con él un rato, entonces la rodeó y tras besarla en el hombro le susurró al oído.

—Respira hondo y relájate.

El objeto entró oponiendo un poco de resistencia al principio, pero encajando finalmente en su lugar.

—Um... me gusta, conejita, me gusta mucho —ronroneó. Entonces resbaló las manos sobre su cintura y volvió a lamerla entre las piernas, degustándola, volviéndola loca, acercándola al orgasmo solo para accionar entonces la vibración de la cola.

—¡Ay dios! —la escuchó jadear—. Señor... oh... joder... Maestro Logan...

Se incorporó y se lamió los labios, le cogió el rostro y la miró a los ojos.

—Me encanta oír mi nombre en tu boca —aseguró y le lamió los labios—, pero me gusta mucho más cuando me lo dice tu lengua.

La besó, se bebió sus gemidos y descendió por su cuerpo hasta sus pezones. Se dio un festín con sus pechos, jugó con las duras cúspides y las lavó en su boca antes de darle un pequeño mordisco a cada una.

—Sí —sopló sobre las duras y rojas bayas—, te dije que no ibas a mantenerte mucho tiempo en silencio.

Ella gimió y se retorció bajo él, la observó unos instantes, disfrutando de la pátina de sudor que le cubría la piel, del deseo en sus ojos y se llevó la mano al bolsillo para aumentar el ritmo de la vibración.

—¡Logan!

Sonrió travieso al tiempo que se abría los pantalones y dejaba libre su erección.

—Grita para mí, Sio, grita para mí.

La cogió de las caderas y la levantó al tiempo que se introducía a sí mismo de golpe en su interior. Su sexo se contrajo alrededor de su pene y se estremeció de placer al notar la vibración del dildo en su culo, hundió los dedos en su carne y empezó a mecerse contra ella, aumentando el ritmo al tiempo que su propio orgasmo se construía, follándola con ganas y enviándola gritando a su propia liberación mientras él seguía buscando la suya.

Tal y como le había prometido, fue incapaz de quedarse callada, sus gritos resonaron en toda la casa provocándole una divertida carcajada.

## CAPÍTULO 20

Su móvil empezó a sonar sobresaltándola. Llevaba un buen rato sumida en el trabajo del porche trasero que ya no sabía ni dónde lo había dejado. Se levantó, se sacudió los guantes y empezó a buscar a su alrededor siguiendo el sonido.

—¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¿Dónde estás?

Sabía quién era con solo escuchar la melodía, les había asignado una canción distinta a cada uno de los dos hombres con los que vivía y en esos momentos *Uprising* de *Muse* sonaba a todo trapo diciéndole que era Camden.

—¡Te encontré! —Lo cogió y se lo llevó al oído—. ¿Sí?

—Respira, Siobhan, respira —escuchó desde el otro lado de la línea—. No estabas cerca del teléfono, por lo que escucho.

Hizo una mueca.

—Pues... no exactamente. —Ni loca le iba a decir que lo había perdido. Se suponía que el trabajo que estaba haciendo era secreto o tan secreto cómo podía serlo para el hombre que vivía en esa misma casa. Era un milagro que no se hubiese aventurado allí todavía—. Estaba lejos y he tenido que correr a atender la llamada.

—Pues recupera el aliento —le dijo. De fondo se escuchaba el clásico rumor del restaurante—. Y cuando lo hagas, sube a mi dormitorio, coge una bolsa que hay dentro del armario y sigue las instrucciones que encontrarás dentro. Pasarán a recogerte a las siete en punto. Sé puntual.

Frunció el ceño.

—¿Recogerme? ¿Quién? ¿Por qué?

—Hoy es miércoles, Siobhan —le recordó—. Tienes una reserva hecha en el *Temptations*. Recuerda, sigue las instrucciones al pie de la letra.

Dicho eso colgó el teléfono y se lo quedó mirando durante unos instantes. Entonces levantó la mirada hacia las ventanas que se encontraban justo por encima de su cabeza y se mordió el labio inferior. ¿Qué habría organizado ahora ese hombre?

En el poco tiempo que llevaba junto a él había descubierto algunas cuantas cosas sobre él, pequeños detalles que le daban carácter y dibujaban un poco la existencia del chef. Mientras Logan tenía un borde cómico y distendido que no dudaba empleaba para romper con la frialdad y la seriedad que requería su trabajo, Camden era más reservado, con un carácter fuerte y dominante que extendía más allá del dormitorio. Él no era solo un dominante sexual, era algo intrínseco en él,

algo que lo hacía llevar siempre la batuta de todo lo que lo rodease, como si no desease que nada escapase a su control. Pensó en su esposa, en lo que le había contado y en lo que había podido extraer de aquí y de allá del policía. Según su amigo, Cam había cambiado mucho después del accidente, se había vuelto más frío, más reservado y sentía la imperiosa necesidad de tener siempre las cosas bajo control.

*«Hay circunstancias que pueden marcar la vida de un hombre, Sio, la pérdida de alguien a quien amas, es una de ellas. Ya Camden le ha tocado pasar por ello dos veces. La primera fue la de su esposa... y si bien fue un duro golpe, no fue tanto su muerte como la manera en la que se produjo lo que lo cambió».*

*«¿Y la segunda?».*

*«Esa, dulzura, tendrás que preguntársela tú misma».*

Esa otra pérdida era un auténtico misterio, uno que todavía no se había atrevido a preguntar, como tampoco se atrevía a responder a la pregunta que le había hecho él en más de una ocasión.

*«¿Por qué venías a cenar cada semana al restaurante y nunca dijiste quién eras?».*

¿Cómo decirle lo que había sentido al verle? ¿Cómo explicarle que había pensado en sus recuerdos de la niñez y esa infantil promesa la habían hecho sonreír cuando nada más lo hacía? ¿Cómo explicarle que una niña pequeña se había enamorado de lo que creía era su príncipe azul? Cuando lo había visto por primera vez en ese reportaje de televisión, cuando vio sus ojos le reconoció y volvió a esos momentos felices, en donde solo era una niña y no existían todos esos problemas.

Había querido recuperar esa ilusión, había querido volver a tener un amigo, alguien que no formase parte del destrozado camino que se había iniciado con su amor de universidad. En cierto modo, había deseado encontrar a alguien que no estuviese contaminado como lo estaba ella, alguien que pudiese sacarla de ese abismo solo para darse cuenta de que él mismo formaba parte de él.

Camden era un Amo en toda la extensión de la palabra, quién caía bajo su mirada y protección, quedaba irremediadamente atada a ella. Al principio, cuando Nathan murió y la dejó sola, cuando el hombre que le había enseñado el delicioso regalo que suponía la sumisión desapareció, se encontró a la deriva y en tierra de nadie. Su necesidad de encontrar cierta estabilidad la había llevado a continuar su amistad con Brian, a pasar tiempo en el club solo para darse cuenta de que ese no era el camino indicado a seguir. No se podía sustituir el corazón, no podía obligarse a sí misma a plegarse a los deseos de alguien más allá de una ocasional escena, los celos que había sentido al ver a otras parejas la llevaron a reflexionar y tomar la decisión de apartarse y tomarse un tiempo; ese había sido el motivo por el que había terminado en el restaurante.

Pero la vida era un camino lleno de espinas, a veces tan retorcido que eras incapaz de encontrar la salida y cuando creías llegar a esta, te dabas cuenta de que volvías a estar de nuevo en el punto de partida.

Ella era sumisa de corazón, disfrutaba entregándole el poder a otra persona, plegándose a sus deseos, pero más allá de todo eso, crecía en la necesidad de dar, de ayudar y estar ahí para el Dom que la quisiese para algo más que una escena o dominación sexual. En las últimas semanas, se había dado cuenta de que deseaba que alguien la mirase como algo más que una esclava y la aceptase por la mujer que era, que viese en ella más que un icono de una consensuada esclavitud

como lo hacían esos dos hombres, sus señores, los dueños de su maltrecho corazón.

¿Podía una mujer enamorarse de dos hombres? ¿Podían dos hombres amar a una misma mujer? Sabía que existían relaciones poli amorosas, había conocido a algunas parejas que vivían en ese estilo de vida y lo hacían en completa armonía y felicidad. Pero, ¿ella? Una cosa era jugar, compartir un estilo de vida sexual libre y sin ataduras dónde cada decisión estaba basada en el respeto y en el consenso de todas las partes, otra sobrepasar esa línea. ¿Podía hacerlo?

Logan solía hablar a largo plazo, como si no quisiera que se marchase, pero Camden... él solo hablaba del ahora dejando claro que no quería una relación a largo plazo. En realidad, no parecía muy de acuerdo cuando Logan decidió instalarla en su hogar y solo se reunía con ella para jugar.

Se lamió los labios y apartó la mirada de la ventana para depositarla de nuevo en el teléfono. Esta era la primera vez que le hacía una invitación, que implicaba algo más que la protección por su actual situación.

—Te estás metiendo en territorio de arenas movedizas, Sio —musitó para sí misma sabiendo que era verdad—, y si no tienes cuidado vas a terminar muy mal parada.

Tenía que ser cuidadosa, proteger su propio corazón, sabía que no sobreviviría a una pérdida más, así que tenía que evitar por todos los medios encariñarse de esos dos.

—No puedo enamorarme de ellos —negó con toda la fuerza que pudo imprimir a sus palabras—. No puedo.

Camden no estaba seguro de porqué la había invitado, ni por qué se estaba tomando tantas molestias para organizar esa cena en el restaurante. A lo largo del día había recibido miradas sorprendidas y preguntas curiosas de parte de su personal las cuales había cortado de raíz con su habitual sequedad.

Hacía tiempo que no tenía una cita real con una mujer, sus relaciones se limitaban a las escenas que hacía en el club o a los esporádicos encuentros sexuales dónde no primaba otra cosa que la satisfacción. No estaba interesado en amoríos, no quería volver a pasar de nuevo por una pérdida y el dolor que traían consigo.

*«Hazlo».*

*«No».*

*«Maldita sea hazlo».*

*«¡No! No te golpearé, no haré nada tan horrible como eso. Esta no es la manera, Cam, no lo es».*

*«La he matado».*

*«No es verdad. Tú la amaste y lo hiciste hasta el final. Pero ella eligió su propio camino, uno al que no puedes seguirla».*

*«Si no lo haces, encontraré a alguien que lo haga».*

*«¿Y pasarle parte de tu carga?».*

*«Lo hice, Ágata, lo hice a pesar de que juré que nunca cedería a esa oscura tentación. ¡Y no sé cómo mirarle a la cara! ¡Por dios! ¡Es como mi hermano!».*

*«Te estás culpando a ti mismo por algo que ha sido de mutuo acuerdo».*

*«No fue así. Yo lo provoqué».*

*«Lo fue. Eso es lo que te carcome por dentro. Tienes que dejarlo ir, asumir tus actos y hablar con él».*

*«Me odiará si no es que lo hace ya».*

*«Camden, ¿te ha odiado alguno de tus otros hermanos por tus actos? ¿Te han dado de lado? Todos tenemos una parte oscura, lo importante es saber aceptarla y aprender a vivir con ella».*

No. No se odiaban, se habían aceptado, se habían apoyado y todos ellos la habían querido de diferentes maneras. Eran una hermandad y ese dulce ángel había sido el estandarte bajo el que se habían reunido. Ágata los había acogido, les había dado cobijo cuando el resto de la sociedad les había dado la espalda, cuando la vida los habían repudiado o dado por perdidos. Ella los había amado, escuchado y había estado ahí cuando la necesitaron como ellos estuvieron con ella hasta el final.

*«Eres mi hermano, no importa si no llevamos la misma sangre, formas parte de mi corazón y no soporto ver cómo te destruyes a ti mismo, Camden. ¿Vas a seguir escondiendo la cabeza como los avestruces o vas a dar la cara? Eres un gilipollas, lo sabes, ¿no?».*

Logan había sido brusco, contundente y le había quitado la mierda de encima a golpes.

*«Y ahora que parece que ya has sacado la cabeza del culo, ¿nos vamos a tomarnos unas copas? Tienes la cara tan dura que me duele la mano».*

*«¿Eso es todo lo que tienes que decir al respecto?».*

Lo había mirado con cara de pocos amigos.

*«¿Tengo que zurrarte otra vez, socio? Porque lo haré y a la mierda todo lo demás».*

*«Joder, Logan. Yo no puedo... lo que pasó... no puedo...».*

*«Somos adultos, Cam. Ambos lo aceptamos, así que deja de torturarte o juro que te sacudiré de nuevo».*

Ágata había tenido razón entonces, huía por miedo, para no ser lastimado de nuevo, le daba la espalda a los que quería y al hacerlo, los hería.

No podía lastimar a Siobhan, no quería herirla, pero no podía quedársela, no podía cometer ese error otra vez.

*«Amar a alguien con el corazón nunca será un error, Camden. Entregarte y tomar algo a cambio, proteger y ser protegido es la base de toda sumisión. Tú necesitas tanto dar como recibir, ese es tu camino, tu naturaleza, no huyas nunca de ella. Un día descubrirás que el amor llamará de nuevo a tu puerta, lo hará sin pedir nada a cambio y darás hasta lo que no es tuyo para conservarlo. Cuando ese día llegue, no le cierres las puertas y abrázalo como si no existiese nadie más en el mundo».*

Ágata había sido una criatura especial, una mujer que siempre había visto más allá de lo que mostraban y que había tenido un ojo clínico para el porvenir; Garret y Nolan eran la prueba de ello.

Cerró los ojos y resopló. No sabía qué hacer, era incapaz de encontrar el siguiente paso y, a pesar de todo, ¿no le acababa de conceder a esa dulce sumisa la cita que nunca le concedía a nadie?

—Estoy jodido.

—¿Chef?

Miró al hombre que estaba a su lado y que lo miraba con abierta diversión.

—No hablaba contigo —puso los ojos en blanco—. Ocúpate de la cocina.

—Sí, chef.

Esa noche tenía una cena que llevar a cabo, una que empezaría con una copa de *chardonnay*.

La pregunta era, ¿cómo terminaría?

Solo esperaba que lo suficiente entero para no morder el suelo otra vez.

—Si puedes escucharme, Ágata, no dejes que meta la pata con ella, no dejes que le haga daño.

## CAPÍTULO 21

Estar de nuevo en el *Temptations* no solo era extraño e inesperado, era... irreal, especialmente porque mientras degustaba su copa de *chardonnay*, sentado al otro lado de la mesa se encontraba Camden. El chef había cambiado su uniforme de trabajo por un elegante pantalón y camisa con corbata. Se revolvió en el asiento y se lamió los labios, tal y como le había ordenado no llevaba ropa interior, el vestido era elegante y atrevido y una pequeña cadenita colgaba de un lado a otro de sus pezones, simulando mantener cerrado el escote.

Estaba caliente, húmeda y con todo se sentía especial allí sentada, frente a él. El restaurante estaba lleno y siempre había alguien echando un fugaz vistazo en su dirección.

—Me siento observada.

—Lo sé.

—Es tan... decadente.

—Piensa que el único que sabe que estás desnuda bajo el vestido soy yo —comentó ocultando su sonrisa tras el borde de la copa—, y seré el único que disfrute de los beneficios.

Se lamió los labios.

—Soy muy consciente de ello... *chef*.

Sonrió y enarcó una ceja.

—Con «*señor*» me daré por satisfecho, Siobhan.

—Sí, señor —murmuró, entonces miró a su alrededor—. No... no pensé que volvería a sentarme aquí.

—Te dije que nadie se moría en mi restaurante —le recordó, deslizó la mirada sobre ella y señaló la esquina de la mesa con la mirada—. Acércate, pero mantén la distancia.

Ella parpadeó, pero obedeció.

—Abre las piernas.

—¿Qué?

Su mirada la calló.

—Sí, señor.

Separó los muslos, el aire le acarició la húmeda piel y se mordió un gemido.

—Buena chica —murmuró al tiempo que echaba mano de su copa y extraía de ella un pedazo de cubito de hielo que chupó—. Estás arrebatadora con ese vestido.

—Gracias —murmuró—. Mi señor... tiene buen gusto y...

Jadeó, conteniendo el aliento cuando sus fríos dedos le tocaron los húmedos pliegues del sexo.

—Silencio —la instruyó mientras la acariciaba y, un segundo después, el ardiente frío penetraba en su interior—. Cierra las piernas.

—Pero...

Enarcó una ceja y obedeció, moviéndose incómoda en el asiento, respirando más fuerte y

jadeando.

—Bebe un sorbo de vino y disfruta.

Le temblaba la mano, pero obedeció, se mordió el labio inferior y contuvo un gemido.

—¿Te das cuenta de que estamos en un restaurante atestado de gente, señor? —musitó por lo bajo.

—Me doy cuenta de que estamos en *mi* restaurante, que eres *mi* sumisa y que no tengo por qué darte explicaciones.

Abrió la boca para replicar a eso mientras esa maldita pepita de hielo seguía derritiéndose entre sus piernas, volviéndola loca, pero la satisfacción en sus ojos la hizo callar.

—Eres un capullo —masculló—, señor.

—Me han llamado peores cosas, gatita —aseguró y levantó su copa en un mudo brindis mientras su otra mano se colaba por debajo del mantel y empezaba a subir por su muslo una vez más.

Tragó e intentó contener un pequeño estremecimiento al ver que uno de los camareros empezaba a acercarse a la mesa.

—Para...

—¿Me estás diciendo lo que tengo que hacer, Sumi?

Oh, joder. Se estaba metiendo en problemas, pero era todo culpa suya. Sus ojos capturaron los suyos mientras bebía, sus dedos siguieron ascendiendo, colándose por debajo del vestido, acercándose peligrosamente a sus muslos cerrados.

—No, señor —repuso de inmediato—. Ni se me pasaría por la cabeza.

Se rio en voz baja.

—Ya lo veo —añadió e hizo un gesto con la ceja, un silencioso aviso de que estaba manteniendo los muslos cerrados, impidiendo avanzar a sus dedos—. Si quieres que te caliente el culo antes de jugar, por mí no hay inconveniente...

¿Una sutil advertencia de que la zurraría por no tener las piernas abiertas y estar disponible para él? El repentino golpeteo del dedo sobre su muslo, le dio la respuesta. Sí.

—Esta noche estás jugando... sucio... amo Camden...

Apenas podía articular las palabras cuando esas falanges se cernieron sobre su pulsante y caliente centro, rozándole los labios y avanzando sobre su trémula carne.

—Te compensaré con el postre —declaró clavando sus ojos en ella mientras dejaba la copa de vino sobre la mesa—. Deberías disfrutar del vino, es una fantástica cosecha.

Extendió la mano para coger la copa, pero esos malditos dedos se deslizaron a lo largo de su húmedo sexo, bañándose en la goteante humedad de la derretida pepita de hielo y sus propios fluidos.

—Espacio, pequeña —le dijo mirando su copa sin dejar de acariciarla—. Respira lentamente.

*Como si fuese tan fácil, maestro del sadismo*, pensó obligándose a contener un pequeño gemido cuando notó los dedos masculinos entrando en la estrecha hendidura que había estado acariciando.

—Déjate ir —le dijo mientras movía los dedos empapados en sus jugos—, esto no es más que el entrante.

—Pensé que íbamos a cenar —murmuró intentando contener las ganas de gritar.

—Y lo haremos, en un momento empezaremos con el primer plato.

No fue capaz de responder, se movió un poco en su asiento, deslizándose hacia ella, apoyándose en la mesa dando la impresión de estar manteniendo una conversación íntima, solo para introducir dos dedos en su interior, llenándola, estirándola, entrando y saliendo mientras le sostenía la mirada.

—Señor...

—Tus ojos en mí, Siobhan. —Sus dedos se movieron más profundo, abriéndose y emulando unas tijeras, haciendo que le fuese muy difícil mantenerse quieta. El sudor empezó a brotar entre sus pechos, estaba segura de que cualquiera que pasase por su mesa los vería y sabría lo que ese maldito hombre estaba haciéndole. Y si bien la sola idea la escandalizaba también la ponía muy caliente—. Un rostro precioso, con esas mejillas sonrojadas y la mirada desenfocada...

—Por favor... —se mordió el labio inferior, un susurro apenas contenido por sus labios—. No... no lo hagas...

Enarcó una ceja ante su súplica.

—¿Qué no haga qué, *Sumi*? —Abrevió la palabra sumisa, dándole un significado privado, especial.

Tembló incapaz de hablar mientras su sexo le aprisionaba los dedos, empapándolos más.

—¿Vas a hacer que te suplique, señor? —Dios, estaba al borde de la locura.

Ladeó la cabeza y se inclinó un poco más hacia delante, sus dedos retrocediendo, saliendo de ella y volviendo a entrar con movimientos premeditadamente lentos.

—Todo tu cuerpo ya me está suplicando —le aseguró y le acarició la nariz con la mano libre —, pero es mi decisión ceder a sus súplicas... o no.

Los dedos abandonaron entonces su interior, dejándola vacía, necesitada y tan frustrada que ya estaba empezando a protestar cuando apareció el camarero.

—Eres un...

—Buenas noches, chef —se personó un hombre de alrededor de cuarenta años—. ¿Quieren empezar a cenar ya?

Los ojos verdes de Camden se encontraron con los de ella y había un brillo risueño que no dejó transmitir en sus palabras.

—Sí, gracias —aceptó girándose hacia el camarero—. Empecemos con unos entrantes, Jackson. Gracias.

El hombre asintió, le dedicó un educado saludo con la cabeza y se marchó a cumplir con sus demandas.

Su sexo latía de necesidad, echando de menos la tortura a la que acababa de someterla, una que la había excitado sobremanera.

—Ha sido bastante educado para no fijarse en la manera en que se te marcan los pezones —ronroneó él mirando la cadena que unía el vestido—. ¿Cómo se sienten, Siobhan?

Se mojó aún más ante sus palabras, sentía los pechos pesados, sus pezones hinchados y confinados con las abrazaderas que los unían por medio de la cadena haciendo que se mantuviese al mismo tiempo el vestido en su lugar.

—Te he hecho una pregunta, sumisa —bajó el tono de voz lo suficiente para recordarle quién y qué era él.

Tembló. Las ganas de levantarse y marcharse luchaban a brazo partido con la necesidad que

despertaba en ella, con el hecho de que, a pesar de que se lo estaba pasando en grande torturándola, parecía disfrutar también del hecho de estar allí con ella. No se escondía y eso la calentaba por dentro. Y demonios, ella misma disfrutaba de su presencia y de las eróticas atenciones.

—Hinchados... —musitó—, doloridos... el roce de la tela...

El roce de la tela contra su carne era una tortura y contribuía a excitarla todavía más.

—El roce...

—Estás excitada.

Bajó la cabeza solo para tener un dedo suyo levantándole la barbilla.

—Hasta el postre, Sumi —le dijo buscando su mirada, acariciándola de nuevo con su voz—. Lo estás haciendo muy bien —insistió y su aprobación la hizo sentirse un poco mejor—, aguanta hasta el postre... y te compensaré.

Camden empezaba a pensar que el que no iba a aguantar hasta el postre era él. Su pene estaba duro como una piedra y le dolía por la necesidad de enterrarse en ella. La manera en que lo desafiaba, esa dulce sumisión que exhibía a pesar de sus rabetas lo había estado conduciendo al borde y no estaba seguro de cuanto más podría aguantar.

Para su sorpresa, estaba disfrutando de su compañía más allá del hecho de querer follársela. Se encontró con una mujercita divertida e inteligente que no dejaba de arrancarle alguna carcajada o recuerdo al compartir su infancia. Sí, había momentos que recordaba, lo que lo sorprendía sobre manera era que ella, siendo mucho más pequeña en aquel entonces, se acordara de esas cosas.

Siobhan no era lo que esperaba, no era la mujer misteriosa y sensual que se había sentado sola en esa misma mesa semana tras semana, no era la niña latosa que había sido su compañera de juegos, tampoco era la dulce sumisa perdida y a la deriva que le había entregado Brian, era todo eso y al mismo tiempo era mucho más, alguien que empezaba a gustarle más de lo que debería.

—El postre. —Se presentó de nuevo el *maître* trayendo los dos platos que pondrían punto y final a esa sensual y ardiente desesperación. Ella había aguantado hasta ese momento y no sin esfuerzo y enfurruñamientos ante sus retorcidas atenciones, solo por eso la follaría nada más la tuviese fuera de esa mesa.

—Gracias —escuchó su suave voz. Vio como sonreía al camarero y la manera en que este parecía encandilado por ella. Sus ojos se encontraron y con un ligero asentimiento, agradeció el servicio de su amigo y lo despidió.

—Espero que te guste.

Levantó la mirada y le sonrió. Diablos.

—Siempre me ha gustado la comida del *Temptations*, pero sus postres —señaló el plato que tenía delante—, son mis preferidos, señor. Eres un gran cocinero.

—En ese caso, dale un par de bocados —le dijo recostándose en el asiento y terminándose su copa de vino—. Después levántate y ve hacia el tocador de señoras. Al final del pasillo hay una puerta, la encontrarás abierta. Entra y espérame.

La vio abrir los ojos, sus labios se separaron ligeramente y miró el postre con verdadera lástima.

—¿No me lo voy a poder comer todo? —Lo preguntó con voz tan apenada que estuvo tentado a cogerla, doblarla sobre la mesa y follarla allí mismo. Sí, sin duda estaba perdiendo facultades.

—Dale dos mordiscos a esa maldita cosa y obedece —bajó el tono de voz.

Miró de nuevo el postre con tal anhelo que estuvo a punto de destrozarlo solo porque parecía desear más el maldito chocolate que a él.

—Te haré uno en casa, mascota —murmuró llamando su atención—. Ahora, obedece.

Su respuesta fue hundir la cuchara en el maldito dulce y llevársela a la boca para luego hacer un sonido de lo más decadente. Joder con su sumisa.

## CAPÍTULO 22

La puerta que había después de los baños conducía a un breve pasillo que llevaba a unas escaleras y, al final de estas, a una habitación; un breve dormitorio amueblado y con una decoración sobria y masculina. Echó un vistazo a su alrededor, a las paredes revestidas de madera oscura, el raso techo color crema, la enorme alfombra que cubría parte del suelo, un par de mesillas, una mesa en una esquina, un armario de dos puertas y una cama completaban el mobiliario. Sin duda se trataba de un dormitorio en el que poder echar una cabezada para descansar o utilizarlo de picadero.

Siobhan no pudo evitar preguntarse cuantas de las noches en las que ella había visitado el *Temptations* habría pasado él aquí con alguna mujer. Deambuló por la habitación, resbaló los dedos por los muebles y admiró el único cuadro que dominaba una de las paredes; un retrato nocturno de la ciudad de Nueva York.

—Qué bonito —musitó para sí.

—Sin duda tenemos una ciudad espectacular.

Su voz la sobresaltó, no había tardado ni unos minutos en seguirla, pensó al verle atravesar el umbral y cerrar la puerta.

—Interesante lugar el que tienes aquí, señor —comentó mirando a su alrededor y entonces a él—. Sin duda debe resultarte útil...

¿Era fastidio lo que oía en su propia voz? Diablos, no tenía derecho a enfadarse, pero la posibilidad de que Camden hubiese traído a otras mujeres allí le picaba.

—Cuando necesito tranquilidad para idear alguna nueva receta o descansar un par de horas y no me da tiempo de ir a casa, suelo venir aquí —aceptó caminando hacia ella.

—¿Y también cuándo deseas seducir a alguna de tus clientes?

Enarcó una ceja ante su tono de voz. ¿Qué demonios le pasaba?

—No creo que ese sea el tono correcto con el que has de dirigirte a mí, sumisa.

Sumisa, sumisa, sumisa... empezaba a odiar esa palabra. Prefería que la llamase Sumi... quería que la llamase así, que ese fuese su nombre especial, que lo eligiese para ella. Quería... quería ser suya.

Apretó los labios e inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Hay algo que quieras decirme, Siobhan?

La pregunta era pura retórica, la forma en que había pronunciado las palabras, el sentido que

les daba, él sabía mucho más de lo que decía.

—Yo... la forma en que me llamas... sumisa... —bajó la voz hasta que fue solo un hilillo—, no... no me gusta, señor.

Su respuesta no pareció sorprenderle, pues ni se inmutó.

—¿Por qué no? Es lo que eres, mi sumisa.

Su afirmación la calentó por dentro, pero también la irritó, parecía incapaz de llegar a un término medio con él.

—Es... —sacudió la cabeza—. Es tu manera... de decirlo, señor.

La miró, a pesar de mantener la mirada baja, podía sentir sus ojos sobre ella evaluándola.

—¿Y cómo debería llamarte entonces, según tú?

Su voz se había endurecido. Le había desafiado, estúpidamente había desafiado su autoridad y ahora iba a pagar por ello.

—No soy quién para decirlos cómo debéis llamarme, señor —se sumergió en una inmediata sumisión y en el protocolo que la acompañaba—. Perdonad que haya sido tan maleducada. No volverá a ocurrir, esta sumisa conoce su...

—Siobhan. —La interrumpió al momento, le aferró la barbilla con un par de dedos y se la levantó hasta que sus ojos se encontraron—. Un nombre es algo que da poder, un símbolo de indiscutible pertenencia y solo el amo que te posea tiene derecho a elegirlo para ti.

Él tenía razón, lo sabía, Nathan no le había dado un nombre hasta que llevaban un tiempo juntos, hasta que comprendió que su corazón ya le pertenecía por completo.

—Lo siento, señor —murmuró en voz baja—. No tenía derecho a protestar así. Perdóname.

Se la quedó mirando unos momentos en silencio, entonces apretó su presa en la barbilla y le levantó la cara un poco más.

—No me gustan los celos —le advirtió entonces, su mirada presa de la suya—. No acepto escenas de ningún tipo, ni imposiciones. Yo soy el que dice cómo, dónde y cuándo, ¿estoy siendo claro al respecto, sumisa?

Se lamió los labios con nerviosismo, sus dedos eran firmes, pero no la lastimaba, por el contrario, parecía reafirmar su dominio sobre ella.

—Sí, señor —replicó en apenas un susurro—. Lo siento, señor.

La miró a los ojos, examinándola.

—No me conoces, Siobhan —su respuesta fue como un puñetazo en el estómago, pero tenía que darle la razón, en realidad apenas le conocía. No era el niño que recordaba, este era un hombre de lejos distinto—. No sabes absolutamente nada de mi vida, de cómo me conduzco o lo que hago en mi tiempo libre.

Empezaron a picarle los ojos por las lágrimas.

—Así que no pretendas decirme lo que debo o no debo hacer o cómo llamar a mi sumisa —concluyó. Le soltó el rostro y dio un paso atrás—. Desnúdate.

Tragó. No pudo evitarlo. La excitación que la había envuelto durante toda la cena se había ido diluyendo bajo sus palabras, el deseo se había enfriado y ahora, la frustración unida a sus palabras hacía que quisiese marcharse.

Él no esperó a ver si cumplía sus órdenes, le dio la espalda y empezó a desnudarse. Se quitó los zapatos y los calcetines, la chaqueta y el cinturón, se quitó la camisa y continuó con el pantalón.

—El vestido fuera, gatita —repitió todavía de espaldas a ella—, o te lo arrancaré yo y después saldrás de aquí desnuda.

—Eso no es...

—¿Justo? —Se giró hacia ella con las manos todavía en la cintura del pantalón—. No. Puede que no lo sea. Pero aquí y ahora, el único que posee la verdad soy yo. Tu deber es aceptarla, especialmente cuando la reconoces como tal y no enfurruñarte como una niña pequeña.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, sus mejillas se colorearon.

—Ya veo que lo has entendido —continuó, la miró unos segundos y la llamó con un dedo—. Ven aquí, por favor.

Tuvo que obligar a sus propias piernas a que se movieran, pero al final caminó hacia él.

—Te diré algo sobre mí. —La sorprendió con el cambio de tono y la caricia que le prodigó en la mejilla—. Me gusta el vino tinto, suelo participar todos los años en la maratón de Nueva York y no llevo bien los prejuicios.

Parpadeó ante su inesperado arrebato de sinceridad.

—Y también me gusta que la mujer que está conmigo sea totalmente sincera, que no se guarde nada de modo que no haya lugar a malos entendidos —concluyó—. Te molesta que te llame sumisa porque otro amo te dio un nombre. No quieres ser alguien anónimo otra vez, pero tampoco es el momento de entregarte por completo a un nuevo Dom. Esa dicotomía te enfada y hace que todos tus cimientos se tambaleen. Necesitas estructura, estabilidad, sobre todo ahora que te ha sido quitada, pero para poder aceptar el que alguien te la dé, primero tienes que poder conseguirla tú misma. No quiero que pierdas tu identidad, no quiero una cáscara o el despojo que ha dejado alguien más, quiero que seas tú por encima de todo. Y tú eres una sumisa, con un nombre o con un apodo, eres lo que eres.

Parpadeó ante sus palabras, sintiendo como se hundían en su alma y en su corazón.

—No voy a darte un nombre, mascota —declaró con frialdad, pero sus ojos no eran tan inertes como su voz—. No creo que sea el momento adecuado para ello, ni si este llegará, pero porque lo necesitas y buscas esa identidad que parece haber perdido, dejémoslo en «*Sumi*» ya que eso no parece molestarte. ¿Estás de acuerdo?

Su sinceridad, unida al cuidado que ponía en cada una de sus acciones, buscando ayudarla, protegerla, la derritió por completo.

—Sí, señor.

Se inclinó sobre ella y le apartó el pelo de la cara resiguiendo su cuello para terminar sujetándose en la nuca.

—Y ahora, Sumi, quiero follarte —declaró con crudeza—. Me has puesto jodidamente caliente durante toda la noche. Estabas tan mojada que solo quería tirarte encima de la mesa y follarte. Así que quítate el vestido porque quiero hacer justo eso.

Se quedó sin respiración, sus palabras la calentaron de nuevo y su sinceridad la descolocó.

—Gracias, señor —murmuró.

Enarcó una ceja.

—¿Por qué?

—Por ver más allá de mí misma —declaró con sinceridad—, y darme el toque de atención que necesitaba para volver a ponerme en mis zapatos.

Sonrió de medio lado.

—De nada —aceptó y se inclinó sobre sus labios—. Ahora, quítate el vestido y de rodillas, pequeña. Quiero tu boca en mi polla.

Su voz le provocó un pequeño escalofrío de placer. Se lamió los labios y dio un paso atrás antes de tomar una profunda bocanada de aire y empezar a quitarse el vestido y dejarlo extendido sobre una silla.

—El tanga fuera también —la instruyó terminando de desvestirse él también, dejando libre una dura y larga erección que hizo que se le secase la boca—. Pero déjate las abrazaderas de los pezones... te sientan muy bien.

Ahora podía sentir la pequeña cadenita rozándole la piel de los pechos mientras sus pezones volvían a engrosar intentando rebasar los pequeños y ceñidos aros. La sensación de cosquilleo era de lo más erótica y pecaminosa.

—Quizá debiese regalarte unos piercings para los pezones para tu próximo cumpleaños.

Parpadeó ante semejante comentario y no pudo evitar jadear y responder con rotundidad.

—Por encima de mi cadáver —replicó dando un paso atrás—. Nadie va a hacer agujeros en este par... señor.

Se echó a reír, una verdadera carcajada que le iluminó hasta los ojos.

—Y al fin la gatita saca las uñas —se rio mirándola—. Empezaba a preguntarme si habría algo de carácter debajo de toda esa dulzura.

—Lo hay.

—Lo hay, señor —la corrigió.

—Lo hay, señor —repitió para tenerle contento—. Y te lo enseñaré como se te ocurra siquiera regalarme eso...

Sonrió de soslayo.

—Para empezar, tendría que saber cuándo cumples años, ¿no te parece?

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—El cinco de octubre —murmuró por lo bajo—. ¿Contento?

Le levantó la cara y le acarició el labio inferior con el pulgar.

—Estaré contento cuando dejes de hablar y pongas esta poquita sobre mi polla, Sumi —aseguró y la miró a los ojos—. Ahora. Abajo.

Bajó la mirada y luego volvió a subirla.

—Eres un amo muy complicado, señor.

—En absoluto, pequeña, soy de lo más simple —aseguró envolviendo la mano en su pelo—, ahora mismo quiero que me folles con tu boca.

Y para que no pudiese seguir discutiendo la empujó hacia abajo, dejándola frente a su duro e hinchado pene.

Se relamió de anticipación, deseando tocar esa suave piel que envolvía la dureza de su erección. Deslizó los dedos a lo largo del eje, curvándolos a su alrededor para luego acercar los labios y prodigarle un pequeño lametón a la punta.

Notó como la mano que aferraba su pelo se tensaba un poco más bajo sus atenciones, lo vio separar las piernas adquiriendo una postura más cómoda y se relajó —si es que eso era posible—, bajo su toque.

Lo lamió disfrutando de su sabor, de su textura y tomándose su tiempo como una pequeña venganza hacia lo que le había hecho durante la cena. Esos dedos en su interior, la forma en que la

había vuelto loca delante de todo el restaurante, había sido pecaminoso, lujurioso y se había excitado al punto de sentirse avergonzada.

Envolvió la cabeza con lentitud, chupándola, succionándola en la húmeda cavidad de su boca mientras jugaba con su lengua gimiendo por su sabor y el erótico dolorcillo que le provocaba el ocasional tirón de pelo. Bajó sobre él, introduciéndoselo todo lo que podía para luego resbalar y deslizar la lengua sobre su eje. Lo chupó como un caramelo, notó como temblaba de vez en cuando en un intento, no le cabía duda, de retener la liberación que sin duda se arremolinaba en su interior. Chupársela la excitaba, hacía que se mojase aún más, que desease tener ese miembro enterrado entre sus piernas, la fuerza de sus caderas doblegando su voluntad como solo ese hombre parecía conseguir.

Debía de molestarle la forma en que la trataba, pero esa dominación la ponía caliente y no era como si ella no tuviese voz para replicar. ¿Piercings en los pezones? ¡Ja! Sí, claro. Cuando él se perforara la polla.

Le mordisqueó la piel y jugó con la pesada bolsa antes de volver a llevárselo a la boca y succionarlo como si fuese un polo de helado, salió y le lamió la punta solo para notar como la mano en su pelo tiraba de ella hacia atrás, apartándola.

—Suficiente pequeña descarada —la acarició el rostro con el pulgar antes de ayudarla a ponerse en pie—. Si sigues así, voy a correrme en esa dulce boquita y tengo otros planes ahora mismo.

Sus mejillas se sonrojaron, no podía evitarlo, había algo en su voz, en la manera que la miraba en ocasiones que la dejaba temblorosa, deseando más.

—¿Puedo pedirte algo, señor?

Las palabras escaparon de su boca antes de poder refrenarlas.

—¿Qué quieres?

Se lamió los labios.

—¿Puedes besarme?

Sus labios se curvaron ligeramente, le ahuecó el rostro con ambas manos y bajó sobre sus labios.

—¿Estás nerviosa, *Sumi*? —la pregunta la cogió por sorpresa y su sonrojo aumentó.

—Tú haces que me ponga nerviosa —entre otras cosas, pensó.

—¿Me tienes miedo? —su preocupación parecía genuina.

—No, Maestro Camden —contestó con absoluta sinceridad—, no te tengo miedo. ¿Cómo podría? Prometiste casarte conmigo.

Sus palabras lo hicieron sonreír.

—Eres una pequeña sumisa insistente, ¿eh? —chasqueó la lengua y bajó la boca sobre la suya, besándola, reclamándola en silencio—. ¿Tu palabra de seguridad, mascota?

—Espinass —murmuró lamiéndose los labios.

Asintió.

—Tiéndete de espaldas sobre la cama y abre las piernas...

No le dio tiempo ni a responder, la empujó sobre el lecho, le subió las rodillas y la dejó expuesta a sus caprichos.

—Sí... precioso.

Sus dedos se deslizaron sobre su húmedo sexo, atravesando los pliegues hasta descubrir el

escondido brote de su clítoris el cual acarició provocándole un delicioso estremecimiento de placer.

La miró desde su posición, se elevó un poco hasta encontrar sus ojos y le ordenó.

—Las manos por encima de la cabeza, que tus dedos toquen el cabecero —le ordenó—. Dime si te molesta el hombro.

Hizo lo que le pidió y comprobó que no había tirantez en el hombro, sin embargo, la acción hizo que la cadena que unía sus pezones se tensase provocándole un pinchazo de placer dolor que la hizo saltar.

—La cadena —musitó.

Se cernió sobre su cuerpo y resbaló las manos sobre sus brazos.

—La llevarás hasta que haya acabado contigo —le aseguró y bajó la boca sobre uno de sus pezones, prodigándole un pequeño lametón, jugando con él y haciendo que se hinchase todavía más por sus atenciones. El contraste entre la dureza de los aros y la humedad de su lengua la enloquecía—. Ahora sé buena y mantén las manos dónde las tienes.

Volvió a bajar por su cuerpo llenándola de besos hasta que su boca cayó sobre su caliente y húmedo centro y todo su mundo estalló.

El orgasmo la pilló desprevenida, tembló bajo su boca, corriéndose mientras él bebía de ella, haciendo que los temblores se expandiesen y su deseo no hiciese más que aumentar.

—Señor... —gimió.

—Eres tan dulce, Sio —murmuró contra su suave carne—, tan caliente.

Echó la cabeza hacia atrás y se aferró con los dedos al cabecero de la cama para no sucumbir a la tentación de tocarle.

—Por favor —le quería dentro, quería que la llenase, quería que la tomase por completo. Quería ser suya más que ninguna otra cosa—. Por favor, señor... te necesito.

Su lengua la azotó de nuevo, hundiéndose en su interior.

—Señor, por favor...

Su grueso y pesado pene se deslizó entonces sobre los resbaladizos pliegues de su sexo, untándose con sus jugos antes de encontrar la entrada y hundirse poco a poco en su interior.

—Las manos encima de la cabeza —le advirtió cuando se soltó para tocarle—, si me tocas, no me muevo.

Gimió y volvió a aferrar el cabecero, arqueó la pelvis deseando más, que la tomase más profundamente.

—Tan excitada, tan necesitada... así es como te deseo, Siobhan, justo así.

Continuó hundiéndose en ella hasta el final y entonces se quedó quieto mientras volvía sobre sus pezones, torturándola, tironeando de la carne aprisionada en la cadena y haciéndola gritar.

—Oh dios, por favor... muévete... necesito que te muevas...

—Tienes que aprender a pedir las cosas de manera apropiada, pequeña —se burló y deslizó ambas manos bajo su trasero, levantándola, tirando de ella hacia abajo para apuntalar sus pies en el borde de la cama, con las piernas flexionadas y totalmente abierta para él—. Prueba con, «*Maestro Camden, por favor, fóllame*».

Gimió, se retorció bajo él y alzó las caderas, pero su peso sobre ella no le permitía moverse.

—Por favor... oh dios, por favor, Maestro Camden, fóllame.

—Muy bonito —replicó él y resbaló fuera de ella solo para volver a introducirse tan

lentamente que pensó que moriría de un momento a otro.

Se sentía repleta, él la llenaba, la volvía loca con esos cadenciosos movimientos y hacía que quisiera gritar de placer. Notó sus dedos hundiéndose en la carne de sus caderas, manteniéndola sujeta mientras establecía un ritmo estable y vehemente. Sus ojos se encontraron con los de ella y le sostuvo la mirada mientras la poseía, sabiendo que en ese momento solo eran los dos y que le pertenecía por completo.

—Oh dios... sí...

Empezó a balbucear, ni siquiera estaba muy segura de lo que decía pues el placer se desbordaba por su cuerpo y le jodía el cerebro de tal manera que todo en lo que podía pensar era en lo bien que se sentía a su merced.

—Mía, Siobhan, toda mía —creyó escucharle murmurar mientras sus caderas golpeaban contra ella, su pene abriéndose paso en su interior, poseyéndola, arrebatándole cualquier posibilidad de decisión.

—Camden... señor... por favor... sí... dios... sí...

Empujó en su interior, su miembro llenándola por completo, acariciándola en lugares que no creía ni que existieran y construyendo un nuevo orgasmo, uno más intenso que el anterior y que amenazaba con destrozarla por completo. Iba a morir allí mismo, entre sus brazos y no podía pensar en una sola maldita cosa para protestar.

—Ábrete para mí nena —le escuchó jadear—, entrégate por completo, dame todo lo que eres...

El placer estalló y sintió como sus propios músculos interiores lo aprisionaban, atrapándolo en su interior mientras el orgasmo barría con todo.

—Camden... —gritó su nombre, sus manos dejaron su asidero y le buscó, necesítandole, necesitando su presencia, anclarse a él.

—Déjate ir, Sio —le escuchó al oído—, déjate ir, yo te sostengo.

—No me sueltes —musitó en respuesta—, por favor, no me sueltes nunca. No me dejes ir.

Notó como su cuerpo recibía los últimos embates de las caderas masculinas antes de que gruñese y se corriese en su interior.

—Mi pequeña Sumi —creyó oírle musitar—, ahora eres mía, ¿a dónde más podrías ir? Satisfecha con esa respuesta, dejó que la oscuridad la envolviese y sonrió.

## CAPÍTULO 23

Hacía meses que no pisaba el club, pero todo seguía igual. Era como si aquel lugar fuese un espacio sostenido entre dos planos, uno dónde nadie era juzgado por su color, su estatura, sus formas o sus preferencias. El respeto era la norma principal, nadie era considerado de manera distinta o mirado con extrañeza en una comunidad que poseía unos fuertes lazos entre sus miembros. Y a pesar de ello, no podía evitar sentirse nerviosa, casi una intrusa, demasiado expuesta e indefensa a pesar de llevar dos armarios de hombres como escolta.

—Estás temblando. —La voz de Logan se filtró en su oído—. ¿Estás bien?

—Sí. —Una pequeña mentirijilla que surgía por sí sola.

—Inténtalo otra vez, mascota.

Debería saber que el poli no compraría sus excusas.

—Estoy... nerviosa —respondió tras respirar profundamente—. No sé por qué, pero lo estoy, señor.

—Eso está mejor —aceptó y miró al otro lado. Camden permanecía en silencio, solo su presencia y el aroma de su colonia le recordaban que estaba allí.

—Esta noche estás fuera del menú —comentó el chef ladeando el rostro para encontrarse con sus ojos—. Es parte del castigo que te impuso el Amo Fire.

¿Tenía que recordarle justo ahora el motivo de su presencia allí?

—Muchas gracias, señor, casi lo había olvidado —replicó con ironía.

Camden enarcó una ceja y la miró con gesto divertido.

—Relájate, Sumi —le aconsejó con ese tono distendido—. La parte difícil ya la has superado. Si tienes alguna duda, solo debes consultárnosla a Logan o a mí.

Se lamió los labios que notaba resecos y asintió al tiempo que apartaba la mirada y echaba un vistazo al área principal del club.

—De acuerdo —murmuró en voz baja.

Un pequeño golpecito en el hombro recondujo su atención.

—Puedes quitarte el abrigo —le dio permiso para ello—. El club tiene la calefacción bastante alta.

—Brian quiere asar pollos hoy o no me lo explico.

—Es un incentivo para que las sumisas se quiten la ropa más rápido —contestó el aludido llenando desde el otro lado de la sala—. Bienvenidos Maestros. Sio, me alegra ver que sigues de

una pieza. ¿Te han tratado bien?

Sus ojos se encontraron, el muy maldito se estaba riendo por dentro, podía verlo en sus pupilas.

—Sí, ambos han sido muy... hospitalarios, Amo Fire.

Logan ahogó una risa mientras Camden curvaba los labios.

—Así que hospitalarios, ¿eh? —Su respuesta le arrancó una carcajada a su anfitrión—. Diría que tendréis que esforzaros un poco más, amigos míos.

—Sí, parece que hemos sido negligentes.

El tono de voz de Camden exigía una respuesta inmediata.

—En absoluto, señor —lo miró y juntando las manos delante, inclinó la cabeza—. Gracias por haberme recibido en vuestra casa y haber cuidado de mí hasta ahora. No teníais porque darme cobijo y lo habéis hecho. Os doy las gracias a los dos, maestros.

*Punto, set y partido*, pensó con una secreta sonrisa al ver la cara de asombro que se les quedó a los dos Dom.

Brian, que ya la conocía, se echó a reír.

—¿No es una monada? —declaró revolviéndole el pelo—. Tened cuidado con ella u os dejará como un par de idiotas sin que os deis cuenta.

—Lo estoy viendo —murmuró Logan entrecerrando los ojos—. Eres una cosita hartera, ¿no, Sumi?

Se encogió de hombros, Logan había adoptado el mismo nombre para ella. Sin duda, Camden había hablado con él de lo ocurrido en el apartamento del restaurante.

—¿Dónde estaría la diversión en decir a todo que sí, Maestro Logan?

El aludido dejó escapar un resoplido.

—¿Qué color queréis para esta noche? —les preguntó y supo al instante de qué estaba hablando—. ¿Dorado o plateado?

Ambos hombres se miraron y, tras el asentimiento de uno de ellos, Camden fue el que habló.

—Dorado.

Como sumisa, sin amo o maestro y acompañada en exclusividad, debía llevar un collar identificativo que hablase de su disponibilidad o falta de ella ante los miembros del club. En los últimos meses, cuando venía a jugar sola, Brian la había acollarado con su propio color, el azul. Eso dejaba claro a todos los miembros que estaba bajo su cuidado y deberían ir a él para pactar una escena si existía cualquier tipo de reticencia por su parte.

—Ya sabemos quién estará hoy al mando —se burló el poli. Se inclinó sobre ella y le susurró al oído—. Sé buena, Sumi, esta noche eres de Cam.

Por algún motivo eso le provocó un delicioso escalofrío.

—Sin duda le sentará bien estar bajo vuestra... tutela —comentó Brian y sacó uno de los dos collares que llevaba en el bolsillo entregándole a Camden el dorado—. Tenéis las salas temáticas arriba, creo que ahora mismo hay un par de ellas libres, también está la mazmorra en la que el Amo Horus, mi co-socio, está dando una demostración de *Shibari* y bueno... la sala principal ya veis como está. Que disfrutéis de la velada, divertíos.

Dicho eso, le dedicó un guiño y continuó con su camino.

—El abrigo fuera, Sumi. —La voz de Camden fue firme, no admitía una segunda opción—. No hay nada que tengas que esconder.

—Y empezarás a sudar como un pollo antes de haber empezado siquiera la parte divertida.

Optó por no pensar, se llevó las manos al cinturón y luego a los botones y se deshizo de él quedándose con el breve vestido de licra que Logan le había dejado sobre la cama para que se pusiese.

—Gracias —lo recogió él.

—Levántate el pelo, por favor.

Se había atado la melena en una baja cola y la apartó mientras Camden le colocaba el collar alrededor del cuello. La sensación de esa banda contra su piel le provocó un estremecimiento. El peso le era conocido, pero de algún modo hoy resultaba opresor. Casi sin darse cuenta se llevó la mano al cuero y se encontró con los dedos de su dominante.

—Necesito... un momento... por favor, señor.

Sus ojos se encontraron.

—Respira profundamente —le ordenó y siguió sus instrucciones no sin cierto esfuerzo—. Otra vez.

Poco a poco el nerviosismo empezó a desaparecer y la opresión disminuyó. Escuchó el cierre del mismo y como uno de los dedos masculinos comprobaba lo ajustado del cuero contra su piel.

—Así está bien.

Tragó. Ahora, más que nunca, empezaba a ser consciente de que este era un castigo y que esos dos tenían la llave de su liberación.

—Está temblando. —Escuchó decir a Logan, obviamente no hablaba con ella.

—Sumi. —Era Camden de nuevo llamándola por ese nombre que habían acordado, por el apelativo cariñoso con el que la identificaba. Se giró hacia su voz y se encontró de nuevo con sus ojos—. Nadie va a hacerte daño, ¿lo entiendes? Estás bajo nuestra protección. Nadie te va a tocar sin nuestro permiso...

—Y créeme, ni con permiso —añadió Logan—. Esta noche eres solo nuestra.

Los miró a ambos y asintió.

—En voz alta, por favor —pidió Camden—. Quiero ver que lo entiendes.

—Lo entiendo —replicó y miró una última vez a su alrededor—, aunque puede que mis piernas todavía no lo hagan. ¿Podría sentarme unos minutos, por favor, señor?

Lo próximo que supo es que tenía unos brazos a su alrededor, que un duro y cálido cuerpo la envolvía mientras el otro bloqueaba la vista de cualquier curioso.

—Estás muerta de miedo —murmuró Cam frotándole la espalda—. Y no hay motivo para ello. Tienes una palabra de seguridad con la que podrás poner fin al juego en el acto. Recuérdanosla.

Se obligó a tragar, sentía la garganta cerrada, incapaz de pasar siquiera la saliva.

—Es... espinas —musitó en un hilillo de voz.

Siguió frotándole la espalda, apretándola con suavidad, haciéndola consciente de quién era, de los brazos que la rodeaban, de quién era su red de seguridad.

—Espinass —repitió con voz más fuerte—. Mi palabra de seguridad es espinas.

Lo sintió asentir y creyó ver a Logan sonreír en respuesta, satisfecho con su valentía.

—Muy bien —siguió frotándole la espalda—. Ahora trata de relajarte, solo vas a jugar con nosotros y lo haremos en privado.

Asintió contra su pecho. De algún modo, su aclaración sobre la privacidad la tranquilizó, algo que no tenía mucho sentido ya que se había paseado con anterioridad por ese lugar sin ropa, sola y

acompañada. Con su marido había hecho escenas en público, había compartido áreas de juego en la mazmorra, pero hoy y ahora... la sola idea le provocaba un incontrolable temblor.

Reuniendo todo el coraje que pudo encontrar, no queriendo quedar como una tonta o dejarles a ellos dos en mal lugar, se las arregló para dar un paso atrás y mirar a Camden con más serenidad.

—Gracias, señor —murmuró todavía con voz temblorosa—. Ya estoy mejor.

Logan se inclinó sobre ella.

—Vamos a ver al Amo Horus en acción con esa escena de *Shibari* —sugirió Logan otorgándole tiempo para recomponerse—, será un buen calentamiento y nos dará tiempo para decidir qué hacer después.

Asintió y se miró los pies, dándose cuenta de que todavía llevaba los zapatos. Se inclinó, se desabrochó las tiras y se los sacó notando el suelo bajo sus pies.

—¿Te importaría dejarlos con mi abrigo, señor? —pidió al chef, quién había cogido su abrigo de manos de Logan.

—Lo dejaré en el vestuario y os veré después.

Asintiendo, Logan la miró y con un único gesto de la mano, la invitó a acompañarle.

—Vamos a ver si aprendemos alguna cosa de la demostración de atadura japonesa.

—Sí, señor.

## CAPÍTULO 24

Estar en el club otra vez trajo recuerdos agridulces a su mente, se llevó los dedos al collar y cerró los ojos recordando quién se lo había puesto, sus manos sobre ella, su mirada, la de los dos amos que tenía consigo esa noche, estudiándola al milímetro.

*Sí, estoy segura entre sus manos, estoy segura a su lado y esto es lo que quiero, lo que necesito.*

Logan permanecía a su izquierda, su mano acariciándole de vez en cuando la espalda, mientras Cam cubría su flanco derecho, mientras asistían a la demostración de arte erótico japonés.

—¿Dónde estás, *Sumi*?

Se sobresaltó ante la voz de Camden en su oído. Giró el rostro y lo vio mirándola con esa intensidad que hacía que le flaqueasen las piernas y se mojase de deseo. Su presencia la reconfortaba y la ponía nerviosa, era una dualidad que casaba muy bien con él, una que se encontraba buscando a pesar de sí misma.

El chef podía no haber sido lo que esperaba encontrar, el hombre nada tenía que ver con el niño que fue, pero eso no había impedido que sus infantiles sentimientos. El bonito cuento de hadas que había preservado en un rincón de su corazón había echado raíces, los sueños infantiles dieron paso a la realidad y el príncipe terminó por convertirse en un poderoso dragón que escupía fuego.

¿Qué princesa se enamoraba de un fiero dragón? Al parecer ella. En su mente de niña Camden siempre había sido el caballero de brillante armadura, su sueño inalcanzable, uno que olvidó cuando creció y se enfrentó a la realidad, al dragón que era.

—Lleva distraída desde que llegamos —comentó Logan en el mismo tono de voz, su mano resbaló una vez más a través de su columna para detenerse en su trasero y darle un pequeño golpecito—. No presta la debida atención.

Los ojos de Logan contenían ese chisporroteo animado de siempre, una contagiosa alegría que la llevó a curvar también los labios. Era muy distinto de su amigo y compañero, eran como el día y la noche, pero había algo en él que no solo despertaba su deseo, sino también su ternura y la necesidad de tenerle cerca, ¿acaso también se había enamorado de él? No sería difícil, él era la clase de persona que le gustaba tener al lado.

—Y ahí está la prueba de ello —añadió dándole una sonora palmada en el trasero, una que picó—. ¿En qué estás pensando, dulzura?

Se lamió los labios y no pudo menos que soltar la verdad.

—En que creo que estoy cayendo a pasos agigantados dentro de una inesperada locura — comentó con un ligero encogimiento de hombros—, y la culpa es vuestra, Maestros.

Camden enarcó una ceja ante su respuesta, pero Logan se echó a reír.

—Últimamente parezco tener la culpa de muchas cosas a tus ojos, Sumi —comentó el primero mirándola de soslayo—. Me pregunto por qué.

—Si tuviera la respuesta, te la daría, señor —aseguró mirando de nuevo a Logan—, y eso va para los dos.

El poli esgrimió una petulante sonrisa.

—Creo que ya te hemos dejado tiempo más que suficiente esta noche para hacer que te relajés —declaró bajando el tono de voz, sumergiéndose en esa vena dominante que la encendía y hacía estremecer al mismo tiempo—. ¿Qué opinas, Cam?

—Estoy de acuerdo contigo, socio —aseguró bajando la mirada sobre ella, uno de sus dedos se deslizó por la argolla del collar y tiró de él, levantándole la cabeza, una muda advertencia y un firme recordatorio de a quién pertenecía esa noche—. Es hora de jugar, pequeña.

Tragó, no pudo evitarlo, la mirada en sus ojos hablaba de mucho más de lo que había tenido con ellos hasta el momento.

—Esta noche —se estremeció al notar el aliento de Logan en su oído—, nos pertenecerás a los dos.

Un caliente calor se instaló en el fondo de su vientre e hizo que sus jugos rezumasen de su ya mojado sexo.

—Bienvenida al *Blackish*, Sumi.

Las habitaciones temáticas del club estaban situadas en la primera planta y podían utilizarse a lo largo de la noche para las sesiones privadas. La mayoría de ellas emulaban desde una habitación del viejo Oeste, pasando por el estilo árabe, selvático e incluso de ciencia ficción, sin embargo, la que eligieron ellos era una de las habitaciones de gama alta. Decoradas en rojo y negro, con sábanas blancas, poseía poco mobiliario, de hecho, no tenían mucho más de una cama, un par de mesillas, un par de sillas y un amplio espejo situado en uno de los lados de la habitación. La iluminación estaba atenuada, dándole un aspecto más íntimo, erótico y decadente. Solo si mirabas con más atención veías las argollas en el cabecero, las cadenas suspendidas en el techo y otros pequeños implementos propios de un club de BDSM.

—Respira, Siobhan —le susurró Camden al oído, sus manos se cerraron sobre sus brazos, anclándola, haciéndola consciente de su presencia y de su cuerpo pegado a su espalda—. Tienes tu palabra de seguridad, puedes utilizarla si la necesitas. Pero espero que, si tienes miedo, nos lo digas, de modo que podamos evaluar la situación, ¿de acuerdo?

Se las arregló para pasar el nudo en su garganta y asintió.

Compartir, ser compartida, ser poseída por ellos dos, por dos dominantes, dos amos. Se estremeció y no pudo evitar apretar los muslos al mismo tiempo. Esta no sería la primera vez, había jugado anteriormente con su marido y con Brian, e incluso con otras personas, pero siempre

había estado él vigilándola, tranquilizándola... y quizá, solo quizá, no le amaba como creía amar a estos dos malditos.

—Tu mente está dando demasiadas vueltas, Sumi —insistió él y la azotó en el culo con la mano desnuda—, detente ahora mismo.

Dio un respingo ante la segunda azotaina y suspiró.

—Lo siento, señor —replicó buscando su mirada. Él le había pedido honestidad y estaba dispuesta a dársela, al menos tan lejos como pudiese llegar sin desvelar sus propios sentimientos—. Es solo... el pasado ha llamado a la puerta...

La miró durante unos instantes, entonces asintió.

—Gracias por decírmelo —le rozó la mejilla con los dedos—. Vamos a intentar hacerlo a un lado, ¿de acuerdo?

Asintió de nuevo.

—Sí, señor. Gracias, señor.

La miró de nuevo e indicó el otro lado de la habitación con un gesto de la barbilla.

—Ve a darle un abrazo a Logan.

La orden la pilló por sorpresa, giró la cabeza en la dirección que le indicaba y vio al policía de pie, con las manos en los bolsillos, mirándola. Había algo en esa mirada... Sus piernas se movieron por sí solas, atravesó la distancia y enlazó los brazos alrededor de su cintura.

—¿Estás bien? —susurró de modo que solo él lo escuchase.

Se inclinó sobre ella y le acarició la nariz.

—¿Lo estás tú? Parecías un poco perdida.

Asintió.

—Estoy muy perdida —confesó e hizo una mueca, entonces alzó la voz—. ¿Puedo pedir que vayamos despacio? Hace algún tiempo que... que no... con dos.

El poli le apretó las nalgas.

—Ya me has tenido jugando aquí —ronroneó a su oído, pero lo dijo en tono lo bastante alto como para que su compañero lo escuchase—, te he follado también mientras llevabas un *plug*...

Se estremeció, todo su cuerpo se licuó y solo estaba utilizando palabras.

—No es lo mismo —musitó.

—No, no lo es —aceptó mirándola a los ojos—, porque ahora, esta noche, vamos a poseerte los dos.

Abrió la boca no para decir nada, sino para respirar, pero ni eso pudo hacer a derechas, pues una mano se enredó en su pelo desde atrás, tiró de ella y los caliente y masculinos labios de Camden se apoderaron de ella. Le hundió la lengua, restregándose con la suya, succionándola y devorándola hasta dejarla temblorosa.

—Desnúdate —le dijo nada más romper contacto.

Le dejaron espacio y empezaron a desvestirse también, de forma pausada, cada uno en un lado de la habitación, mirándola, devorándola con los ojos, imaginándose lo que sería de ella cuando le pusiesen las manos encima.

Tembló, no pudo evitarlo, estaba excitada, ansiosa y también acojonada. Demonios, ¿tenían que ser tan imposiblemente grandes esos dos?

Siguiendo su ejemplo se deshizo del breve vestido, de las braguitas y del sujetador hasta quedar desnuda. Apretó los muslos ante la extraña sensación de estar completamente expuesta allí

abajo, cada vez que recordaba la sesión de depilación quería sacarles los ojos a ambos; solo esperaba que hubiese merecido la pena.

—Um... parece que nuestra chica ha hecho lo que se le pidió, socio —comentó Logan deslizando la mirada sobre su cuerpo, relamiéndose ante sus ojos.

—No le dejé otra opción —aceptó Camden, quién se libraba ya de los pantalones y la ropa interior dejando a la vista una dura y palpitante erección.

Sí, el muy cabrón no le había dejado elección. Su amenaza, unida al hecho de que la había arrastrado al lugar él mismo y recogido después, no le había dejado más salida.

—Y esa es exactamente la mirada que me dedicó cuando salió de la cita para la depilación —rio Camden—. Pero te prometo que habrá merecido la pena.

Hizo una mueca y optó por desviar la mirada hacia el otro hombre. Craso error. ¿Acaso pensaba que iba a estar más a salvo mirando a Logan? Ese hombre era puro músculo, un armario ropero ambulante y su polla, dios... ¿había mencionado ya lo bien dotados que estaban sus dos amantes?

Se mordió el labio inferior y dudó hacia qué zona mirar ahora. Camden la libró de tal problema al envolver el pelo en sus dedos, tirando de ella hacia la alfombra que cubría cierta zona del suelo. Entonces la empujó hacia abajo con una obvia intención.

—De rodillas, Sumi —su voz profunda, dominante, no hacía más que afianzar su poder sobre ella. Sus dedos rodeaban la pesada erección acercándosela a los labios y no pudo evitar gemir de ganas—. Abre.

Separó los labios y se acercó a él, levantó la mirada al tiempo que dejaba que su lengua emergiese entre ellos y le prodigase el primer lametón.

—No seas traviesa, gatita o te zurraré —la advirtió retirándose, solo para volver a empujar en su boca, penetrando sus labios.

—Y esa es una imagen muy sexy —comentó Logan con voz profunda, erótica, disfrutando del espectáculo—. Chúpasela, nena. Puedes castigarle por haberte empujado a depilar ese dulce coñito.

Protestó alrededor del grueso eje. Maldito capullo, ¡si la idea había sido suya!

—Creo que nuestra sumisa quiere decirte algo, socio. —Camden estaba intentando no reírse.

Se le pasó por la cabeza apretar los dientes alrededor de la carne que tenía en la boca, pero conociendo al chef, no era una buena idea. Ese hombre era capaz de azotarla y luego follarla solo como castigo. Y no estaba segura de que le permitiese disfrutar de ninguna de las dos cosas.

—Ni se te ocurra —la previno al mismo tiempo el aludido, sacando su miembro húmedo y brillante por sus jugos de la boca para mirarla a los ojos—. Muérdeme y te pongo el culo del color de la colcha.

Hizo un mohín.

—Empezó él —señaló acusadora hacia Logan.

Sacudió la cabeza, le acarició los labios con el pulgar y señaló la cama.

—Sube y acuéstate a lo ancho de la cama. —La ayudó a levantarse mientras la instruía, la empujó sobre la cama y, una vez adoptó la posición que quería, se inclinó sobre ella, su sexo de nuevo cerca de sus labios—. Ahora ya puedes continuar.

Gimió cuando él se introdujo de nuevo en su boca, en esa posición tenía que esforzarse para llegar a él, para jugar como sabía que le gustaba.

—Y ahora te tengo justo dónde te quería, cariño. —La voz de Logan llegó hasta ella, sintió como le acariciaba la mejilla llena con el pene del otro hombre y, unos segundos después, eran sus manos las que cogían los tobillos, abriéndole las piernas, mientras Camden afirmaba una rodilla sobre la cama, acomodándose para que se la siguiese chupando—. Sí, justo dónde te quería.

Notó sus labios y dientes sobre el tobillo, ascendiendo por su pierna, deteniéndose a lamer aquí y allá con un objetivo claro.

Al mismo tiempo, Camden deslizaba una mano por su hombro, acariciándole la clavícula y rodeando su pecho para jugar con uno de los ya hinchados pezones.

—Estoy pensando en hacer que lleves más a menudo la cadena de los pezones —rumió él, moviendo sus caderas hacia delante cuando creía que no le estaba prestando la suficiente atención —, estabas tan sexy.

—Eso tiene que ser jodidamente caliente —rumió Logan contra su cadera, lamiéndola allí y provocándole pequeños escalofríos de placer.

—Casi tanto como verte a ti cerca de mi lugar favorito —rumió Camden. Las miradas de los dos se encontraron y Logan sonrió divertido.

—Mío —replicó mirándola ahora a ella y guiñándole un ojo—, pero estoy dispuesto a compartir —la mordió en el muslo haciéndola saltar.

—Qué haría yo sin tu comprensión —replicó Camden con tono irónico, la mano que había estado jugando en su pezón se deslizó ahora hacia abajo, le acarició la desnuda piel del monte de venus y la sensación le provocó un estremecimiento de placer—. Te dije que habría valido la pena.

Y solo para recalcar sus palabras, hundió un par de dedos en su interior mientras su otro amante seguía lamiéndole el muslo. Gimió alrededor del duro miembro que tenía en la boca, usó su lengua para castigarlo, pero algo debió de alertarle pues se deslizó de su interior con tal lentitud que la dejó jadeando con ganas de más.

—Sumi mala, ¿qué te he dicho?

Se arqueó sobre la cama, sus dedos se hundían y salían de su coño dándole placer, volviéndola loca.

—Eres un...

—Shhh, cariño, no digas nada de lo que luego puedas arrepentirte —declaró Logan.

Gimió, quería maldecirlos, quería gritarles que dejaran de jugar y la follasen de una maldita vez, pero ambos parecían tener sus propias ideas.

—Será mejor que la beses, Cam, necesita consuelo.

Un segundo después su boca recibía un húmedo beso, su lengua imitó el trabajo de sus dedos en su interior y otros estuvieron de nuevo sobre sus pezones, retorciéndolos, amasando sus pechos hasta que todo lo que podía hacer era gemir y alzar las caderas.

—Mi pequeña gatita está enfurruñada —le dijo rompiendo el beso—, estás caliente y quieres más.

—Sí. —Qué demonios, era la verdad.

—Me encanta tu sinceridad —declaró, dio marcha atrás y al momento siguiente su polla volvió a empujar contra sus labios—, termina el trabajo, dulzura.

Se inclinó más sobre ella, empujando su miembro dentro de su boca, cogiendo sus manos y apretándolas con una de las suyas para que no pudiese tocarle, para que no pudiese hacer otra

cosa que tomarle, que dejarle follarle los labios y maldito fuera, eso la estaba poniendo más y más caliente.

Camden estaba disfrutando más de lo que debería de aquel intercambio, la presencia de Logan lo cambiaba todo, resultaba tan erótico ver cómo deslizaba la lengua entre los muslos de la pequeña sumisa, ver como ella gemía y respondía alrededor de su polla, prestándose a los juegos de los dos. Y demonios, su boca era una maravilla, su lengua lo azotaba sin descanso, se arremolinaba alrededor de su dureza y lo succionaba haciendo que le fuese imposible no correrse en su garganta. Pero no era allí dónde quería terminar, no ahora al menos.

—Suficiente, gatita, gracias —intentó sonar sereno, pero su corazón latía a toda velocidad. Se hizo a un lado, bajó sobre su boca y la besó, bebiéndose los gemidos que escapaban de su boca mientras el otro hombre se saciaba en su coño.

Logan deslizó las manos bajo su trasero, elevándola, abriéndola más para su propio disfrute, martirizándola con pequeños lengüetazos que la hacían curvar sobre la cama.

—¿Te gusta cómo se siente su boca, Sumi? —le susurró entonces, manteniéndola sujeta para el placer y disfrute de su compañero—. ¿Sientes cómo te lame, cómo bebe de ti?

Siobhan emitió un profundo jadeo de placer al sentir como Logan introducía los dedos en su trasero, jugando con la fruncida entrada, recogiendo parte de sus jugos para lubricarla con ellos.

—Camden —jadeó, aunque sabía que era su otro amante quién le daba placer.

—Suave, nena —le susurró al oído—, déjale que te prepare, quiero enterrarme en tu coñito mientras Logan te toma por ahí.

Sus palabras la hicieron gemir, esos dos iban a matarla y bendita forma de morir. Los dedos que la lubricaban y estiraban, provocaban pequeños espasmos de placer-dolor que chocaban con las olas de ardiente placer que le provocaba la lengua de Logan, su cuerpo ya no resistiría mucho más esa tortura, necesitaba correrse, necesitaba derribar esa barrera y dejarse ir a la deriva. Como si supiese de su dicotomía, la dura erección empezó a palpitar en su boca, chorros calientes descendieron por su garganta mientras su cuerpo sucumbía también al placer y encadenaba su propio orgasmo.

—Diablos, Cam, es preciosa cuando se corre —creyó escuchar a su alrededor.

—Preciosa —escuchó también a Camden con voz gutural, preso de su propio orgasmo. Abrió los ojos y se encontró con los suyos mientras se deslizaba fuera de sus labios, permitiéndole respirar de nuevo, saboreando todavía los restos de su eyaculación—. Realmente dulce y preciosa.

La cama cedió a su lado y se encontró con Logan, sus ojos oscurecidos por el deseo, relamiéndose antes de bajar sobre su boca y besarla con una sexy cadencia que no hizo más que avivar el deseo que no se había extinguido siquiera con esa primera liberación. Sintió por fin los brazos libres, Camden la había soltado y la acariciaba ahora con languidez, torturando sus hinchados pechos con la lengua, jugando con sus pezones, haciéndole arquear la espalda.

—Le has dejado seco, nena —ronroneaba Logan depositando besos en sus labios, en su mejilla, en su oído, siempre en un nuevo lugar—, buena chica.

Sonrió ante sus palabras, una pizca de orgullo mezclándose en su interior. Saber que le había

complacido le complacía también a ella, esos dos no tomaban tanto como daban en realidad anteponiéndola casi siempre ante sus propios deseos.

Notó la dura erección de Logan frotándose contra su muslo, un palpable recordatorio de que él todavía no se había corrido.

—Logan —deslizó la mano sobre su cuerpo hasta que sus dedos tocaron su acerada calidez.

Él gruñó y le mordisqueó la oreja.

—Maestro Logan, cariño —le recordó—, aunque también responderé por «señor» si tu cerebro está en cortocircuito.

—Sí, señor —ladeó la cabeza para permitirle el acceso mientras se arqueaba bajo las calientes atenciones que su otro amante le prodigaba a los pechos.

—Sigue acariciándome así y me correré en tu mano —gruñó él retirándose—, y lo que quiero es correrme en tu coñito mientras Cam se entierra hasta las pelotas en ese bonito y ceñido culo.

Sus palabras la enardecían, sus manos seguían sobre ella, dos pares de manos volviéndola loca, calentándola de nuevo, enloqueciéndola al igual que lo hacían sus bocas.

—Sí —una respuesta clara y rotunda a sus intenciones—, por favor...

—Me parece que está lista, amigo mío —comentó Camden deslizándose por su estómago, acariciándola con sus manos y su boca.

Logan rio, volvió a besarla en la boca y la envolvió en sus brazos, girando sobre la cama e intercambiando sus posiciones, ahora ella estaba arriba y él se estiraba bajo ella.

—Móntame, dulzura —la instó a ello, a conducir ese duro miembro allí dónde lo necesitaba, dónde lloraba por él. La sujetó por las caderas y la hizo levantarse mientras Camden la empujaba hacia delante haciendo que bajase sobre la ancha cabeza del pene que penetró en ella con despiadada lentitud—. Oh sí, perfecto, me ciñes de una manera deliciosa.

La mano que todavía permanecía en su espalda la acarició, descendió por su columna hasta sus glúteos, le dio un par de calientes palmadas y deslizó los dedos entre sus mejillas, acariciando el fruncido agujero. Un segundo después algo frío se apretó contra su orificio y acto seguido los gruesos dedos masculinos empezaron a penetrarla, cada vez con mayor facilidad, lubricándola para él.

—Inclínate hacia Logan, pequeña —escuchó que susurraba en su oído, besándola allí antes de empujarla con suavidad hacia delante, dejando que su compañero la abrazase y la entretuviese con un nuevo beso.

Su cuerpo se excitó todavía más, sabía lo que estaba por venir, sabía que su chef iba a poseerla también, al mismo tiempo que el policía y su mente terminaría por hacerse añicos. No le importaba, quería eso, los quería a los dos.

—Sujétala —creyó escuchar un segundo antes de que los brazos de Logan la ciñesen y sintiese la constante y caliente presión del miembro masculino penetrando el apretado agujero.

El placer y el dolor se mezclaron enloqueciendo sus sentidos, podía sentir la lenta incursión de ese duro y enorme miembro entrando en ella, buscando un espacio que ya estaba ocupado por la polla de Logan. Gimió en su boca, luchó con la necesidad de alejarse y acercarse al mismo tiempo, gritó, pero los sonidos fueron acallados por esa codiciosa lengua.

—Dios... es el paraíso.

No podía respirar, se sentía tan repleta que no encontraba aire para sus pulmones, ambos estaban profundamente dentro de ella, poseyéndola, reclamándola por completo, haciendo que su

mundo girase sin control.

—Respira, cariño, respira —le susurró alguien—. Relájate, deja que cuidemos de ti.

Se sintió sacudida entre ellos, una nueva ola de placer empezó a recorrerla cuando se movieron, acompasando sus movimientos para que uno entrase mientras el otro retrocedía. La sostuvieron entre ambos, follándola como querían, reclamándola como solo ellos podían hacerlo hasta que ya no existió más que placer a su alrededor. El orgasmo llegó sin avisar, feroz, destructor, dispuesto a destrozarla y hacerla pedazos, arrancándole la voz incluso cuando quiso gritar, pero eso no los detuvo a ellos. Siguieron empujando, marcando un ritmo propio, jadeando, gruñendo, disfrutando del momento, de esa silenciosa y prohibida comunión que los unía a los tres de una forma que nada podía hasta que ellos mismos alcanzaron la meta y explotaron en su interior.

Como una muñeca, cayó sobre Logan, intentando recuperar el aliento mientras notaba como Camden abandonaba su trasero unos segundos después y buscaba su boca para darle un húmedo y caliente beso.

—Gracias, pequeña —murmuró contra sus labios.

Logan, resbaló también de su interior y buscó su boca después que su compañero para prodigarle la misma atención.

—Has sido muy buena chica, mascota —le lamió los labios—. ¿Lista para la segunda ronda? Gimió, esa noche en el club iba a ser memorable.

## CAPÍTULO 25

Llevaba ya casi tres semanas completas viviendo con ellos cuando llegó la esperada noticia. Ni siquiera había pensado en ello, los últimos días se había limitado a dedicarse a dar forma al porche y pasar tiempo con sus maestros. Era una hazaña hacer que Camden no se diese cuenta de los grandes avances que se estaban llevando a cabo. La nueva tarima había sido colocada esa misma mañana y, a falta de que llegasen los muebles que había pedido, el nuevo espacio *chill out* estaba casi listo.

Admirando la obra que iba tomando forma y que sin duda podría tener terminada en un par de días, no dejó de resultarle sorprendente que su amigo de la infancia no se hubiese dado cuenta de lo que estaba haciendo en la parte de atrás. ¿En qué creía que invertía todo el tiempo que pasaba en la casa sin él o Logan?

Por otro lado, se había dado cuenta de que el Dom no se interesaba gran cosa por la casa, de hecho, su rutina era entrar por la puerta, anunciarse y subir directo a su planta privada.

—Espero que con esto pueda ver este lugar como un hogar.

Le gustaría tener su aprobación y saber que disfrutaría de esta pequeña parcela que había ideado para los dos. Sería interesante ver a esos dos hombres cocinando delante de la nueva barbacoa, pensó con una sonrisa.

—Siobhan.

Escuchó su nombre seguido por el abrir y cerrar de puertas. Estaba en la parte de atrás, a la que solo podía accederse a través del estrecho pasillo que había tras dejar la cocina y la acústica no era lo que se decía muy buena.

—¿Sio?

Era la voz de Logan.

—¡Estoy en el porche! —respondió alzando la voz. Se sacó los guantes y empezó a recoger las herramientas de jardinería para luego ir a su encuentro.

—¿Dónde...?

Lo vio asomándose a través de la puerta y dejó escapar un silbido.

—Caray, nena, eso no es ni la sombra de lo que era —comentó echando un buen vistazo a la zona—. Buen trabajo, cariño.

Su aprobación la calentó.

—Gracias, señor —declaró de manera inmediata y voluntaria. No le costaba llamarle así—.

Todavía no está terminado, faltan los muebles.

Él asintió, deambuló por la zona y miró la entrada con el ceño fruncido.

—Deberíamos deshacernos de ese estúpido pasillo y poner en su lugar unas puertas francesas. De ese modo se podría acceder desde la cocina —comentó y volvió a mirar a su alrededor para luego volverse hacia ella—. Se lo comentaremos a Camden a ver qué dice cuando esté todo terminado.

Asintió. Sin duda esa era una gran idea, no solo daría más luz al interior de la casa, sino que el acceso sería mucho más cómodo.

—Es una buena idea —aceptó volviéndose hacia él—. Me estabas buscando, ¿no? ¿Ha pasado algo?

Su semblante cambió un poco, señaló el interior de la casa y la instó a acompañarle.

—Ven, tenemos que hablar.

Su respuesta la puso alerta.

—¿Ha ocurrido algo? —Ante la inmediata falta de respuesta, lo siguió al interior de la casa y tiró de su chaqueta—. Logan, ¿ha habido otro...?

Negó con la cabeza y cogiendo la mano que le aferraba la guio a uno de los taburetes de la cocina y la sentó en él.

—Hemos encontrado al dueño del vehículo —le informó dejándola sin aliento—. Lo tenemos, Sio.

El aire que no sabía ni que estaba conteniendo escapó de sus pulmones.

—Oh dios —no podía decir otra cosa.

—Se ha registrado la casa y el garaje y hemos encontrado pruebas que lo incriminan directamente con el... asesinato... y también con tu agresión —le explicó—. Sé que habías declarado que te faltaba del bolso una polvera...

—Un espejo, un espejo de bolso plateado con la imagen de una orquídea rosa moteada —asintió dándole los datos precisos—. Sí, sé que la llevaba conmigo, siempre la llevaba y no estaba en el bolso y la policía no la encontró...

Asintió corroborando sus palabras.

—Se había llevado también otros trofeos de su última víctima —habló sin más, midiendo las palabras, pero sin dejar de brindarle la información que podía—. A falta de contrastar el ADN que encontramos en las uñas de la víctima con el del detenido... creo que es nuestro hombre.

Se quedó sin fuerzas. Su pesadilla por fin había llegado al final, el hombre que la había atormentado en sus sueños, que la había agredido, había sido encontrado.

—¿Quién es? —Necesitaba saberlo, necesitaba comprender el por qué había ocurrido todo aquello, porque había ido a por ella.

—El nombre de Taker Grison te dice algo.

Le dio vueltas al nombre una y otra vez, entonces negó con la cabeza.

—No, no lo había oído nunca —aceptó, era incapaz de encontrar una sola cara que se relacionase con ese nombre—. Pero, tampoco le vi la cara... llevaba una capucha, una sudadera oscura... solo sé que era grande, ancho de hombros y enorme... o eso me pareció.

Asintió ante sus palabras.

—Los de la científica están revisando su casa y el garaje —comentó—, si conserva la prenda, la encontrarán.

Bajó la mirada. Lo habían cogido, habían cogido a su agresor. ¿Quién era? ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué a ella? ¿Por qué había matado a esa mujer?

—¿Por qué?

La pregunta no lo pilló por sorpresa. Como policía Logan debía estar acostumbrado a tratar con ese tipo de cosas, debía de enfrentarse con casos así casi todos los días, ¿cómo podía resistirlo? ¿Cómo podía vivir consigo mismo?

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué yo?

—Es muy pronto para darte una respuesta a eso, cariño. Mi primera impresión es que estabas en el lugar equivocado a la hora equivocada —comentó con tacto.

—Pero a ella la mató —puntualizó hablando de la otra víctima que se le conocía—. Y... y posiblemente habría seguido haciéndolo si no se le hubiese detenido. ¿Por qué? ¿Quién es? ¿Qué le he hecho para que me hiciese eso?

—Siobhan...

—Quiero verle —la pregunta surgió sola de sus labios—. Logan, quiero verle. Quiero mirarle a la cara, necesito entender... ¿Y si está usando un nombre falso? ¿Y si le conozco?

—No estás en condiciones de enfrentarte con algo así, no después de todo lo que ha pasado —trató de dialogar, de hacerla entender—. Deja que yo me encargue de esto. Descubriremos qué demonios tenía en mente ese tío, si había un motivo que hiciese lo que hizo y...

—Quiero verlo —insistió, sus manos cerrándose sobre sus antebrazos—. Necesito hacerlo. Necesito respuestas.

La miró y supo que estaba barajando sus opciones.

—No vas a ir a ningún sitio a menos que sea estrictamente necesario para la investigación —le informó—. Lo más probable es que tengas que presentarte en el juicio como testigo, pero te ahorraré toda la mierda que pueda ahorrarte...

Dicho eso, cogió el teléfono e hizo una rápida llamada.

—Ryss, soy Cooper —respondió al cabo de un momento—. Necesito que me envíes al móvil la fotografía del hijo de puta que cogimos esta mañana. Sí, el cabrón de los cuchillos.

Escuchó un murmullo al otro lado de la línea.

—Solo hazlo —replicó tajante y al instante siguiente se oyó el sonido de un mensaje entrante—. Gracias. Sí, te veo en un rato.

Colgó el teléfono y buscó el archivo que acaba de recibir, solo entonces la miró a los ojos.

—¿Estás segura de esto?

—Lo estoy.

Necesitaba salir de dudas de una vez y por todas, necesitaba ver si se trataba de una macabra coincidencia o había alguna explicación oculta.

—De acuerdo.

Logan le tendió el teléfono, mostrando en la pantalla la imagen de un hombre blanco, con rostro anguloso y una ligerísima deformación en su ojo derecho, el cual parecía tener más bajo que el izquierdo. Tendría alrededor de cincuenta años, dudaba que fuese más joven y poseía una descuidada barba con alguna que otra cana.

Sacudió la cabeza, sus ojos todavía fijos en la foto.

—No sé quién es —respondió con congoja—. No... no le conozco. No le he visto jamás. Yo pensé, esperaba que se tratara de alguien a quien pudiese reconocer, con el que pudiese haberme

cruzado alguna vez, que hubiese un motivo... pero... no le he visto jamás, no recuerdo a nadie como él.

Recogió el teléfono de sus manos, volvió a la pantalla de inicio y se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Lo sé, Sio, lo sé —le cogió las manos, frotándoselas pues se había quedado helada—. Con todos los años que llevo trabajando y sigo sin comprender que motiva en muchas ocasiones al ser humano para cometer crímenes semejantes.

—Pensé que si lo reconocía, tendría la respuesta —murmuró mirándole a los ojos, buscando que lograse entenderla—, que entendería por qué alguien me ha hecho esto —se soltó de sus manos y se remangó la chaqueta para mostrar sus cicatrices—, pero... no lo entiendo. ¿Cómo... cómo sé que esto no ocurrirá de nuevo? ¿Cómo hago para borrar este miedo? ¿Cómo puedo recuperar mi vida, Logan? ¿Cómo?

Sus manos subieron por sus brazos y se cerraron sobre su rostro, acunándole la cara y obligándole a mantener la mirada en alto.

—Ese hombre no volverá a acercarse a ti jamás —le aseguró—. Si de mí depende, va a refundirse en la cárcel por asesinato e intento de homicidio. Eso te lo prometo, cariño, nadie volverá a ponerte un solo dedo encima, ¿me oyes?

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla y asintió.

—Si tengo que testificar para que así sea, lo haré —murmuró con voz rota—. Haré lo que haga falta para que, si ha sido él, no vuelva a hacerle daño a nadie más.

—Esa es mi chica —comentó él en tono orgulloso y la atrajo a sus brazos—. Todo saldrá bien, nena, no dejaremos que salga de otra manera.

Se limitó a asentir contra su pecho, le rodeó la cintura con los brazos y cerró los ojos. En sus brazos se sentía segura, apreciada y cuidada, le otorgaba la seguridad que había perdido años atrás y despertaba en ella un sentimiento que creía haber olvidado por completo.

Estaba enamorada de Logan, ese maldito policía se había colado en su corazón y sabía que no era el único, pues Camden había vivido en él desde que era una niña.

## CAPÍTULO 26

Había cosas que debían ser puestas sobre la mesa, ahora que ese hombre estaba entre rejas, que el peligro que envolvía su día a día había desaparecido, Siobhan sabía que era el momento de dar un paso más allá y tomar una decisión.

Comprobó que la mesa de cristal y mimbre a juego con los sillones estaba bien colocada y alineada, sobre esta había una bandeja con un par de cervezas y algo de picoteo; dos cosas indispensables cuando se trataba de hombres. La iluminación era suficiente para esa hora de la tarde, el frío helador todavía no había hecho acto de presencia y cuando lo hiciese, el porche cerrado mantendría el jacuzzi y la zona de descanso cómodamente recogida y cálida.

Aquel añadido le había valido la claudicación y la necesidad de enseñarle a Camden su trabajo antes de tiempo. El chef no solo había quedado impresionado sino que había alabado su trabajo. Había estado también de acuerdo con Camden en abrir la cocina, añadir unas puertas francesas y cerrar el porche para poder disfrutar de él de igual modo en invierno.

—Vamos, tú puedes con ellos —se infundió ánimos—. Torres más altas han caído y ellos son solo dos hombres.

Dos sexys y maravillosos dominantes que habían entrado en su vida en uno de los momentos de mayor necesidad para ahuyentar los fantasmas del pasado y dar sentido a su presente. Ahora, solo tenía que poner las cartas sobre la mesa y rogar para que ambos decidiesen arriesgarse en ese peligroso juego y quedarse con ella.

Volvió sobre sus pasos, atravesó las nuevas puertas francesas y cruzó la cocina para luego salir por el pasillo y entrar en la sala de juegos, dónde Logan veía su programa de deportes favorito mientras Camden repasaba alguna cosa en la Tablet.

—Um... Maestros —eligió a propósito el título. Sabía que Logan detestaba el título de Amo, así que aquella era una buena opción—. ¿Podría contar con vuestra presencia unos momentos en el porche, por favor?

—¿Ya has terminado con esos horribles setos? —se burló Logan.

Puso los ojos en blanco.

—Hace semanas que terminé con esos malditos setos, señor —replicó, al final casi había gritado y solo su fuerza de voluntad evitó que los arrancase de raíz y fuesen a dar a la basura—. Ha sido casi tan duro como limpiar el maldito jacuzzi antes de que recordases que teníais una máquina de agua a presión.

Camden enarcó una ceja y miró a su compañero.

—¿La dejaste limpiar esa cosa a mano?

Se encogió de hombros.

—Estaba tan decidida a hacerlo que no tuve corazón para interrumpirla —le respondió con risa contenida—. Por supuesto, tuve que apiadarme cuando vi que iba a ir a por la piscina y recordé oportunamente que teníamos la máquina en el garaje.

—Sumi, tienes mi permiso para pegarle una patada en el culo al Maestro Logan.

Sonrió de soslayo.

—Gracias por el permiso, señor, pero temo que el maestro podría tomar represalias si lo hago.

—Que no te quepa la menor duda, cariño —asintió el aludido.

Camden dejó la Tablet a un lado y se giró en el sofá.

—Bien, ¿qué es lo que requiere nuestra presencia en el porche?

—Si vienes, lo sabrás —replicó con el mismo tono desenfadado de él—, señor.

—Te das cuenta de que has interrumpido mi programa de deportes favorito, ¿verdad, nena? —añadió Logan levantándose del asiento—. Solo por eso, te pediré una compensación.

No pudo evitar estremecerse de anticipación.

—¿Puedes dejar de rezongar y venir, por favor, señor? —le soltó impaciente.

Aquello hizo reír a Camden, quién se levantó también.

—Estás caminando por la fina línea de la falta de respeto, sumisa —le anunció el chef, haciéndola muy consciente de su presencia y de lo que implicaban sus palabras. ¿Por qué tenía que sonar tan caliente cuando le decía que iba a castigarla? ¡No era justo!

—Te prometo que es por una buena causa, señor —insistió teniendo un poco más de tacto con Camden.

El hombre extendió la mano invitándola a ir delante.

—Te sigo, pequeña.

Asintió y les dio la espalda para volver a la zona de *chill out*, una vez fuera se detuvo al lado de la mesa esperando a que aparecieran. Esta sería la primera vez que viesen la zona terminada. Ambos habían pasado la mañana fuera, ese mediodía había comido con Camden en el restaurante y solo después habían vuelto a casa para seguir con sus respectivas tareas. Les había pedido a ambos que se mantuviesen alejados del lugar hasta mañana, pues quería que fuese una sorpresa.

—Joder —exclamó Logan atravesando las puertas francesas—. Esto es... una pasada.

—Muy buen trabajo, Sio —añadió Camden mirando el lugar con ojo crítico hasta que se encontró con su propio regalo, una enorme barbacoa—. ¿Eso es lo que creo que es?

—¡Oh sí! ¡Dios existe! —exclamó Logan uniéndose a él.

Como dos niños pequeños empezaron a abrir y cerrar cosas, probaron los encendedores y se completaron las frases sobre lo que iban a hacer allí.

—*Amor*, acabas de convertirte en mi chica favorita —declaró Camden girándose en su dirección.

Su inesperado apelativo hizo que tanto ella como Logan se lo quedasen mirando. Entonces el poli se echó a reír y le palmeó la espalda.

—Ya era hora de que lo admitieras.

Él pareció comprender entonces lo que acababa de decir, sus ojos se oscurecieron y ella se

sonrojó.

—Um... también hay una barra con un grifo para la cerveza —apuntó rompiendo el incómodo momento.

Ambos hombres reaccionaron a la palabra cerveza y siguieron la indicación de su dedo.

—Se supone que quién debe malcriarte somos nosotros, cariño —añadió Logan risueño—, te estás ganando el mejor regalo de Navidad que hayan visto tus ojos.

¿Navidad? Estaban en Marzo.

—Faltan unos nueve meses para Navidad —murmuró en voz baja—, no sé si para entonces seguiré por aquí.

Camden fue el que la escuchó, pues se giró hacia ella y se encontró con su mirada.

—Tiempo más que suficiente para que lleguemos a un acuerdo, ¿no? —comentó en el mismo tono de voz que utilizó ella.

Se lamió los labios.

—¿Un acuerdo?

Él asintió y caminó hacia ella.

—Un acuerdo... para tres —declaró de pie ante ella, sus ojos sobre los suyos—. ¿Lo intentarías?

Se lamió los labios, las palabras brotaron al momento de su boca.

—¿Lo intentarías tú?

Se inclinó sobre ella, sus ojos clavados en los suyos.

—Señor —apuntó.

¿Por qué tenía que ser tan intenso?

—¿Lo intentarías tú, señor?

Le acarició la mejilla con un dedo.

—Si sois Logan y tú, sí —aceptó sin vacilar—. Después de todo, a él ya lo llevo sufriendo mucho tiempo y no hay manera de que se marche y tú, bueno, creo recordar que te había pedido que te casaras conmigo, ¿no?

—Eras un niño.

—Y ahora soy un hombre conquistado por una pequeña sumisa pelirroja —declaró tirándole del pelo—. Me acuerdo de unas coletas en forma de tirabuzón y una sonrisa a la que le faltaban unos cuantos dientes, de la niña que se echó a llorar porque no quería que me mudase. No quería perder al único amigo que tenía.

Abrió los ojos y jadeó.

—¿Te acuerdas!

Sonrió.

—Sí, pequeña, me acuerdo —confesó bajando sobre sus labios—, así que dime, Sumi, ¿serás mía y de Logan hasta que la muerte nos separe?

—Di que sí, Sio —apareció Logan, rodeándolos a ambos con los brazos—. Di que sí o tendré que oírle lloriquear porque ha perdido a la mujer que quiere.

Ella parpadeó, las palabras filtrándose poco a poco en su mente.

—¿Me... me quieres?

Camden miró a Logan, le dedicó un guiño y luego bajó sobre su boca.

—¿Me quieres tú a mí, amor?

—Yo pregunté primero, señor.

—Sí, lo has hecho, sumisa —aceptó risueño—. Y sí, Siobhan, te quiero, te quiero tanto como para arriesgarme a pedirte que nos aceptes a los dos.

Se mordió el labio inferior cuando le empezó a temblar, sus ojos se llenaron de lágrimas y asintió.

—Sí... sí a ti —miró a Camden—, y sí a ti —hizo lo mismo con Logan—, sí a los dos —sonrió tímidamente—. No sé qué clase de mujer me hace eso pero... no puedo elegir, no quiero elegir, os quiero a ambos.

Logan le robó un beso y le limpió las lágrimas de una mejilla.

—Eso te hace nuestra, amor, toda nuestra.

—Nuestra mujer —añadió Camden—, nuestra sumisa.

—Vuestra, Maestros —miró a ambos y sonrió por primera vez con el corazón rebosante de felicidad—, ahora y para siempre.

## EPÍLOGO

*Un mes después...*

—De verdad, Siobhan, si esos dos hombres tuyos no te hubiesen reclamado ya, lo haría yo mismo —comentó Brian observando el trabajo terminado de su jardín—. Tienes un don para la jardinería.

Sonrió de soslayo, se quitó los guantes y el sol se reflejó en las dos láminas de oro amarillo y oro blanco que se entrelazaba en su dedo.

—Puedes contratarme siempre que necesites ayuda con el jardín, Amo Fire.

La miró y sacudió la cabeza. El último mes había sido un cambio en muchos aspectos, el más remarcable que se había mudado definitivamente al hogar de sus Maestros. Sus heridas iban sanando bien, las cicatrices desaparecerían con el tiempo y las líneas que quedasen le recordarán que seguía viva.

Taker Grison había sido encontrado culpable de los cargos de asesinato e intento de homicidio. El testificar, el dar su versión de los hechos le había ayudado a dejar atrás el temor, a abandonar los miedos y encontrar la manera de seguir adelante. Logan la había mantenido al tanto de cada uno de los avances y le habló también de la declaración que había hecho el hombre, quién estaba desequilibrado y vivía obsesionado con la esposa que había fallecido un año atrás. Según los psicólogos el desgraciado vivía obsesionado con el recuerdo de la mujer y había caído en una psicosis en la que sus víctimas, las cuales eran elegidas por su parecido físico con su difunta esposa, eran un recordatorio de su traición.

Así pues, tal y como había dicho Logan, se había encontrado en el lugar equivocado en el momento menos oportuno, algo que estaba empezando a asimilar gracias a las sesiones con el psicólogo a las que Camden la había obligado a asistir; era imposible decirle que no a ese hombre.

—¿Vais a pasaros este viernes por el club? —preguntó Brian sacándola de sus cavilaciones.

El *Blackish* se había convertido en su nuevo patio de juegos. Durante el último mes había ido con Camden, cuando Logan estaba ocupado o con este último, cuando el que no podía librarse era el chef. Ambos habían optado por pasar tiempo con ella a solas de vez en cuando, permitiéndole así conocerles en profundidad, pero ninguno estaba incómodo o a disgusto cuando se juntaban los

tres, de hecho, era como si todo encajase en su lugar y estuviesen completos.

—Este viernes no —negó recordando la seria conversación que había tenido con ambos a principios de semana—. El Amo Camden ha concertado una cita en «*El Purgatorio*».

Su chef particular había estado serio cuando le había hablado de su necesidad de sincerarse, de mostrarle quién era y permitirle así decidir si realmente quería quedarse junto a él y aceptarle como su señor. Sus palabras la habían tomado por sorpresa, pero había sido el dolor y el temor que había visto en sus ojos lo que la había decidido a ir hasta el final y aceptar su invitación.

Logan había asentido en silencioso acuerdo. El más divertido y espontáneo de sus dos compañeros se había mostrado también serio y taciturno al escuchar mencionar ese lugar.

—Así que por fin ha decidido dar el paso —comentó Brian con gesto pensativo, parecía estar hablando más para él mismo que para ella—. Será un viaje complicado al pasado de Camden... y de Logan.

Levantó la mirada y se encontró con la suya.

—Uno que no harán solos —respondió llena de seguridad.

Los labios del bombero empezaron a curvarse y vio una luz que no había visto antes en su mirada.

—Eres una buena chica, mascota —aseguró su amigo—, mantente siempre cerca de ellos y todo irá bien.

Asintió e hizo algo que sorprendió a Brian; le abrazó.

—Gracias por haber cuidado de mí todo este tiempo, señor —le susurró al oído—, y gracias por ponerme al cuidado de esos dos.

—Ha sido un placer, Siobhan, todo un placer.

La noche del viernes llegó y se encontró sumergiéndose en un nuevo cuento de hadas, uno con tintes oscuros y sensuales que la condujeron a un edificio de oficinas y al recibimiento de un encantador y atractivo Jax. Él fue quién le explicó las normas del lugar, el único que la sedujo con su voz y un caliente y tórrido beso antes de requisarle la ropa y entregarle a cambio una suave bata de seda dorada con la que cubrir su cuerpo.

—Lista para enfrentarte a uno de los amos del Purgatorio, querida —le susurró al oído un segundo antes de llamar a una de las puertas dispuestas en un breve pasillo.

Respiró profundamente y llevó las manos al cinturón de la bata, deshaciendo el lazo y dejando que la tela resbalase por sus hombros al ver a los dos hombres de su vida esperándola en el interior de una misteriosa habitación.

—Que disfrutes de una agradable noche en el Purgatorio, Siobhan Carrigan.

Y lo haría, más allá de lo que todavía le quedase por descubrir de Camden o de Logan, mientras estuviese con ellos, sabía que esa deseada esclavitud sería únicamente de sus dos Maestros.